

PROLETARIOS INTERNACIONALISTAS

LA LLAMA DEL SUBURBIO



EDICIONES COMUNIDAD DE LUCHA

La llama del suburbio

Proletarios Internacionalistas

<http://www.proletariosinternacionalistas.org>

info@proletariosinternacionalistas.org

Ediciones Comunidad de Lucha

Primera edición en castellano, mayo de 2013

Segunda edición en castellano, febrero de 2016

Ningún derecho. Se alienta la reproducción de este libro, a través de los medios que se estimen oportunos.

ÍNDICE

Advertencia al lector	7
Introducción	11

PRIMERA PARTE

LOS SUBURBIOS, UN ESPACIO DE MASA
SUPERFLUA Y DE SUBVERSIÓN

I. Cerco a la miseria	23
II. La inestabilidad de los suburbios	29
III. Métodos de canalización	33
IV. Una historia de luchas contra el Estado	47

SEGUNDA PARTE

LA REVUELTA DE NOVIEMBRE DE 2005

V. Situación precedente	77
VI. La naturaleza proletaria de la revuelta	83
VII. El trágico aislamiento de los su- burbios	106

VIII. Límites del movimiento	113
IX. El fin de la revuelta: palo y zanahoria	122
X. La agudización de las contradicciones en los suburbios	125

TERCERA PARTE

CONCLUSIÓN Y PERSPECTIVAS

XI. Situación internacional	137
XII. La estrategia burguesa	144
XIII. Pese a todo...	149

APÉNDICES

1. Las chicas de la revuelta	159
2. Volante anónimo desde las calles del suburbio	174
3. ¡En una revuelta, se está con los rebeldes o con el poder!	176
4. Noviembre de 2005: partiendo de los hechos	180
5. Cronología de la revuelta de 2005	189

Advertencia al lector

Los materiales que publicamos en este libro son el resultado de las diversas discusiones, balances y reapropiaciones que Proletarios Internacionalistas y compañeros cercanos realizamos de la lucha llevada a cabo por el proletariado en los suburbios franceses y que tuvo su cenit en noviembre del 2005.

El grueso de este material fue elaborado en el año 2006. Pese a que la intención era publicarlo por aquella época, recién acontecidas las luchas en los suburbios franceses, otras cuestiones fueron tomando prioridad dejando en un segundo plano este trabajo, hasta abandonarlo por completo salvo para hacerlo circular de vez en cuando entre algunos compañeros. En el año 2012 decidimos rescatarlo de la *crítica demoledora de los roedores* para publicarlo, pues considerábamos que merecía salir a la superficie. No tanto por el esfuerzo que conllevó su elaboración, sino porque contiene cuestiones que juzgamos de vital importancia y que han sido ignoradas en la mayoría de los materiales que se han escrito en castellano sobre el tema en cuestión.

Exceptuando el libro «¿Chusma?», escrito por Alèssi Dell'Umbria, editado en España por Pepitas de calabaza, así como algún que otro pequeño folle-

to anónimo, que son materiales que merecen ser tenidos en cuenta, la mayor parte de los textos publicados en castellano sobre esta revuelta, o bien son basura salida de los estercoleros burgueses, y que se colocan explícitamente contra ese movimiento, o bien son análisis que pretendiendo defender a los rebeldes, caen en discursos victimistas, paternalistas, sociológicos, superficiales e incluso conspiranoicos que no hacen sino enterrar las verdaderas contradicciones en juego. Este es uno de los motivos que nos impulsó a publicar el presente trabajo.

Para su publicación nos encontramos con diversos problemas. Un texto abandonado hace años, en estado aún de borrador, con aportaciones de diversos compañeros, críticas importantes pendientes de ser introducidas, partes incompletas, análisis con diversos niveles de abstracción, etc, etc... Teníamos dos opciones: hacer un pequeño apaño con todo esto y publicarlo, lo que hubiera sido una auténtica chapuza, o volver a reelaborar todo el material utilizando el borrador, lo que sin duda hubiera requerido un tiempo y un esfuerzo que decidimos inadecuado invertir. En consecuencia, y ante la necesidad de publicarlo, nos decantamos para su publicación por una opción intermedia entre la chapuza y la reelaboración.

Un grupo de compañeros asumió la tarea de coger el borrador, darle cuerpo a la redacción final, actualizar los diversos pasajes, incluir las anotaciones y aportaciones que algunos compañeros realizaron al borrador, así como revisar las traducciones al castellano de diversos textos escritos en francés. El resultado es la presente obra.

Con lo dicho queremos prevenir al lector ante cierta falta de continuidad que pueda tener el texto aquí o allá, ante ciertos pasajes sin profundización u otros aspectos similares. Por encima de todos estos aspectos secundarios nosotros ponemos siempre por delante el contenido. Ante todo porque ni somos escritores ni pretendemos serlo, somos simplemente proletarios revolucionarios utilizando los medios que consideramos necesarios en la lucha contra el capital. Con esta intención, como herramienta para el desarrollo y fortificación de nuestra clase, publicamos este material.

INTRODUCCIÓN

«¿Es eso ser chusma? ¡Pues bien,
yo soy parte de ella.»

Jean Baptiste Clémen,
La canaille

La tarde del 25 de octubre del 2005, en Clichy-sous-Bois, barrio periférico de París, dos jóvenes morían electrocutados al trepar por una subestación eléctrica cuando trataban de escaquearse de una identificación policial. Escapaban de ser humillados, golpeados, fichados, llevados a comisaría o/y detenidos, resultado rutinario de una identificación en los suburbios parisinos. Fue la chispa que prendió la mecha. Pocas horas después comenzarían en el barrio unos disturbios que se extenderían por los suburbios de todo el país a lo largo de tres semanas.

Disturbios como el acaecido en esa noche no es algo que coja por sorpresa a nadie en ese país. Para Francia y países con este arquetipo de ciudades y barrios *marginales*, acontecimientos como el sucedido ese día representan pequeñas estrellas fugaces que iluminan brevemente las calles de los suburbios, para apagarse en pocas horas. Que las tensiones y contradicciones de clase, acumuladas en alguno de estos lugares, se desaten algún día, dando paso a enfrentamientos y algún que otro incendio, para volver a la calma al día siguiente, es un mal menor que el capitalismo contempla para reinar en este delicado contexto. Si en las metrópolis y centros neurálgicos este acontecimiento es algo inadmisibles y desestabilizador, en los suburbios se acepta, siempre y cuando sea una cuestión fugaz. El procedimiento de la

olla a presión es válido en los suburbios. Dejar salir de vez en cuando algo de presión, de lo contrario lo más probable es que todo acabe saltando por los aires.

Sin embargo, la burguesía francesa comenzó a torcer el morro cuando al día siguiente, lejos de decaer, los acontecimientos se propagaban a los suburbios vecinos como si de una epidemia se tratara. La situación comenzaba a tomar un cariz preocupante a medida que pasaban los días. El fantasma de los motines del pasado volvían a hacer su aparición con un carácter aún más amenazador. La *chusma del suburbio*, como el entonces ministro de Interior Sarkozy tildó a los rebeldes retomando la terminología clásica que la burguesía de ese país siempre empleó contra el proletariado en lucha, desempolvaba el «traje» de la guerra social que había pasado a formar parte de las reliquias guardadas en el fondo del baúl de la nación francesa. Ante semejante osadía no tardaron mucho los socialdemócratas de todos los matices en mostrar su verdadera cara echando mierda al movimiento.

Cada vez que nuestras luchas rompen el cerco burgués y las canalizaciones de izquierdas, cada vez que se les hace imposible controlarnos, los socialdemócratas se presentan en la primera línea de fuego enemigo. Incapaces de pescar con su anzuelo en las

aguas revueltas del suburbio, pues ahí los instrumentos tradicionales de encuadramiento del capital tienen una influencia sumamente pobre, estas sabandijas pusieron sus esfuerzos en denigrar el movimiento, aislarlo de las metrópolis y colaborar en el restablecimiento del orden. Se esforzaron en ahondar y potenciar todas las categorías ideológicas con las que el capital nos divide, facilitando así que los esclavos asalariados de las grandes ciudades no se sintieran identificados con la revuelta. O peor aún, los empujaban al rechazo fomentando el miedo a perder sus miserables posesiones por el fuego de la revuelta. «¡Defendamos nuestra sufrida existencia y la mísera propiedad que tenemos frente a la chusma de los suburbios!» Éste era el mensaje de la socialdemocracia.

Mientras tanto, el morro torcido de los burgueses había dado paso, con el transcurrir de los días, al estremecimiento y al temor. En más de un centenar de suburbios el fuego iba señalando con cada llamarada a un vasto número de representaciones del mundo mercantil. No en vano esta revuelta iba a superar en este aspecto a los numerosos motines que la han precedido en la historia de los suburbios franceses.

La negociación se presentaba imposible. No sólo porque no se encontraba interlocutor, sino ante todo porque no había ninguna reivindicación explícita a

la que tenderle la mano. Era lógico que el uniforme militar apareciese en las mentes de ciertos burgueses como la única solución. La válvula de escape había reventado. Era una revuelta en toda regla que amenazaba mediante tintes insurreccionales con romper la paz social en toda Francia. Además, la burguesía internacional presionaba a sus colegas franceses, pues la revuelta ya había insinuado el salto de las fronteras. En Bélgica, y en menor medida Alemania, la revuelta había hecho su aparición en diversos suburbios. Llegaba la hora de las trompetas, de la represión sin concesiones.

Movilización masiva de policías y antimotines, palizas, detenciones a mansalva, expatriaciones, desapariciones, retirada de subsidios, cárcel, toque de queda, estado de sitio... Era la primera serie de medidas serias contra la «chusma». Sarkozy con su lenguaje prepotente seguía echando más gasolina al escenario y no se molestaba en ocultar la existencia de una guerra social contra esa «chusma».

En el caso de que todas esas medidas no fueran suficientes el ejército esperaba la señal con los fusiles cargados. No sería necesario. Pasadas tres semanas la revuelta comenzará a dar signos de agotamiento y los disturbios refluirán progresivamente hasta su desaparición. Fue presa de su aislamiento, que se manifestó como tantas veces como la mejor arma de

nuestro enemigo. Fue presa también de sus propias limitaciones. Sin embargo, este no es el final de la historia, es sólo un alto en el camino.

El papel esencial que tienen reservado en el futuro inmediato de la lucha de clases los suburbios, no sólo los de Francia, sino los del mundo entero, será reanudar estas luchas aprendiendo de sus errores. Pero será necesario que los próximos envites sean más fuertes, superen sus indecisiones, rompan con los cordones sanitarios que aíslan al proletariado de los suburbios del de las metrópolis, asuma explícitamente su naturaleza revolucionaria.

Las discusiones y balances que realizan los revolucionarios de diversas latitudes de esta y otras importantes expresiones contra el capitalismo son parte de ese proceso de reapropiación de la experiencia y del fortalecimiento de las futuras luchas. Los errores del pasado y del presente son directrices para el futuro.

Reconocer y reivindicar el carácter clasista, proletario, de este estallido, no quiere decir que nos pongamos a hacer apología histórica de la revuelta. Ni que alucinemos con un discurso «insurreccionalista». Significa ante todo que subrayemos las fuerzas desplegadas y asumamos la crítica de las debilidades y límites que materializamos en ese epi-

sodio de lucha, haciendo frente al mismo tiempo a todos los sociólogos, izquierdistas y demás fauna socialdemócrata que niegan la naturaleza clasista de la revuelta.

La lucha de noviembre del 2005 fue una bocanada de oxígeno para todos los revolucionarios. La vitalidad, las energías, así como los acertados golpes que desplegaron estos rebeldes, a pesar de sus límites, demostraron a todos que la paz social en Europa puede ser quebrada de un plumazo. A todos los que daban por enterrado al proletariado y hablaban del fin de las clases sociales, a todos los que definían la revolución social como algo del pasado y podían soltar toda esta mierda, falsificando las luchas que nuestra clase desarrolla en diversos países como «luchas en países subdesarrollados por la democracia y contra las injusticias». A todos ellos, la reemergencia proletaria en los suburbios franceses, así como la tentativa de propagación a otros países, les dio el primer susto del siglo.¹ Han podido reincorpo-

¹ Luego llegarían las luchas proletarias que agitaron decenas de países de todo el mundo durante el 2008 como respuesta a la bestial subida de los alimentos y el petróleo. A finales de ese año Grecia dará un salto cualitativo con una fuerte revuelta que tuvo la cualidad de afirmar y reivindicar explícitamente la revolución social y la necesidad de destruir el sistema capitalista. Mientras actualizamos estas líneas escritas ya hace años, vivimos una oleada de potentísimas luchas que están comenzando a

rarse y respirar aliviados tras la vuelta a la normalidad. Pero la historia les ha desmentido, manifestándose en las *banlieues* como el preludio del batacazo que les mandará al basurero de la historia junto con todos los defensores del viejo mundo.

variar la correlación mundial de fuerzas entre clases y ratifican la fase ascendente de agitación proletaria. Las manifestaciones, disturbios, huelgas, enfrentamientos... no han hecho más que crecer en intensidad y extensión desde la segunda mitad de 2010. Primero por toda Europa, luego por zonas de América Latina que se creían pacificadas, y finalmente con la tromba de movilizaciones masivas de millones de proletarios en casi todos los países llamados árabes. Todo son expresiones que se alzan para defender la vida contra la dictadura de las necesidades de la economía.

PRIMERA PARTE
**LOS SUBURBIOS, UN ESPACIO DE
MASA SUPERFLUA Y DE SUBVERSIÓN**

«No ven en la miseria nada más que miseria, sin ver en ella el lado revolucionario, destructivo, que ha de acabar con la vieja sociedad.»

K. Marx

I. Cerco a la miseria

Jamás hubo tanta producción de mercancías, jamás hubo tanta abundancia de alimentos y demás productos en el mercado, jamás el mercado destruyó tanta producción para favorecer el proceso de valorización; y a la vez jamás hubo tanta desposesión, jamás hubo tanta hambre, jamás hubo tantos *desheredados*. La carrera ilimitada del capital es acumular y acumular capital cada vez en menos manos, cada vez más concentrada en una minoría de personas que no tienen más objetivo que la explotación del resto de la humanidad. Las enormes masas de seres humanos que son arrojados a la basura se multiplican con el desarrollo cada vez más insostenible de la sociedad capitalista. Gran parte de este ejército de hombres y mujeres, inservibles en su mayor parte para la valorización capitalista, son hacinados en franjas de terreno destinadas específicamente a almacenarlos: los suburbios.² Desde EE.UU. a China, de Argentina a Rusia, de África, cuyo continente se parece cada vez más a un inmenso suburbio, a Inglaterra, de Portugal a Egipto, de Palestina a

² Usamos el término suburbio para aglutinar a todos los espacios que por el mundo acumula esa masa de trabajo excedente y que dependiendo del país adquiere una denominación: *banlieues*, *favelas*, *barriadas*, *tugurios*, *chabolas*, *barracas*...

Chile... cada vez se hace más notoria y gigantesca la existencia de porciones de tierras destinadas a una población superflua para la máquina de producción capitalista.

La miseria en todos los sentidos es el común denominador de estos lugares. Las necesidades más elementales de la vida son pisoteadas con fuerza en estos territorios para mantener la buena salud de la economía mundial: miseria, hambre, desempleo sin ningún tipo de recurso, viviendas inhabitables y endebles que facilitan la masacre ante cualquier sacudida de un fenómeno natural, condiciones de vida insalubres provocadas por altísimos niveles de toxicidad o contaminación... Es la expresión más cristalina del progreso, donde los proletarios ven potenciadas todas las «maravillas» de la mercancía.

Es cierto que cada suburbio tiene sus particularidades, que las *favelas* brasileñas y las *banlieues* francesas presentan niveles diferentes de miseria, que una barriada de chabolas creada por los propios proletarios a otra diseñada por la burguesía para su almacenamiento racional exhibe la misma mierda aromatizada de forma distinta. Sin embargo, la realidad general que vive el proletariado es en esencia la misma. Y no sólo en los suburbios. Profundizar en algún aspecto concreto del capitalismo, como los suburbios, en absoluto puede tapar la miseria general

que se extiende por todo el terreno capitalista. Muchos profesionales de la miseria nos hablan de las desgracias del suburbio haciendo olvidar a los proletarios de las demás ciudades su propia miseria. Se trata siempre de alejar el fantasma de la revuelta a lugares lejanos. Cada miserable de este mundo puede mirar a su lado y reconfortarse de ver a alguien en peor condición que él.

Y sin duda alguna este es uno de los aspectos que mantiene a flote esta sociedad. Es una forma de aplicar la ideología del mal menor que tanto daño nos hace. Los pajes de esta sociedad quieren que veamos diferencia donde sólo puede haber identificación. La vida en el suburbio, penosa, sufrida, esclava, aburrida, estresante, oprimida, criminal, tan dependiente de lo que decida el interés capitalista, se parece en demasía a la que se desarrolla en las pomposas metrópolis. Comprender esto, comprender que somos parte de un ser que sufre los mismos problemas, las mismas penurias, nos permite comprobar al mismo tiempo que los diferentes niveles en los que se manifiestan estas condiciones de vida, las diversas formas bajo las que se personifica, sólo son episodios y momentos de nuestra condición de proletarios. Nos permite comprobar al mismo tiempo cómo, en el otro lado, patronos, políticos, sindicalistas y demás funcionarios del capital, es decir, burgueses, habiten

en el suburbios o en la urbe, en un pueblo o en esas nuevas concentraciones de *ricos* protegidas por todo tipo de medios de seguridad, viven a costa de controlar y devorar nuestras energías, de despojarnos de nuestras vidas.

Todas estas condiciones de existencia en los suburbios requieren un tipo de acondicionamiento del territorio que permita hacer frente a los problemas que obviamente toda esta miseria fomenta. De ahí que el urbanismo adquiera un papel en esas zonas aún más importante que en las metrópolis. En Francia, así como en otros países de Europa occidental en que se reprodujo el modelo urbanístico de suburbios obreros de la URSS, estos lugares son diseñados para que sea difícil y costoso llegar al centro de la ciudad desde ellos, para que toda la «vida» de sus habitantes se desarrolle en ese espacio geográfico. Por lo general están ubicados lejos del centro de la ciudad, lo más alejado posible de las residencias de las élites y los centros neurálgicos de la economía, rodeados por vías de comunicación que facilitan el acceso a las fuerzas represivas, pero sobre todo facilitan el cerco de la «chusma» del suburbio. La necesidad de gastar muchos recursos en el transporte público, o en mantener un coche para el desplazamiento al centro de trabajo o hacer gestiones en el centro urbano, consume una gran parte del salario

del habitante del suburbio. Quien no posee salarios o ingresos fijos apenas saldrá del suburbio. Está claro que estas condiciones son un factor que favorece que los sectores más castigados de estos lugares no accedan al centro de la ciudad, punto que sin duda preocupa a los burgueses.

Además de cercar, las vías de comunicación modernas crean un efecto muralla que refuerza la sensación de aislamiento físico y psicológico. Todo el conjunto de autopistas, vías férreas, circunvalaciones inverosímiles o autovías que rodean el suburbio, dificultan sobremanera la salida a pie. Por un lado intentarlo supone jugarse la vida directamente, al mismo tiempo es arduo físicamente. Sólo los jóvenes y gente en forma pueden hacerlo. Por otro lado durante la noche es muy difícil, por no decir imposible, esconderse de las fuerzas policiales si se va a pie, y menos aún escapar de su persecución una vez localizado. Cualquiera que se desplace andando por estas zonas es altamente sospechoso y presa de la policía. Gracias a las circunvalaciones es muy fácil controlar todos los accesos y salidas. Tan sólo colocando controles en los puntos estratégicos se tiene información de todos los coches que entran y salen, así como de los viajeros de autobuses y trenes, lo que supone controlar prácticamente a todo aquel que

accede o sale del suburbio.³ Y claro, luego están las cámaras de seguridad vial en todas las autopistas o autovías que ponen la guinda.

Mención aparte merece la distribución espaciosa de los bloques de viviendas, las calles anchas cuadrículadas y los jardines abiertos libres de maleza. Todo ello profusamente alumbrado por una cantidad inverosímil de farolas con el objetivo explícito de facilitar la localización de todo aquel que se encuentre en la calle a horas intempestivas, de todo individuo sospechoso. Por supuesto es el escenario idóneo para hacer cumplir los toques de queda.

Con todo lo dicho no es difícil comprender la razón por la cual las revueltas proletarias en este tipo de suburbios como los franceses son sofocadas constantemente en el aislamiento. Sin la complicidad de los habitantes de los centros o de otros suburbios, se encuentran rodeados y cercados por el enemigo.

³ Se puede comprobar que no es muy distinto del caso de las ocupaciones militares en barrios árabes, que utiliza la demolición de casas y la colocación de un muro de hormigón alrededor de estos barrios. Sólo se accede por los puntos de control militares para conseguir el mismo efecto de control físico y psicológico. Es evidente que con las autopistas queda todo «más bonito» y «más ordenado», «más natural».

II. La inestabilidad de los suburbios

Miseria y más miseria, ese es el producto fundamental que la sociedad capitalista extiende desde su origen a lo largo y ancho del mundo. En los suburbios esa característica se vislumbra con la transparencia del agua cristalina. Enormes franjas de fuerza de trabajo sobrante son tiradas totalmente a la basura, otras son exprimidas al máximo por sectores específicos del capital que extraen un plusvalor extra a costa de la particular desvalorización de esa fuerza de trabajo; los jóvenes y niños que sufren la doctrina hipócrita de las escuelas e institutos y tratan de recuperar parte de su vida intentando pasar el mayor tiempo posible fuera de ellas, se ven abocados a deambular por el suburbio como los presidiarios en los patios de las cárceles; las mujeres padecen más miserias si cabe, pues si su trabajo es por regla general sin contrato, tienen además que ocuparse en la mayoría de los casos de las tareas domésticas. La putrefacción que produce esta sociedad en todo el planeta tiene en los suburbios una de sus constataciones más contundentes.

Es obvio que un escenario como éste genera un clima de rebeldía y de odio a las condiciones existentes. La frecuencia de pequeños hurtos ante la escasez de medios de compra, la existencia de una

animadversión generalizada a los defensores del orden, junto con una complicidad fuertemente extendida, proyectan un ambiente beligerante que se instala en los suburbios.

Por otro lado, la imposibilidad de que se puedan cumplir las supuestas promesas de los partidos de la izquierda del capital hace que los proletarios actúen con total indiferencia ante sus requerimientos e ideología. Esto, tanto en los suburbios caóticos de Brasil como en los ordenados e higiénicos de Francia, se traduce en la reducción brusca de la influencia de los partidos y militantes políticos de izquierda. De hecho los «progres» son asimilados directamente a la burguesía, tanto en Brasil como en Francia. Todas sus teorías políticas suenan ridículas, y en el caso francés el rechazo es mutuo pues los izquierdistas tradicionales apenas operan directamente en los suburbios. No sólo por miedo, sino porque ni siquiera es ya rentable políticamente dar una oportunidad de ascenso social a algún avisado explotado dispuesto a ponerse a su servicio.

Si los partidos tradicionales tienen poco que rasgar, los sindicatos menos aún. La ausencia de empleos estables impide el contacto con el mundo sindical en su categoría de red clientelar o suministradora de ideología. En la mayoría de las ocasiones el contacto con el mundo sindical es exclusivamente represivo.

Los sindicalistas, en un entorno de trabajo temporal generalizado, suelen ser los empleados de confianza del patrón, los que firman los despidos y los encargados de dirigir la represión contra los díscolos.

Con este panorama, que pone fuera de juego a los sectores tradicionales de la socialdemocracia, los suburbios se convierten en una fuente de problemas para los burgueses. Allí donde la ideología socialdemócrata muere de inanición, porque no es capaz de ofrecer zanahorias, las revueltas que se producen escapan a su control.

Frente a ello, el Estado trata de mantener el equilibrio generando un clima de terror para imponer el sometimiento, impulsando a los habitantes del suburbio a replegarse en sus casas. Sin embargo, esto genera al mismo tiempo una oposición a este terror, generalizando el odio a los cuerpos represivos del Estado, naturalizando las respuestas a la represión. Se consolida así la necesidad de juntarse para defenderse, para conspirar, para organizar una reacción de rabia contra la represión y desatarla en un momento propicio.

Este clima de tensión y de antagonismo, unido a la nula capacidad de encuadramiento que poseen los sectores clásicos de la socialdemocracia, generan un auténtico caldo de subversión que suponen una seria

amenaza para la dominación mundial del capital. Sin embargo, todo este decorado se ve compensado por la existencia de otra serie de mecanismos que juegan el mismo papel que la socialdemocracia para la canalización de la contestación social, limitando los estallidos sociales y evitando al mismo tiempo visibilizar la guerra social que se desarrolla en el suburbio.

III. Métodos de canalización

Profesores, asistencialistas, bandas, religión, drogas, así como una serie de ideologías como el racismo y el antirracismo, rellenan el vacío dejado por la socialdemocracia asumiendo el papel imprescindible de apagafuegos.

Asistencialistas

Los profesores, asistentes sociales, psicólogos y las indispensables asociaciones-ONG, son un pivote esencial en el mantenimiento de la paz social en los suburbios. Su metodología sólo difiere de la de los predicadores cristianos en que sustituyen la Biblia cristiana por la de la civilización. La función que les reserva el Estado desde la escuela, desde las asociaciones o desde diversas instituciones, es procurar por todos los medios embutir a todo bicho viviente la conducta del buen ciudadano. En realidad no son más que la «sección blanda» del aparato policial del Estado, la avanzadilla del cuerpo de choque del capital. Meten a martillazo limpio en las cabezas de los proletarios la ideología ciudadanista, corrigen las «malas conductas», recetan toda clase de medicamentos y distracciones. A los que se resisten y hacen caso omiso a todas las sugerencias y códigos del

buen ciudadano que estos profesionales proporcionan, son fichados para que los cuerpos de seguridad los tengan controlados.

Toda esta ideología ciudadana que venden estos sectores, con sus técnicas de manipulación emocional e ingeniería social, tiene por objeto hacer tolerar la inmundicia capitalista a sus mayores víctimas, convenciendo a los que nada tienen «de las muchas posibilidades de las que disponen sin infringir las leyes». Entre sus grandes logros está sin duda la consolidación del «reciclador de basura», auténtico dique de contención de las protestas en los suburbios en los últimos años al destruir el cuestionamiento de la propiedad y su organización. Vivir como ratas de ciudad comiendo la basura de otros pasa a ser dignificado y aplaudido, construyéndose un pilar para consolidar una actividad que se extiende por cientos de suburbios de decenas de países y que ejecutan millones de personas.

Este «nuevo sector laboral» está ocupando el primer plano en el proceso de canalización de la miseria desde hace varios años, haciendo aceptable la inmundicia capitalista entre los sectores más castigados del proletariado, sobre todo en América Latina. Estamos refiriéndonos a los *hurgadores*, *cartoneros*, *recicladores*, *clasificadores de basura*... Estos proletarios, sin ningún medio de sustento, sin ninguna

perspectiva de conseguir que les contraten en trabajo alguno, sin apenas ayudas sociales, se ven impulsados a organizarse para expropiar, para defender su vida, materializando estructuras y acciones que prefiguran la perspectiva de la imposición de las necesidades humanas. Los asistencialistas consiguen neutralizar todo este proceso e imponerles una alternativa que lejos de perturbar y desestabilizar las leyes mercantiles se somete a ellas: el reciclaje de la basura de los supermercados, tiendas, restaurantes y particulares. Comer y vestirse con las sobras y residuos de los demás. El peligro de represión que se encontraba a la vuelta de la esquina tras cada hurto o saqueo, y la promoción del *reciclaje*, consiguieron arrastrar a estas enormes masas de desposeídos hacia esta práctica.

La reglamentación legal de la búsqueda de inmundicias iniciada en Buenos Aires se extiende por todo el mundo, siendo considerados los hurgadores que no respetan las diversas clasificaciones como enemigos de la sociedad, «criminales de la basura», a los que los buenos ciudadanos deben denunciar. Incluso se abren talleres gratuitos para hacer ropa o muebles con basura para aprovechar más a los hurgadores.

Actualmente existen programas de integración para casi toda Latinoamérica que neutraliza la prác-

tica de clase de estos proletarios y la perspectiva que plantea, sumergiéndolos en la estructura de circulación del capital. «Al igual que los catadores brasileños y los cartoneros argentinos, los hurgadores uruguayos que recogen basura y la clasifican están viviendo un intenso proceso de organización que los coloca como actores de los cambios sociales [sic]. [...] Se hizo un registro de los recogedores de basura, que fueron rebautizados como agentes ecológicos, y se les dio formación, carritos, uniformes y asistencia social, rehabilitando de ese manera su autoestima y su valor como ciudadanos.» Así se expresa Ecolixo, una de las principales instituciones que impulsa todo este tinglado. El capital no sólo neutraliza y canaliza un potencial de subversión, sino que, como siempre, explota y obtiene beneficios de la miseria, convierte a esos proletarios en auténticas fábricas de reciclaje de la basura generada por el despilfarrador modo de producción capitalista, transformando su actividad en capital.

Este ejemplo expone toda la acción ideológica del asistencialismo. Desde el profesor de escuela o el psicólogo, al asistente social, pasando por las diversas ONG, existen toda una serie de agentes de canalización que reprimen y transforman todo impulso humano que lucha por sus necesidades en una práctica integrada en las necesidades del capital.

Racismo/antirracismo

Junto con este nutrido grupo de asistencialistas, la ideología racista, nacionalista, y su hermana la antirracista, han tenido históricamente una gran fuerza como factor de canalización y división que no podemos dejar de anotar. Arrancando la lucha de las contradicciones de clase y llevándola hacia la parcialización, en concreto a cuestiones de razas, se aísla y entierra al sujeto revolucionario. Gracias a esa polarización racismo/antirracismo una generación entera de luchadores sociales en los suburbios fueron neutralizados o/y enterrados. Fue así como países como Estados Unidos con una fuerte combatividad en los suburbios han conseguido destruir esas luchas. Inglaterra y Francia han sido también países de referencia en este sentido, el primero con el racismo como fuerza de choque, el segundo con el antirracismo.

En Inglaterra, a finales de los sesenta, el Estado de ese país fomentó un movimiento nacional sindicalista en Irlanda del Norte en plena devaluación progresiva de la fuerza de trabajo teniendo lugar las primeras reconversiones. Un movimiento que pasó de las leyes de separación y marginación a perseguir la expulsión de los obreros originarios del sur de Irlanda, llegados a partir de la llamada segunda guerra mundial. Todo desembocó en episodios de limpieza

étnica y en un enfrentamiento nacionalista generalizado.

Por su parte en Francia en los ochenta y los noventa, el antirracismo de SOS-Racismo encuadró la mayor parte del descontento desviándolo hacia una lucha por la igualdad de razas. En el caso de las revueltas de los años noventa el *espectáculo* hizo todo lo posible para hacer de SOS-Racismo el único interlocutor, el único movimiento organizado existente en los suburbios. Prensa, televisión, izquierda... todos ahogando el movimiento en el antirracismo de SOS, negando los elementos de enfrentamiento de clases subyacentes en estas algaradas. *Libertad, igualdad y fraternidad* de la explotación capitalista para todas las razas, esa es la bandera de siempre del antirracismo que como en otras ocasiones encuadró la lucha en los cauces democráticos.

Hoy, la ideología antirracista se mantiene de diversas formas favoreciendo el aislamiento de los suburbios, potenciando todo un rechazo, no al capital y a la burguesía, sino a todo habitante de las metrópolis, como si en las metrópolis sólo vivieran burgueses, creando así un factor más de separación entre los proletarios que viven en el suburbio y el de las ciudades.

Drogas⁴

Existe otro conjunto de métodos de control y eliminación física del proletariado que ha demostrado a lo largo de la historia su efectividad y pueden usarse masivamente. Ante todo porque a efectos prácticos, la vida, muerte o el bienestar razonable de una buena parte de la fuerza de trabajo residente en los suburbios es algo relativamente indiferente para los capitalistas y sus Estados. En la práctica ya no se necesita la inmensa mayoría de la fuerza de trabajo almacenada en estos lugares, pues ya no funcionan siquiera como ejército de reserva.⁵ Lo importante es

⁴ Utilizamos el término droga, no para referirnos a los productos de la naturaleza que la humanidad ha usado desde sus orígenes para diversas utilidades (curas, placer...), sino para denominar a ciertas sustancias cuya función social dentro de este sistema es ayudar a que los seres humanos soporten mejor la ausencia de vida bajo el capital.

⁵ Numerosos lugares, auténticos polos de desvalorización, son una verdadera carga para el capital y un sumidero de rebelión que los burgueses buscan barrer como sea. Si bien las catástrofes naturales, envenenamientos, enfermedades... que favorece el acondicionamiento del suburbio les ayuda en esta tarea, cuando no son suficientes no se escatima en medios, y simple y llanamente los masacran a bombazos cada cierto tiempo bajo cualquier excusa. Un ejemplo claro se ve en algunas zonas africanas, otro más conocido en Palestina, y sin duda el caso de Haití es el más espectacular pues es un auténtico campo de exterminio desde hace siglos.

que esta fuerza de trabajo infrautilizada por el capital esté desesperada y acepte trabajar en las peores condiciones posibles. Nada más lógico y coherente para este sistema de muerte que en estas aglomeraciones de población superflua tomen un protagonismo central métodos de control social y eliminación como las drogas, con la heroína hasta hace poco a la vanguardia. Sin duda se trata de un arma imprescindible para aniquilar la amenaza proletaria en el suburbio.

No hay que olvidar que el tráfico y consumo en masa de drogas ha sido un pilar fundamental para el mantenimiento de la paz social durante décadas, no sólo en los suburbios, sino en casi todo el planeta. En especial en las zonas donde la socialdemocracia no disfrutaba de un encuadramiento sólido para someter a los proletarios.⁶

⁶ Así por ejemplo, las mujeres que en Occidente emplean su fuerza de trabajo en su domicilio, lo que la sociedad llama «amas de casa», trabajo aislado donde los haya, son drogadas hasta las cejas para que soporten en toda su vida esa función en la cadena productiva (tranquimacines, lextatines...). Otros explotados que no soportan más esta vida miserable y causan bajas por depresión, estrés, son ametrallados con otros tantos potingues. Los jóvenes aburridos o sin ningún tipo de perspectiva humana en esta mierda de mundo consumen cualquier tipo de sustancia que garantice un tiempo de evasión de la realidad. Los ancianos encerrados en geriátricos son pasto de todo tipo de sus-

Estados Unidos fue de los países que primero desarrolló esta estrategia de anulación del enemigo de clase y de eliminación física de la población superflua. En los sesenta las formas de control de la religión laica del dinero o las religiones confesionales hacían aguas por todas partes con la desestabilizadora guerra del Vietnam. Una guerra imperialista que amenazaba con transformarse en una guerra de clases impulsada por el derrotismo revolucionario que carcomió al ejército norteamericano. Las drogas genocidas fueron destinadas más que a los soldados irrecuperables, a los suburbios y barriadas donde vivían estos soldados de reemplazo.

El punto de inflexión que llevó al narcotráfico masivo en gran parte del mundo fue la crisis de los sesenta y setenta. Si bien es verdad que la socialdemocracia seguía teniendo mucho que decir bajo diferentes formas alternas, comenzaba a dar muestras de agotamiento y necesitaba ser auxiliada por otros métodos de liquidación del proletariado. Con el tiempo y el continuo deterioro y estado de indigencia de la izquierda del capital, las drogas han ido ad-

tancias para tenerlos como zombis. Los lugares conflictivos son inundados de drogas como método apagafuegos. En la cárcel, las drogas suministradas por los médicos, así como las que infiltran sin cobertura legal, son una herramienta vital para quebrar las luchas en su interior y tratar de doblegar a los presos...

quirido un papel indispensable y central en el control social a nivel mundial. No sólo en cuanto a factores de eliminación física de población sobrante o neutralización, sino como todo un sistema de reorganización social.

Las drogas ilegales favorecen una forma de reinserción laboral de ciertos sectores excedentes de fuerza de trabajo. Se forja una industria que favorece por un lado la ampliación del mercado capitalista con exquisitas ganancias para empresas de narcotráfico, migajas miserables para los pequeños camellos a los que explotan, y enajenación y muerte para los consumidores. Esta forma de organizar la no vida afecta en todos los aspectos dentro de los suburbios: se crea un mercado, unos puestos de venta, puestos de trabajo y por supuesto una burguesía que se apropia de los beneficios. La circulación de estas drogas despliega toda una dinámica de divisiones y separaciones que favorece la formación de distintas pandillas o bandas que suelen entrar en conflicto comercial con cierta periodicidad. Este negocio central es el que articula en torno a sí un capitalismo *de puerta de atrás* que es muy útil para destrozar todo tipo de contestación social. En definitiva, un aspecto más del capitalismo que no representa otra cosa que la muerte en vida de la humanidad: genera capital, reproduce y gestiona la explotación y la destrucción

sistemática del proletariado impulsando las condiciones necesarias que dificultan su reconstrucción como fuerza revolucionaria.

En la actualidad la *pasta base* ha subido al primer escalafón de las drogas consumidas en los suburbios de Latinoamérica, especialmente entre los adolescentes, pues su bajo precio les permite acceder fácilmente a ella. Elaborada a partir de residuos de cocaína, procesada con queroseno y ácido sulfúrico, y con toda clase de veneno variable en su composición, es un auténtico monstruo terrorista creado por la máquina de producción capitalista que está matando a las jóvenes generaciones de proletarios.⁷

⁷ «A la gilada esa la hacen con los desechos de la cocaína, le meten todo; hasta veneno para ratas. Para fumarla agarrás un cañito de antena de televisión, le metés virulana adentro y dejás un poco para poner la pasta. Es un flash jodido; te sube directamente a la cabeza con la primera pitada y te va quemando todo por dentro. En dos o tres meses no servís para nada, porque se te van las ganas de comer, de bañarte, de todo; quedás estúpido. Por eso a los que fuman les decimos los muertos vivos. En el barrio es un bajón ver a los pibes así, tirados en las esquinas, descalzos, deformados de tanta porquería. Yo los veo cuando fuman, y se le ponen duros los tendones, se contorsiona todo el cuerpo. Fuman y pasados cinco minutos el cuerpo les pide más, porque la porquería es muy adictiva, te engancha enseguida y perdés, terminás meando, cagando y escupiendo sangre.»

Testimonios contra la pasta base.

El caso argentino nos deja un ejemplo claro de cómo el capital promociona el consumo de drogas como método de aniquilación mental y física contra el proletariado. Cuando esta droga era casi desconocida, los telediarios estuvieron casi un mes publicitándola, comentando su bajo costo, los efectos que generaba, y claro, poniéndola en el mercado. Nombrando por supuesto los efectos negativos, pero sabiendo que a muchos esto no suele importarles. Fue sorprendente que en menos de un mes todo el país ya sabía que era el *paco* —en Argentina la pasta base se conoce bajo esa denominación— cuando antes no se tenía ni idea. Es el método de divulgación de la mercancía que cuando quiere imponer un nuevo producto hace bombardeo televisivo del mismo. Tampoco es casualidad que al mismo tiempo en diversas ciudades muchos jóvenes comentaban que cuando querían ir a comprar marihuana esta había sido totalmente secuestrada por la policía y les ofrecían *paco*. Así impusieron esa mierda.

Pero como siempre, tarde o temprano el proletariado trata de combatir todo lo que le destruye. En diversos lugares diversas estructuras, lideradas por madres de jóvenes *tocados*, comienzan a tejer redes para responder a la generalización de esta droga. En Argentina se han organizado charlas, escraches de los vendedores, concentraciones para ir a sus casas a

lincharlos, a recuperar parte de las pertenencias que sus hijos le han dado al camello a cambio de alguna dosis, y echarlos del barrio. Es en este punto, en la lucha contra la droga que busca neutralizar la lucha, se obtenga en una farmacia, en un bar o en el camello de turno, donde el proletariado rompe con esta mierda que participa en la enajenación capitalista de su propio ser.

Bandas

Vinculado a veces con el tráfico de drogas, pero no siempre, las bandas son otro factor importante que dificulta la emergencia proletaria en el suburbio. En principio el sistema de disgregación en pandillas sin que medie el tráfico de drogas es ya de por sí un elemento positivo para que las fuerzas policiales puedan controlar el suburbio. En muchas ocasiones estas bandas se crean en base a prejuicios raciales o con una base racial o territorial. No es nada raro que sus líderes sean enlaces policiales. Debido al cerco represivo del suburbio estas fraternidades se dedican a gestionar su supervivencia en base a la depredación de otros proletarios. Este es precisamente el gran servicio que cumplen a favor del orden capitalista. Mientras azucen el odio, la división y el enfrentamiento entre proletarios, se dificulta y boi-

cotea la unificación de intereses dentro del suburbio, se facilita la labor policial, en definitiva, la competencia del todos contra todos propia del capital se generaliza.

Precisamente las drogas y las bandas son los dos elementos que esgrimen los sectores socialdemócratas para justificar la represión contra el proletariado en los suburbios, sea policial o parapolicial (educadores, psicólogos...). Ocultan precisamente que todos son parte del entramado capitalista, de las herramientas utilizadas para mantener y reproducir la vida en un mundo sin vida. Bandas, drogas, policías, religión, educadores, asistentes... todas piezas del puzzle capitalista que defienden o colaboran de una forma u otra en el mantenimiento de esta miserable vida.⁸

⁸ Las barriadas caóticas y polvorientas del área metropolitana de Buenos Aires nos muestran cómo la policía ocupa el lugar de estas bandas cuando es necesario. En esas barriadas los que no obedecen las órdenes de la «familia policial» están sentenciados. Los policías o ex policías acosan a los chavales para que trapicheen o roben a otros miserables para ellos, recaudan «impuestos» y comisiones por permitir ciertas actividades, etc., etc... Por lo general los policías suelen perseguir y asesinar a los que no se ajustan a estas reglas y a los incontrolados que importunan o ejecutan a narcos.

IV. Una historia de luchas contra el Estado

A pesar de todos estos medios de canalización puestos en movimiento, a pesar de tanta policía, tanto asistencialismo, pese a tanta ideología ciudadana y parcializadora, pese a tanta droga, una y otra vez todos estos elementos han saltado por los aires en importantes episodios de enfrentamiento contra el orden capitalista. De suburbio en suburbio, de país en país, se ha creado una tradición de lucha que ha mantenido en guardia a la burguesía internacional en las últimas décadas de paz social planetaria, que parece por fin resquebrajarse por todas partes en mayor o menor medida.

Cuando el proletariado irrumpe como fuerza, todos los esfuerzos que realizan las autoridades del capitalismo local e internacional para intentar que los proletarios se masacren entre sí, sigan al líder socialdemócrata de turno, acepten su propia miseria, o se *chuten* por la vena hasta la muerte son destrozados. A lo largo del mundo y del tiempo podemos ver episodios y tradiciones de lucha que se ha instalado en los suburbios pese a todas las tentativas de liquidación y encuadramiento.

El propio funcionamiento de la cadena capitalista condensa en los suburbios todas sus contradiccio-

nes, creando una atmósfera propicia a la subversión, que aflora a la superficie ante la menor oportunidad, desbordando todas las medidas de control. Son muchos los casos en los que el acto aislado ha dejado paso a una revuelta prolongada. Muchas veces en respuesta al terror burgués que se ha escenificado en una acción policial, en otras ocasiones es una revuelta aislada que ante la homogenización de las condiciones existente se extiende fácilmente. La característica general de estas luchas es presentarse como fuertes explosiones que tras un tiempo más o menos breve vuelven a su cauce, sea por agotamiento, por falta de alternativa, por no extenderse, por la represión o, más exactamente, por la interrelación de todas estas causas. Esa es la debilidad que marca todas estas revueltas y que necesariamente tendrá que ser superada en la época de convulsión en la que entramos. Pese a todo, pese a lo efímero de tal episodio, su continuidad viene afirmada en otro estallido que se presenta tiempo después en otro lugar y establece una conexión de intereses, de lucha, que tiende a esbozar la guerra mundial contra el capital pese a la poca conciencia que se tiene de ello. Aquí se presenta uno de los puntos donde se dan las condiciones para la reconstrucción del proletariado como agente histórico.

Esta realidad combativa se contrapone a todos esos parloteos que hablan del lumpemproletariado del suburbio, como llaman algunos a las capas más castigadas del proletariado, adjudiicándole un papel reaccionario. Sin embargo, la época que atravesamos no ha hecho más que desmentir esas afirmaciones. En un periodo marcado por varias décadas de paz social, sólo quebrantada por algunas importantes explosiones proletarias, fugaces y aisladas, que se daban cada cierto tiempo en diversos países, periodo contrarrevolucionario por excelencia, donde el proletariado atravesó uno de sus momentos más oscuros y de mayor sumisión, sumergido hasta el tuétano por toda clase de ideologías ciudadanistas y democráticas que le liquidaban como sujeto revolucionario, en esta época tenebrosa iniciada a principios de los ochenta tras la derrota definitiva de la oleada de luchas internacionales de los sesenta-setenta del siglo pasado, y que ya en los primeros años de este siglo comenzaba a dar signos de agotamiento, en esta terrible época decíamos, salvo pequeñas excepciones puntuales, sólo el proletariado que vive en los suburbios mantuvo en cierta medida la llama de la contestación proletaria.

Paradójicamente y pese a esta realidad, el cuento del lumpen reaccionario ha calado incluso entre algunos sectores que se autodenominan revoluciona-

rios y que no han dudado en calificar de irracionales y sin objetivo las revueltas del suburbio, incapaces de ver en ellas la respuesta más natural y humana contra la civilización. Si tenemos en cuenta que algunos de estos «revolucionarios» glorifican ciegamente cualquier lucha protagonizada por obreros, llegamos fácilmente a la conclusión de que esa «revolución» de la que hablan poco tiene que ver con la lucha histórica de la humanidad contra la dictadura del valor. En este sentido no hacen sino reproducir el discurso del poder que se escandaliza ante una revuelta que pone en cuestión todos los fundamentos de esta sociedad. Como decía Marx, «no ven en la miseria nada más que la miseria, sin ver en ella el lado revolucionario, destructivo, que ha de acabar con la vieja sociedad».

Al respecto queremos subrayar algunas de estas fugaces revueltas y enfrentamientos de clase que ejemplifican esta realidad, colocando y reivindicando la lucha proletaria que se desarrolla en los suburbios en toda su dimensión y perspectiva histórica, como parte inseparable y vital de la lucha proletaria mundial contra el capital, como una expresión de la humanidad respondiendo y enfrentándose a la tiranía del mundo del dinero.

Detroit, 1967

El continente americano, con EE.UU. a la cabeza, cuenta con una gran cantidad de revueltas desplegadas en los suburbios de su territorio. Los motines de Watts en Los Ángeles en 1965, (que se saldó con 35 muertos, cientos de heridos y 3.000 detenidos) rompió el mito de la integración en este país y abrió la brecha que siguieron Harlem, Newark... hasta Detroit, donde tuvieron lugar las jornadas más intensas a finales de los sesenta, en pleno ascenso de la lucha de clases a nivel internacional.

Fue el 23 de julio de 1967 cuando tras una intervención policial en una fiesta de bienvenida a dos soldados de reemplazo negros venidos de Vietnam, en un local en la calle 12 de Detroit, tienen lugar una serie de protestas que se agudizarían hasta convertirse en motines. Esa misma noche la policía se ve desbordada por las violaciones del toque de queda, los saqueos y los incendios. Aparece por primera vez un elemento que será el centro de preocupación: las patrullas de policía sufren el fuego de francotiradores aislados. Sabiendo que la ciudad estaba atestada de ex combatientes venidos de Vietnam no es de extrañar la intranquilidad.

Dejemos claro que estas unidades a la altura de 1967 eran un nido de insubordinación y odio contra

la clase dominante norteamericana, que muchos volían de Vietnam tras haber participado en la descomposición del ejército de EE.UU., después de haber estado en las organizaciones derrotistas, en las acciones, ataques y eliminación de los oficiales que los enviaban a la matanza, participando en las decenas de periódicos derrotistas, en la negación a ser carne de cañón que obligó finalmente a EE.UU. a retirar a su ejército de aquella guerra. No hay duda que los ex combatientes fueron la base organizativa de la «guerrilla» y se llegó a publicar que se interceptaron comunicaciones por walkie-talkie con instrucciones para extender la sublevación.

Los funcionarios municipales se inclinaron al principio, dado el cariz de los acontecimientos, en controlar la información y esperar a que se calmaran los ánimos. Pero pronto se percataron que esto no sería posible sin un baño de sangre. Los saqueos e incendios se extendieron durante tres días por toda la zona obrera del occidente de la ciudad e incluso por el oriente, así como por algunas ciudades vecinas, obligando a intervenir a la Guardia Nacional en Pontiac, Flint y Saginaw.

La táctica de dejar que se calmaran los ánimos tras un breve «recreo» de los proletarios se mostró nefasta. Los rebeldes no cesaron en su empeño de destruir todo lo que día tras día les impedía vivir,

además anunciaban con intensificar la lucha: asalto de armerías y depósitos de armas, saqueo y quema de bancos, acopio de alimentos para resistir un fuerte asedio policial. Desde ese momento las directrices represivas cambian: llegada de miles de policías del Estado de Michigan, soldados de la Guardia Nacional y de las tropas regulares.

Junto a este despliegue la policía comienza a disparar a matar contra los saqueadores y sospechosos, pero estos responden mediante francotiradores en las ventanas y azoteas de los edificios. Un ejemplo de la magnitud de la revuelta se puede comprobar en una retransmisión de Detroit News durante el transcurso de los acontecimientos.

«Anoche, francotiradores negros convirtieron 140 manzanas al norte del bulevar West Grand en un campo de batalla durante tres horas, obligando temporalmente a retroceder a la policía y a la Guardia Nacional. Los tanques tronaban por las calles y era una escena increíble. Era como si el Vietcong se hubiera infiltrado en las calles ennegrecidas por el motín».

Ciertamente la burguesía estaba preocupada con la estampa de los tanques y blindados abriéndose paso entre las barricadas y el fuego de francotiradores por las calles de Detroit, pero comprendió que

sólo ese nivel de represión podría impedir la extensión de la revuelta.

Cuando se apagaron las últimas barricadas quedaron tras ellas, según datos oficiales, cincuenta millones de dólares en pérdidas, miles de negocios saqueados y quemados, dos mil quinientas armas de fuego expropiadas. La huelga en las fábricas fue enorme en el polo industrial durante la sublevación, la mayoría de obreros se organizaron para expropiar a la burguesía y participar en los disturbios contra las fuerzas represoras. Las tropas movilizadas fueron nueve mil Guardias Nacionales de Michigan y casi cinco mil paracaidistas. La represión arrestó a más de siete mil personas, hirió a otros cuatrocientos y hubo casi medio centenar de muertos.

Inglaterra, 1981

En esta fecha son muy conocidas las huelgas mineras o los conflictos en los astilleros, liquidados por el gobierno de Margaret Thatcher, incluso el mito del desmantelamiento de los sindicatos con el apoyo fundamental de la Unión Europea, o la actividad de los grupos ultras contra los proletarios, como las bandas del National Front. Pero no se conoce tanto el caso particular de los disturbios en los suburbios de las principales ciudades industriales. Sus

protagonistas, al igual que la *chusma* de los suburbios franceses, no pidieron nada, expresaron su rechazo a todo el orden existente y tomaron lo que consideraron oportuno. Rechazaron la mediación de los izquierdistas políticos y sindicales, a la par que se opusieron a los lamentos y sugerencias de los asistencialistas o los supuestos líderes comunitarios.

Todo vino precedido de una situación asfixiante e insostenible para los proletarios que sobrevivían en los suburbios, después de que el capital desechara fuerza de trabajo innecesaria. El paro galopante que alcanzaba los tres millones y medio de parados junto a la reducción de salarios a causa de la inflación, se unió a la subida de impuestos a través del gravamen sobre el consumo de bienes de primera necesidad. Así se implantó el famoso IVA sobre los productos de uso diario en Gran Bretaña. Gran aportación a la explotación capitalista del primer gobierno de Margaret Thatcher.

Los suburbios se convirtieron en el foco central de las protestas contra todas estas medidas. El terror policial desplegado para contrarrestarlas terminó por provocar el estallido social. Brixton abrió el camino en abril de 1981. El apuñalamiento y el posterior interrogatorio por parte de la policía de un joven provocó la agudización de las tensiones sociales. La intensificación de la represión y el cerco del subur-

bio (bajo el nombre de «Operación Swamp 81») no impidió que la noticia de la muerte del joven al día siguiente desatara la furia largamente reprimida. Los enfrentamientos con la policía se generalizaron, se quemaron furgonetas de los milicos, las calles comerciales eran pasto del saqueo y las llamas. Los cuerpos represivos se vieron desbordados y tuvieron que ser socorridos por refuerzos de todo Londres para poder contener la revuelta. Los disturbios se saldaron según la prensa con: 300 policías heridos, 65 civiles heridos, 61 vehículos privados y 56 de la policía dañados o calcinados, 28 edificios comerciales fueron quemados y otras 117 instituciones fueron atacadas y saqueadas. Se arrestó a 82 personas.

La situación lejos de arceciar siguió convulsa y extendiéndose por los suburbios vecinos hasta que el 3 de julio la revuelta alcanzó el cenit afectando a suburbios de Liverpool, epicentro de las revueltas, Southall, Mosside, Leeds, Leicester, Southampton, Halifax, Bedford, Gloucester, Coventry, Bristol y Edimburgo. La magnitud de los acontecimientos hicieron estrenar un arma clave de la represión contra las revueltas en las ciudades: el gas lacrimógeno. A finales de julio la revuelta daba sus últimos arceones.

Caracas, 1989

Esta revuelta, recordada como el caracazo, se gestó en los cerros de Caracas y tuvo lugar a comienzos del año 1989. La situación de miseria había llegado a un punto insostenible y en la mañana del 29 de febrero comenzaron los disturbios. Violentas manifestaciones y saqueos recorrieron casi todos los suburbios de Caracas y en pocas horas se extendió a más localidades. Durante días la rebelión se apoderó de las ciudades más importantes de Venezuela.

En muchos barrios se organizaron festejos para celebrar colectivamente los logros de los saqueos. Entre vecinos se exhibían como trofeos toda clase de productos recuperados. Ante esta inestabilidad social el gobierno activó el «plan Ávila» que permitió abarrotar de soldados las calles del país, a la par que habilitaba el uso de armas de guerra e instauraba el toque de queda.

Algún puñado de proletarios trató de defenderse también con el uso de armas pero fueron barridos. La represión fue brutal. Miles de hombres, mujeres y niños, algunos simplemente por asomarse a la ventana a ver qué sucedía, fueron asesinados, otros tantos desaparecieron. En los suburbios más pobres como El Valle, el ejército iba casa por casa y sin mediar palabra disparaba a quemarropa a sus ocupan-

tes. Algunos testimonios cuentan las dramáticas escenas que se vivieron. Vecinos tirando por la ventana, en un intento desesperado por salvar el pellejo, la nevera, la lavadora, o algún que otro aparato que días antes habían expropiado alegremente en los saqueos. La alegría de los días anteriores dejaba ahora sitio a ríos de sangre a golpe de fusil. Numerosos proletarios salvaron la vida organizando escondites en los que cobijarse durante esos días, algunos percibían con angustia e impotencia que compañeros, amigos o familiares estaban siendo liquidados.

En realidad nunca se supo ni se sabrá el número real de muertos. El gobierno procedió a la creación de fosas comunes clandestinas y la exhumación de numerosos cadáveres, sin tomar registro alguno de la mayoría de ellos, reduciendo radicalmente los números oficiales de la represión.

Los Ángeles, 1992

Veinticinco años después de Detroit, en Los Ángeles se revivieron aquellos acontecimientos. Esta ciudad, a principios de los noventa, gestionaba sus suburbios en base a la división de los proletarios por razas, aplastados por el peso asfixiante de la inundación de drogas y las guerras entre bandas juveniles reconvertidas en franquicias de distribución de dro-

ga. Aun así la represión policial, enormemente violenta y despiadada, provocó la unificación de un sector del proletariado en lo que quisieron vender como una revuelta racial. Una categoría muy socorrida por el poder en Estados Unidos.

Siguiendo el guión de Detroit, las revueltas, en un principio contra la violencia policial sobre los proletarios negros, se convirtieron en una enorme fiesta de expropiación y de destrucción de las representaciones del mundo mercantil, en la que participaban proletarios de todas las razas. La guerra entre bandas pronto se esfumó al resquebrajarse sus fronteras ante la unidad de clase. Los periodistas y todos los que tenían algo que ver con el poder sintieron verdadero pavor ante la dimensión que la revuelta podía adquirir. Manzanas y manzanas de calles comerciales incendiadas daban luminosidad y calor a la noche.

Los periodistas se esforzaron en captar imágenes que propiciaran la falsificación de la revuelta, mostrándola como una revuelta contra los blancos, pero curiosamente sólo se recuerda una sola imagen de «ataque racial». La víctima fue un hombre blanco que defendía a capa y espada la carga mercantil de un camión. Claro está que a los proletarios lo que menos les molestó fue el color de piel del agredido.

Frente a la revuelta los militares fueron lanzados a las calles a bayoneta calada como en Detroit o en otros casos anteriores. El aislamiento y el terror fueron agotando las energías revolucionarias a la par que se reincorporaban e intensificaban elementos que días antes habían sido pisoteados: las drogas y la violencia entre bandas. Aparentemente todo quedó superado. La guerra entre las bandas latinas y las negras se generalizó y parece permanecer en la actualidad gestionando la no vida en los suburbios de Los Ángeles.

Congo, 1999... 2001

En el antiguo Congo Belga, ahora República Democrática del Congo, se produjeron algunas tentativas insurreccionales en los suburbios de Kinshasa, la capital. Una a finales de 1999 y otra durante el fallido golpe de Estado ocurrido en el año 2000 que costó la vida a Kabila, el recambio del antiguo dictador militar, encarnado en una eterna promesa guerrillera nacionalista, nacida tras el golpe de Estado patrocinado por Bélgica, Francia y EE.UU. en 1970.

Cuando el Estado de matones al servicio del capital mundial, especialmente de sectores del capital francés, encabezado por el general Mobutu, tocaba a su fin, asediado por una guerrilla que sorprendente-

mente había llegado a las puertas de la capital en pocos meses, las revueltas en los suburbios de chabolas estallaron.

La noche antes de la caída oficial del régimen y su sustitución por otros gestores del capital, numerosos pobladores de las barriadas de chabolas que rodeaban la capital de lo que entonces se conocía como Zaire, se lanzaron al linchamiento de policías, chivatos, hampones varios y quemaron todos los edificios oficiales que quedaron a su alcance.

Ni falta hace decir que la mayor parte de la cúpula del aparato represivo tras la revuelta y el cambio de régimen permanecieron en sus puestos. Luego, tras varios meses de gobierno de Kabila, y las serias diferencias que parecía demostrar con sus patrocinadores burgueses occidentales, los oficiales de su ejército dan un golpe de Estado y lo liquidan, acto que desemboca en una explosión de violencia proletaria.

Si bien por las condiciones en las que surge esta revuelta permite una mayor canalización e influencia por los supuestos herederos de Kabila, la fuerza que adquiere en sus primeros días asustó a todas las fuerzas políticas presentes. Los oficiales profesionales y sus fuerzas militares se vieron desbordados por los proletarios armados de machetes, palos y piedras

que acudían al centro de Kinshasa desde los barrios. Los soldados, que se negaron a obedecer al moribundo Mobutu, tampoco obedecieron a los oficiales golpistas y se unieron a las turbas. Todo provocó la necesidad de «apoyo exterior» mediante la intervención militar de Angola, para canalizar y reprimir a los incontrolados y facilitar la huida de centenares de militares.

Nueva Orleans, 2007

Nada parecía moverse en Estados Unidos, hasta que hace unos años el huracán Katrina arrasó Nueva Orleans y destapó la guerra directa contra el proletariado en ese país. El huracán le vino como anillo al dedo a la burguesía para limpiar la ciudad, convertida casi en su totalidad en un inmenso suburbio.

Pero no fue el fenómeno natural el que limpió realmente la ciudad, sino el huracán represivo posterior para negar de forma violenta las necesidades de los proletarios. La rebelión contra las autoridades, los saqueos generalizados, la toma de armas y las deserciones masivas de la policía,⁹ pasaron a un pri-

⁹ La descomposición del cuerpo policial fue enorme. El jefe de policía dimitió ante la imposibilidad de controlar a la mayoría de sus hombres, numerosos policías fueron denunciados por colaborar en los saqueos y a más de 200 se les «invitó» a un tribu-

mer plano para hacer frente al *plan de limpieza* elaborado por los burgueses.

El ejército desplegó una operación de exterminio contra la población que para el capital es inservible. Los proletarios no dudaban de la verdadera intención de la ayuda humanitaria del ejército: «¡Quieren matarnos, de hambre o de lo que sea!». La revuelta en Nueva Orleans no se saldó con dos mil muertos. Muchos otros fueron asesinados posteriormente por los cuerpos represivos, y sus muertes pasaron a ser catalogadas como ajustes de cuentas. Todo a la par que se desalojaba a los proletarios y se los enviaba a campos de reasentamiento controlados por el ejército. Se materializaba así un proyecto urbanístico que tiempo atrás llevaba esperando poder aplicarse y que consistía en desplazar al proletariado sobrante, que aún vivía en el turístico centro histórico, a las afueras de la ciudad.

Inglaterra, 2011

Tottenham, Londres, 6 de agosto de 2011. Un sábado como cualquier otro, Mark Duggan, proletario negro padre de cuatro hijos, es asesinado por la policía dentro de lo que denominan «operación contra el

nal especial por abandonar sus funciones represivas.

crimen en la comunidad negra». Al extenderse la noticia, centenares de personas se concentran frente a la comisaría para exigir responsabilidades. Pero será la detención y maltrato de un joven de 16 años por parte de los antidisturbios la que dé paso a una respuesta generalizada que hará bailar amplias zonas de Inglaterra.

A las primeras cristalerías de bancos y de los grandes comercios atacadas en la ciudad, le siguen edificios públicos y la comisaría. Los suburbios vecinos comprenden rápidamente la situación y no tardan en salir a la calle. Croydon, Enfield, Ealing, Hackney, Pechham, Brixton, Isugton y otra serie de barrios londinenses salen a expresar su identificación total con la lucha. El fuego y los saqueos se extienden por todos lados. Para el domingo las luchas ya llegan a las zonas turísticas tales como Oxford Circus, Camden o Notting Hill. Sin tardar mucho la cólera proletaria llegará a Birmingham, Nottingham, Leicester, Manchester, West Bromwich, Bristol, Wolverhampton, y Liverpool.

Con su rápida y contundente respuesta el proletariado hace cambiar el miedo de lado. La normalidad capitalista es borrada de un día para otro y las expropiaciones, junto con el ataque a las comisarías y bancos, pasarán a estar a la orden del día. La burguesía se ve sorprendida y abrumada por la magni-

tud de la respuesta y llama a la delación y a la represión. Como siempre, pondrá en movimiento todos sus mecanismos de falsificación para facilitar el proceso represivo. La inmensa maquinaria mediática del capital, con la prensa a la cabeza seguida de ministros, académicos y toda clase de especialistas al servicio del poder, entra en juego a través de una campaña de desprestigio hablando de criminales, asesinos, ladrones... El objetivo preciso es como siempre que el ciudadano espectador se identifique no con los que luchan, sino con las fuerzas del orden. O mejor aún, se busca aterrorizar a este ciudadano con los bárbaros incendiarios para que ansíe la vuelta a la normalidad cuanto antes. El objetivo es como siempre mantener dividida a nuestra clase, aislar la lucha, evitar toda identificación con los rebeldes, mantener en pie la ideología ciudadana ante la irrupción proletaria. Al mismo tiempo se quiere justificar el despliegue de su arsenal militar para pisar la cabeza a todos aquellos que osen levantarla frente a la vida de mierda que el capitalismo nos impone día a día.

Desde el poder se advierte: «Tolerancia Cero, si es necesario, enviaremos al ejército». El número de policías en Londres aumentará de 6.000 a 16.000. Los arrestos comenzarán a ser masivos. Sin embargo, la policía antidisturbios, armada hasta los dien-

tes y con el toque de queda en marcha, se encontrará con un problema. No hay manifestaciones, no hay grandes concentraciones, tampoco hay ningún reclamo explícito. Los sectores más organizados se mueven en grupos pequeños, de gran movilidad, encapuchados, caminando, montando en bicicleta, dirigiéndose a centros comerciales, tiendas de ropa, de deporte, de electrodomésticos, atacan bancos, comisarías de policía... ¿Cómo aplastar a pequeños grupos numerosos, dispersos y móviles?

Se encienden fuegos por todas partes, las comisarías se hacen añicos, los bancos son destrozados y los centros comerciales vaciados allí por donde pasa el tornado proletario. Pero la propaganda se centrará en los supuestos miembros de pandillas, o en los actos más aislados y condenables. Debe crearse un enemigo, es necesario para justificar la represión. Pero toda la tergiversación mediática choca frontalmente con lo que muestran las detenciones. Para asombro de todos, van a la cárcel los proletarios más inesperados: una chica de buena familia que quería participar en los disturbios, un chico que quemó un contenedor de basura, un cocinero y su hermano por robar en el restaurante de comida rápida en el que trabajaban, una trabajadora de la ópera, un niño de once años, un estudiante que destroza una tienda de electrónica, un futuro militar, un conductor de ma-

quinaria de obra, un diseñador gráfico, familias que se reapropiaron de productos que no pueden permitirse (zapatos de marca, ropa, electrónica...), en Manchester, había niños de nueve, diez u once años en la calle... Así, una gran parte de los llamados criminales no tenían antecedentes penales. La multitud enfurecida es colorida, inclasificable, y eso molesta especialmente.

Ante la evidente participación masiva de numerosos proletarios de corta edad que ya no puede ocultarse en la prensa, se comienza a hablar de jóvenes desorientados, sin futuro y que ceden a la delincuencia... Todos los que quieren echar mierda al movimiento se agarran a los jóvenes que salen de las tiendas con ropa de Nike, televisores de pantalla plana, ordenadores... como si con estas acciones se pusiera en duda su legitimidad, como si no fueran parte de nuestra lucha social global, como si la reapropiación de una parte del producto social no fuera un acto contra el mundo de la mercancía, como si se pudiera separar de los demás actos en los que los objetivos fueron más evidentes: los templos de la mercancía, la policía, los bancos... Los proletarios destruyeron todo lo que carece de humanidad, expropiaron lo que tuvieron a mano y la forma en la que expresaron la lucha fue la única bajo la que pudieron hacerlo.

El capital, por boca del primer ministro, declaró: «No se trata de política, estos niños necesitan aprender la diferencia entre el bien y el mal». Y denunció «la responsabilidad de los padres que no saben dónde están sus hijos». Claro que muchos de esos padres no es que no sepan donde están, sino que están también participando de una forma u otra en la revuelta. Las amenazas para sofocar la lucha se suceden, el primer ministro habla de la eliminar ayudas sociales (incluida la vivienda) a las familias cuyos hijos hayan sido condenados, «si usted vive en una vivienda social, ha obtenido una vivienda barata con la responsabilidad que ello implica», es decir, se amenaza a los padres con echarlos de sus casas si detienen a sus hijos en la revuelta. Pero para los niños se les reserva el peor castigo: «Si eres lo bastante mayor para cometer estos actos, también eres lo suficientemente mayor para ser castigado». El primer ministro mismo va preparando y justificando la terrible represión que se avecina. «Hemos adoptado durante demasiado tiempo una actitud muy moderada hacia aquellos que saquean a sus comunidades», «en principio la policía trató la situación como una cuestión de orden público, pero de lo que se trata es de actos criminales». «Son criminales», estamos ante «una ola de violencia irracional sin relación alguna con la muerte de Mark Duggan».

La justicia burguesa hará su trabajo sin tapujos e irá haciendo retroceder la lucha hasta su dispersión. Más de 1.800 proletarios serán detenidos, algunos incluso sin tener conocimiento de los delitos que se les imputan. En total habrá más de mil cargos. Los tribunales especiales trabajarán día y noche pues la represión tiene que actuar con la mayor rapidez posible. Algunas penas no sólo serán ejemplarizantes, sino una auténtica venganza del Estado: cinco meses de prisión para una madre que aceptó dos pares de pantalones que sus dos hijos habían robado, seis meses de prisión para un joven de 23 años que robó una botella de agua de una tienda o cuatro años de prisión para dos jóvenes que llamaron desde Internet a participar en los disturbios.

Hacia la ruptura del aislamiento

Los episodios de lucha que hemos ido resumiendo ejemplifican la característica general de las revueltas en los suburbios, que se presentan en forma de explosiones aisladas sin capacidad de extenderse y consolidarse, sin materialización en esos momentos de dirección revolucionaria,¹⁰ sin fortalecimiento

¹⁰ Hablamos de dirección revolucionaria en el sentido histórico del término, el que siempre le hemos dado los revolucionarios, de perspectiva, de orientación, de sentido, de saber hacia dónde

de estructuras de lucha. Sin duda alguna ello es debido a que la mayoría de ellas se han producido en una época marcada por el repliegue del proletariado a nivel mundial, por el dominio aplastante de la forma de vida del capital, es decir, de la democracia. Exceptuando a los militantes revolucionarios y a algunas minorías proletarias, cada revuelta era vivida como un espectáculo por el resto del proletariado mundial que disuelto en el rol del ciudadano se limitaba a ser un mero espectador que en absoluto se identificaba con los contestatarios, que, a lo sumo, en los simulacros de relaciones sociales que mantenía con otros ciudadanos vertía opiniones siguiendo al pie de la letra los patrones dados por la opinión pública.

Pero este totalitarismo mercantil que dominó las décadas de los ochenta y los noventa, rozando en algunos países ese sueño burgués de que cada siervo fuera un policía de sí mismo, se ha resquebrajado.¹¹

ir. Nada que ver con jefes y demás cuestiones de la socialdemocracia pese a que evidentemente la dirección revolucionaria es impulsada por minorías de vanguardia que genera el proletariado.

¹¹ En absoluto queremos decir que no hubiera luchas proletarias, incluso potentes, en ese periodo contrarrevolucionario. Pretender que el proletariado esté en una época dada sin mover un dedo en todo el planeta es una utopía burguesa. En países como

La catástrofe insoportable del capital hace aflorar de nuevo la contestación social en todo el mundo, y con ella llegan los rasgos que anuncian el fin de una época. Hoy la lucha proletaria empieza a desgarrar el aislamiento, la confluencia de las revueltas generalizan la simpatía, la complicidad, la identificación y la solidaridad independientemente de donde ocurren. Es un primer paso para asumir esas luchas como partes de una misma lucha.

Algunos ejemplos muestran cómo las luchas de los suburbios van también rompiendo su aislamiento.

Así podemos comprobar como en los suburbios de la zona de Buenos Aires, a pesar de la situación insostenible de miseria y opresión hampona-policial, fue posible mantener en pie una dinámica de lucha con los cortes de ruta en las circunvalaciones durante muchos años. Lo que se dio en llamar los piquete-

Irán, Irak, Argentina, Birmania, Rumania, Argelia, Indonesia, Albania... se vivieron durante esas décadas grandes luchas. Lo que queremos decir es que en ese periodo la tendencia mundial, la correlación de fuerzas entre clases, era de dominio total de la burguesía. Las mismas revueltas en esos países eran totalmente a contracorriente de la situación mundial, se imponía esa realidad mundial de paz social que ahogaba la lucha pues el proletariado de otros países no se sentía identificado como sí suele suceder en los periodos revolucionarios.

ros, formados principalmente por desocupados. Lejos de consolidarse como una cuestión marginal su extensión fue abrumadora. El desarrollo de este movimiento llegó a su cenit en el año 2000 siendo el centro de gravitación de la revuelta proletaria que hizo tambalear toda Argentina ese año y el siguiente.

Desde entonces, diversos aparatos del Estado han ampliado y extendido su encuadramiento a casi todas las organizaciones piqueteras liquidando toda atisbo de autonomía de clase. Las Madres de la plaza de Mayo han estado a la vanguardia en esta recuperación burguesa del movimiento. Su campaña de «saneamiento» y de construcción de viviendas en las barriadas miserables de la capital, así como la labor de mediación de Bonafini entre el Estado y los piqueteros son para enmarcar.

También el caso de las *poblaciones* o *poblas* en Chile, que normalmente no salen en la televisión porque su aspecto de *favelas* brasileñas estropearían el mundo imaginario y bancario del milagro económico chileno, es otro ejemplo a destacar. Allí una vez más, a pesar de la policía y de las drogas, la rebeldía está instalada a unos niveles que exceden lo ocasional, lo aislado o inmediato. Toda una cultura de resistencia, una tradición de lucha, que rompe con la separación por cuestiones raciales o de origen, se despliega desde hace muchos años a lo largo

de todas las *poblas* contra los que llaman allí los pacos (carabineros) y contra el orden que estos esbirros protegen a sangre y fuego.

Es muy conocido que cuando los izquierdistas del capital celebran sus miserables triunfos poltroneeros, los proletarios incendian barricadas contra el legado de los militares, la democracia sangrienta y mercantil. Los carabineros cada 11 de septiembre son recibidos en las comunidades rebeldes con todo lo que los pobladores tienen a mano, desde ácido arrojado desde las ventanas, a ráfagas de fusil automático. Ese día es una excusa para hacerles pagar con sudor y sangre a los milicos y demócratas todos los crímenes que han cometido al servicio del capital.

Toda esta tradición de lucha va rompiendo el aislamiento con las metrópolis, va convirtiendo a todo el país en un polvorín que se sitúa a base de pólvora y estructuras clasistas a la vanguardia del nuevo periodo de ascenso mundial de las luchas.¹²

Romper las categorías que impone el capital, desbordar las parcializaciones generadas para sepa-

¹² La represión que está sacudiendo este país desde hace unos años no hace sino demostrar la fuerza que está adquiriendo allí el proletariado. El llamado «caso bombas» es un ejemplo de esa represión que busca disolver a los núcleos y organizaciones de la militancia revolucionaria.

rarnos, echar abajo la separación entre el suburbio y la metrópolis, entre país y país. He ahí una de las cuestiones fundamentales para superar las fuertes debilidades que nuestras luchas contienen. Claro que todo ello implica superar toda una serie de carencias que en la actualidad contiene el proletariado: falta de asociacionismo, de organizaciones permanentes, de reapropiación programática, de dirección revolucionaria, no reconocimiento de su condición de clase... Como veremos la lucha desarrollada en los suburbios franceses a finales del 2005 reprodujo todas estas debilidades que acabaron por neutralizar toda su potencialidad.

SEGUNDA PARTE
**LA REVUELTA DE NOVIEMBRE
DE 2005**

«La lucha que acaba de comenzar será larga, y nuestro combate es justo. La sociedad nos ha creado, lo que prueba que esta civilización corre a su fin.»

Combatientes de las revueltas
en el suburbio en 1993

V. Situación precedente

Mientras que en la mayoría de los países los suburbios emergen específicamente como almacenamiento de fuerza de trabajo superflua, en otros, como Francia, gran parte de ellos son en la actualidad la herencia de alojamientos de fuerza de trabajo que antaño fue útil, pero que con el desarrollo capitalista posterior dejó una gran masa de parados. Así las barriadas de Francia de la década de los cincuenta en las que se asentaron proletarios de muy diversa procedencia (lo que servirá a posteriori, con la llegada de la desocupación masiva, para la estrategia burguesa de separación racial), se transformaron en los ochenta en enormes barrios marginales sobrepoblados azotados por la crisis. Sólo en la *banlieu* parisiense habitan unos nueve millones de personas, frente a los tres millones que habitan en el centro. Con eso podemos hacernos una idea de la densidad de la población mundial que malvive en esos lugares y la importancia que revisten.

En Francia, la primera preocupación de la clase dominante sería qué hacer con tanta población sobrante. Fue a imitación de los suburbios de otros países, a través del cerco policial y las drogas, como se intentaría mantener aislado y controlado el problema. Se añadió a este escenario el complejo de no in-

tegración, la acuñación oficial del concepto «inmigrantes», para catalogar a muchos de sus habitantes, abocados a la marginación y al bloqueo social. Toda una construcción ideológica que sirvió para separar a los explotados por etnias, en un Estado afianzado por la bandera antirracista. Se conseguía de esta forma crear un cordón sanitario contra las posibles revueltas ante la degradación lenta y progresiva de estos suburbios. Se convenció al buen patriota francés, y en Francia el patriotismo y el chovinismo era toda una institución hasta hace pocos años, que en los suburbios sólo había «parásitos cobradores de subsidios y drogadictos que no quieren comportarse como auténticos y buenos franceses».

Estos elementos integraron la política de represión en las *banlieues* francesas. Las consecuencias indeseadas de esta política tendrían que ser corregidas o minimizadas por la labor educadora-policial gracias a un estricto adoctrinamiento conductista, lo que motivaría una estrategia policial diseñada desde los gobiernos socialistas tendente a encerrar el problema de la *delincuencia* dentro de los suburbios.

A finales de los ochenta la evolución de los acontecimientos en los suburbios comenzaba a crear cierta preocupación al Estado. La degradación de las condiciones de vida se intensificaba cada vez más. El desgaste de la socialdemocracia y el abandono de

la suburbiofilia incitaban a que la canalización reformista del descontento se fuera quedando progresivamente sin voceros. Los líderes izquierdistas que se habían consolidado tiempo atrás en el suburbio, abrazados al partido «socialista», empezaban a ser identificados como bomberos y funcionarios del Estado. El movimiento Beur, que a principios de los ochenta democratizó la rabia de los proletarios, empezaba a ser despreciado, y el término Beur acabó convirtiéndose en un insulto dentro del suburbio. Se abandonó toda reivindicación de más trabajo, igualdad de oportunidades... Además la incidencia epidémica de la droga refluía.

Frente a esta amenaza creciente la receta fue, como siempre, garrote. Pero los proletarios no se intimidaron y comenzaron las reacciones automáticas tras los asedios y asesinatos policiales de muchos de algunos barrios. Al terror policial se le respondió con la violencia organizada, dando salida a toda la rabia acumulada. Los grandes estallidos en algunos barrios en los noventa hacen visible el conflicto. Lyon en 1990 y 1991, Lille en 1993, Pau en el 1994, Nanterre en 1995. La respuesta será más policía, más terror, amenaza de retirada o bajada de subsidios a los rebeldes y promesas socialdemócratas para apaciguar los ánimos. Estos motines en los que participan cientos de revoltosos, incluso miles, se

presentarán como «expresiones aisladas y minoritarias de furia irracional, totalmente desproporcionada con respecto a los errores policiales que supuestamente las provocan» en palabras de autoridades, ONG, o líderes vecinales.

Los maestros de las escuelas de la república,¹³ serán los que lancen la primera voz de alarma contra la «subcultura de la rebelión». Ante todo tras los pésimos resultados de los sucesivos estudios realizados desde las escuelas. Estos estudios recababan información de los sentimientos e inquietudes de los niños sobre los sucesos que ocurren en sus barrios, especialmente tras algún disturbio. Con ellos se perfilaba toda una serie de medidas para el seguimiento policial desde la infancia. Los profesores que daban los informes sobre los niños comenzaban a perder las esperanzas de que dejaran de considerar a los policías como matones que humillaban y aterrorizaban al barrio con palizas o asesinatos. Se reflejaba constantemente que gran parte de estos niños eran potencialmente *anticívicos*. Daba igual que se repitieran constantemente las charlas de «policías buenos» en las escuelas, la realidad en la calle les enseñaba la

¹³ En Francia se considera abiertamente a la escuela como un instrumento del Estado para crear buenos ciudadanos y adhesión al régimen entre los niños. Las autoridades reconocen y defienden que son centros de adoctrinamiento.

verdadera vida a estos niños. Ante esta coyuntura el gobierno francés volcó sus fondos en la represión policial en detrimento de todo el arsenal conductista que se mostraba totalmente insuficiente. El antagonismo de clases no podía por tanto más que agudizarse.

Toques de queda, clima de terror nocturno aplicado por la policía contra los «jóvenes ociosos», aprobación de la *Loi Sarkozy* del 2003 que permitía intensificar los mecanismos necesarios para reprimir, implementación de las estrategias de cerco con los carnets específicos de zonas urbanas que facilitarán a la policía la identificación de los sospechosos que hay que apalear y detener, la policía de seguridad será sustituida por los antimotines del CRS (Cuerpos Republicanos de Seguridad), especialmente por su cuerpo de élite, los BAC (Brigadas Anti-Criminalidad), unidades de carniceros de movimientos rápidos, más ligeros que los antidisturbios y más numerosos y dispersos que los cuerpos de asalto antiterrorista, expertos todos en artes marciales. Las cifras de reprimidos y liquidados crecerán gracias a estas medidas y al buen entrenamiento de estos asesinos profesionales.

Los dueños de la sociedad y sus correveidiles demócratas intentaban así normalizar la situación. Cada vez que se mataba a un «gamberro» o «crimi-

nal» intentaban regularizar y minimizar la revuelta que la *chusma* originaba en respuesta. A la par que se agudizaba el conflicto de clases, las drogas y las pandillas teledirigidas iban perdiendo fuelle en la dinámica vital de los suburbios de las grandes ciudades francesas. La pauta cotidiana de los jóvenes desocupados comenzaba a ser, no ya observar al camello de la esquina para saber cuándo ir a pillar, sino vigilar los movimientos de los carniceros del CRS antes de ir a tirar la basura por la noche u observar su rutina para saber cómo chamuscarles. Esta situación se irá tensando y convirtiendo en una guerra semi-abierta entre el Estado y los proletarios que viven en los suburbios. Hasta que llega octubre del 2005 con las revueltas de noviembre que darán un salto de calidad y romperán el aislamiento entre los principales suburbios desatando una reacción de clase ejemplar.

VI. La naturaleza proletaria de la revuelta

Para el capital siempre es una cuestión de vida o muerte negar toda lucha de su enemigo histórico. En su *mundo perfecto* no cabe la posibilidad de revolución y todas las contradicciones y enfrentamientos de clase son ocultados y desnaturalizados. Con la explosión de noviembre no iba a hacerse una excepción. Los voceros y lacayos del Estado se lanzaron a presentarnos la revuelta como islámica, de bandas, de jóvenes delincuentes o de inmigrantes.

Pero ni los imanes ni las bandas tuvieron influencia alguna en los sucesos de noviembre. Los primeros corrieron a alinearse a los faldones del Estado. Ninguna organización islámica estuvo presente o defendió los disturbios. La Unión de Organizaciones Francesas Islámicas trató de abrir el canal de mediación y apagafuegos. Publicó una *fatwa* condenando la violencia y llamó al fin de los enfrentamientos. Los proletarios demostraron con la quema de mezquitas que esos curas no eran quien para ser mediadores ni portavoces de la revuelta, ni mucho menos para capitalizarla en su proyecto burgués.

En cuanto a las bandas, la reconstrucción embrionaria del proletariado como clase que provocó el movimiento había hecho que se desvanecieran. Si

bien es verdad que durante los primeros días en los enfrentamientos de largas horas cuerpo a cuerpo con la policía tuvieron cierto protagonismo, pronto se diluyeron ante la dimensión de la revuelta. Los que en semanas anteriores pertenecían a bandas rivales que se odiaban a muerte compartían ahora la misma barricada, se apoyaban uno en el otro y planeaban y organizaban conjuntamente la lucha. A partir del momento en que la confrontación con el Estado conquista el primer plano, las divisiones y enfrentamientos entre bandas pierden toda base material, quedando en evidencia su función social y la de sus líderes. Algunos de estos últimos, temerosos de perder, y no sin razón, el ridículo estatus jerárquico que en el capitalismo poseen, intentaron defender su posición desde el interior del movimiento. Pero la revuelta se los llevó por delante y los doblegó delante de todos.¹⁴

Fue la promoción de la revuelta como «conflicto de jóvenes inmigrados» la que a la postre resultaría más eficaz. Sirvió, no sólo para ahondar en las divisiones entre los proletarios, sino también como ele-

¹⁴ Ver al respecto la entrevista «Las chicas de la revuelta» incluida en la tercera parte. En uno de los momentos de la entrevista se profundiza en la lucha que se llevó a cabo contra algún jefe de banda que se resistía a ceder su posición ante la dimensión clasista que adquiría la lucha.

mento de preparación del terreno excepcional que se avecinaba con el estado de sitio. Fue así como se presentó esta medida como herramienta de defensa de los «franceses» contra los «extranjeros». Los honrados ciudadanos franceses podían estar tranquilos porque sus libertades democráticas seguirían intactas. Debían, eso sí, respaldar la represión a los traidores a la armonía entre clases dentro de la bucólica nación francesa. Y es que el término inmigrado es usado precisamente por el Estado para facilitar el aislamiento, en base a artificiosas divisiones raciales y culturales, de un sector del proletariado, y poder de esta forma golpearle con dureza y hacerle responsable de los actos represivos cometidos contra él, criminalizarlo.

El objetivo principal de todas estas maniobras fue ocultar la naturaleza proletaria de la revuelta. Hay que remontarse muy atrás, posiblemente a mayo del 68, para ver una expresión similar de rebeldía contra el capitalismo en ese país.

Lo primero a destacar es que casi todos los símbolos capitalistas fueron blanco de los rebeldes. Poco se salvó del fuego. La crítica en actos contra el capitalismo ocupó la realidad de los suburbios durante las más de tres semanas que duró la revuelta. Quien desprecia y se desmarca de esta lucha quejándose de la falta en su seno de teoría y de programa,

acusándola de responder a criterios irracionales, está sacando a airear sus vergüenzas. Están revelando su tosquedad y falsificación de lo que significa teoría y programa revolucionario. No conciben o esconden intencionadamente que la práctica desarrollada por estos rebeldes condensa en sus actos de manera inseparable el arma de la crítica y su ejecución práctica. Son teóricos enamorados de la pluma que se espantan ante la mínima irrupción de la crítica armada. Analfabetos para leer en los actos, se hacen los sordos y ciegos para evitar escuchar las voces y leer alguno de los pocos escritos que la revuelta también nos dejó.¹⁵

Si bien es verdad que uno de los grandes límites de la revuelta fue la escasez de volantes, panfletos, textos en general que reivindicaran la lucha contra el capital, que se contrapusiese a las mentiras del poder, límite general que tenemos que criticar y superar, eso no quiere decir que la revuelta no fuera proletaria. Nuestros enemigos aprovechan las debilidades de nuestras luchas para desacreditarlas. En realidad, la mayoría de estos paladines del capital son incapaces de percibir la inseparabilidad que existe entre teoría y práctica como expresiones del progra-

¹⁵ Pocos, pero algunos fueron los escritos que realizaron directamente los protagonistas de la revuelta. Ver en la tercera parte el volante anónimo desde las calles del suburbio.

ma revolucionario. Lo que entienden por expresión teórica del proletariado, que para nosotros no deja de ser al mismo tiempo práctica, se reduce a volantes, panfletos, revistas o libros. Estas expresiones, que indudablemente son parte fundamental e imprescindible de la lucha proletaria, no son las únicas que nuestra clase levanta para expresarse, y mucho menos son el factor para juzgar el carácter de clase de una revuelta. Pero para estos enamorados de la pluma, que hoy son especialistas del teclado, la revuelta no se define por lo que hace, sino por lo que dice. No es de extrañar que en lugar de criticar las debilidades, desprecien y denigren el movimiento basándose en ellas y hablando de irracionalidad, de ausencia de conciencia, de la violencia por la violencia... No sólo se muestran incapaces de comprender, como insistiremos más abajo, que quemar una guardería, por ejemplo, es una forma de realizar la crítica radical contra esa institución, una demostración de cierto grado de conciencia (y que por cierto deja en evidencia a esos «revolucionarios» totalmente escandalizados por tal acto), tampoco alcanzan a percibir otras múltiples formas bajo las que históricamente el proletariado se ha forjado en clase.

En los suburbios, masas de jóvenes proletarios tienen como forma de expresar su repudio al sistema el rap y el hip-hop. Circulan y se crean constante-

mente letras de canciones que son, desde siempre, un eje sobre el que se intenta desarrollar toda una rica crítica contra el capital y sus representantes. Por supuesto no nos estamos refiriendo a los sectores comercializados y recuperados por el capital. Nos referimos a una verdadera expresión contra el capital que se materializa y difunde a través de estas formas de expresión, que son un auténtico referente para pronunciarse, luchar y armarse contra el sistema capitalista dentro del suburbio. Muchos idiotas descalifican este aspecto, pero cualquiera que haya vivido o conozca la vida en un suburbio sabe que entre proletarios, especialmente entre los más jóvenes, una parte de las críticas más o menos profundas contra los diversos aspectos de este mundo se expresan teóricamente en letras de canciones. Se transmiten en las calles, se pintan en paredes consignas extraídas de letras, se realizan entre unos pocos compañeros, se discuten... La mercancía, el trabajo, las escuelas, la policía, la familia, el Estado... son el centro de la crítica de estas letras que se difunden de boca a boca, de grabación en grabación y que no hacen más que tratar de expresar en esa peculiar forma la crítica proletaria a la sociedad de clases. Toda esta «cultura de rebelión» va ligada con los diversos motines, con el desarrollo del proletariado en los suburbios. La subestimación que existe del grado de

conciencia del proletariado en los suburbios, incluso entre compañeros, parte precisamente de ignorar o despreciar entre otras cosas este aspecto. Escuchar estas voces, leer estas letras, antes, durante y después de la revuelta, nos proporciona otra dimensión del conflicto y de los sectores jóvenes del proletariado que vive en los suburbios. Y es natural que una revuelta en la que la fuerza del movimiento se asienta entre los más jóvenes posea estas formas de expresarse, mucho más fáciles, más naturales, que la elaboración de otras formas de propaganda que a estos jóvenes les recuerda demasiado a la escuela.¹⁶

Junto a esta importante cuestión que es necesaria tener en cuenta para comprender que toda la acción desplegada en los suburbios tiene también una expresión teórica (que para nosotros es al mismo tiempo práctica, insistimos) y un desarrollo de la crítica proletaria, fueron los hechos donde los proletarios de los suburbios cristalizaron aún más claramente su contenido de negación de las condiciones existentes. En la explosión violenta que sacudió los suburbios, los proletarios respondieron a la violencia que día

¹⁶ Es cierto que, tal como sucede con el intelectualismo, el medio puede comerse el mensaje encriptándolo, no dejándolo salir de la herramienta utilizada, siendo recuperado por el capital. Es la autonomización del medio que destruye su potencial al aislarse y convertirse en el fin.

tras día sufren con la violencia de clase. Al terror burgués se le respondió con el terror proletario. Cada día que pasaba la violencia revolucionaria iba organizándose de manera más eficaz. Los primeros días existieron largos enfrentamientos estáticos y directos con la policía. Pero a medida que se extendió y desarrolló el movimiento, se iba limitando este nefasto enfrentamiento aparato contra aparato y se empezaron a estructurar grupos móviles que golpeaban aquí y allá a una amplia gama de objetivos. Según datos oficiales, cuarenta y dos guarderías, cuarenta y nueve colegios, más de cien institutos, ciento cuarenta autobuses, decenas de gimnasios y bibliotecas, setenta y cuatro supermercados, decenas de centros comerciales y laborales, cincuenta oficinas de correo y más de un centenar de vehículos oficiales, concesionarios, sedes de partidos políticos, 233 edificios públicos entre los que destacan numerosos ayuntamientos, comisarías, juzgados... fueron atacados. Un total de doscientos millones de euros en daños de los que poco más de veinte se atribuye a los coches quemados, a pesar de que la prensa, como es lógico, sólo martillearía con esto último. Y si en esta recopilación de ataques apenas contamos entre los objetivos con un elemento tan característico del capital como los bancos, ello es debido a la ausencia casi total de sucursales en muchos suburbios.

No podemos más que defender el buen criterio que tuvieron estos rebeldes para escoger sus principales objetivos. Más allá de las comisarías, de las sedes de partidos, alcaldías, juzgados y centros de trabajo, reconocidas claramente como centros de represión, de gestión y explotación, que ardieron por doquier, y sólo puede ser cuestionado su ataque por defensores declarados del orden existente, existieron otra serie de objetivos que rara vez son golpeados en las revueltas proletarias pese a ser claras expresiones del capitalismo. Nos estamos refiriendo a las guarderías, colegios, institutos, gimnasios, bibliotecas o autobuses¹⁷ que sufrieron la sacudida de la revuelta. Pero quién puede negar lo acertado que es atacar estos objetivos, sino es defendiendo al mismo tiempo las funciones sociales que estas herramientas cumplen dentro del capitalismo, que no son otras que el mantenimiento y la reproducción de esta sociedad de clases.

¹⁷ En Euskadi y la larga tradición de lucha que esta zona contiene, pese a la existencia de un fuerte encuadramiento nacionalista, unido a una tremenda propaganda realizada por el Estado para amalgamar las expresiones proletarias con el nacionalismo, especialmente con el de la organización ETA, la quema de autobuses fue hasta hace bien poco una práctica bastante frecuente. Parar un autobús en pleno día, desalojarlo y prenderle fuego. Es un ataque a la circulación mercantil, al movimiento de la vida, a un pilar del funcionamiento del sistema.

¿Quién llora por la quema de una guardería? Ese espacio en el que se encierra entre sus límites a los bebés, arrancándolos de los brazos de sus madres, algo insólito en una comunidad humana, permitiendo así que ellas puedan ejercer sus funciones productivas. Para los bebés y niños pequeñitos esto supone civilizarse, comenzar a adaptarse a la vida bajo el capital, el primer paso en la brutal deshumanización de esta sociedad. Incluso los bebés y niños que no van a las guarderías y se quedan con sus madres no están del todo a salvo. Civilizar a los recién nacidos se infiltra en la relación madre-hijo mediante la pediatría y psicología. Las conductas de aprendizaje que se propagan desde estas esferas, y que han calado durante generaciones entre los padres, están específicamente destinadas a la eliminación de las necesidades humanas del recién nacido.¹⁸ Y si

¹⁸ En realidad casi todas estas conductas de aprendizaje giran en torno a limitar el contacto y vínculo humano lo más posible bajo cualquier justificación para insertar las señas de identidad de la civilización en las nuevas generaciones: que no duerma en la cama de los padres, limitar cogerlos en brazos, si llora chupete en lugar de contacto y cariño, se inventaron toda clase de estupideces y normas en torno a la lactancia materna para desprender al bebé de la teta de la madre y enchufarlo a la mercancía que contiene un biberón, inventos como el carricoche para que circulen de forma separada... Es decir, quebrar todos los instintos, necesidades y vínculos naturales del ser humano, practicados y

numerosas madres siguen el dictado de los pediatras y llegan a realizar cosas contrarias a lo que su naturaleza e instinto les impulsa en la crianza de sus bebés, ¿qué podemos esperar que adquieran los bebés en esas monstruosas guarderías diseñadas explícitamente por el capital y regidas por tutores que están obligados a seguir sus normas?

Los colegios e institutos son más de lo mismo pero a niveles superiores. Son la continuación y especialización de este proceso de preparación y reproducción de la fuerza de trabajo. En ellos se agudizan todos los mecanismos de domesticación: horarios, disciplina, conducta ciudadana, aprendizaje de materias útiles para la producción, sumisión, jerarquía...

Y qué decir de esas bibliotecas donde se centraliza fundamentalmente toda la cultura burguesa, o esos gimnasios propios del culto al cuerpo y a las apariencias, donde algunos queman las energías y

transmitidos de generación en generación desde la comunidad primitiva, e insertar en su lugar las conductas y necesidades propias a este mundo inhumano. Se trata de arrancar desde el nacimiento el carácter humano a favor del carácter civilizado. Y claro, a la respuesta humana y comunitaria del bebé a todo este trato, a toda esta separación, que no tiene otro modo de expresarse que en llantos, se le ha etiquetado como enfermedad: el cólico del lactante.

rabias contenidas, o los autobuses, uno de los pilares del transporte de la mercancía fundamental –la fuerza de trabajo– que consumen horas de nuestra existencia para trasladarnos principalmente al trabajo (por no hablar del estrés y el acoso por viajar sin billete). ¿Acaso no merecen todas estas estructuras sucumbir ante la irrupción proletaria? ¿No deben de ser convenientemente arrasadas junto con las demás expresiones y relaciones sociales capitalistas? Los proletarios en los suburbios demostraron comprender perfectamente esto atacándolos de forma generalizada.

¡Y a esta violencia se le ha intentado catalogar de irracional! Los pajes de la burguesía, por muy revolucionarios que se vistan, niegan la evidencia siguiendo al pie de la letra el dictado de sus amos. «¿Y los coches quemados? ¡La mayoría eran de obreros!» nos espetan. Ah... los coches... claro... Ese producto piloto del capital, ese reproductor del aislamiento que promueve el movimiento autónomo de lo no viviente, ese fetiche mercantil, ese cachivache que nos masaca en las carreteras. Qué casualidad que algunos pretendidos “anarquistas”, “comunistas” y “revolucionarios” sólo identificaran como verdaderos proletarios a los propietarios de los coches quemados. Estos defensores de la miseria capitalista nos cuentan que esos proletarios serán ahora

más pobres y desgraciados por culpa de la revuelta. ¡Vaya! Parece ser que no es por culpa de las relaciones sociales desplegadas por el capital que nos obliga a ser un esclavo asalariado alimentado de las migajas que le deja su amo. ¡No! ¡La culpa es de la *racaille!* En verdad nos congratularíamos de ver a todos estos gusanos arrastrarse a los pies de sus amos en la defensa de la propiedad, si no fuera porque estas fuerzas políticas espolean detrás de ellos a grandes sectores de nuestra clase en la defensa de sus calamitosas condiciones de vida y sus míseras propiedades. De esta forma sectores proletarios acababan siendo negados como clase al identificar sus intereses con los de la burguesía.

Esta idílica abstracción de los antagonismos de clase, esta aberrante conciliación de intereses de clase contradictorios, es un factor principal para el mantenimiento del orden capitalista y la aniquilación del sujeto de la revolución. Grandes franjas de proletarios que viven en las ciudades se dejaron llevar con deleite por esta concepción, imposibilitando así que el fuego que se extendía de un suburbio a otro, penetrara en las metrópolis francesas.

Al respecto queremos subrayar una observación apuntada por nuestros compañeros en Francia en todo esto de los coches quemados. Si al número total de vehículos calcinados descontamos la suma de

los noventa coches diarios, dato reconocido en las estadísticas policiales como la media cotidiana en periodos de cierta normalidad, así como los vehículos oficiales y de empresas públicas (policiales, de correos, de bomberos, autobuses...), los de ciertos «vecinos» (políticos, confidentes, patronos...), los de los concesionarios y alguno que otro que se nos escapa, que fueron quemados por centenas diariamente y que son claros objetivos enemigos, resulta que el número de coches quemados de forma indiscriminada se relativiza tanto, que todos los medios de comunicación del capital y sus seguidores se quedan con el culo al aire.

Un aspecto clave de los disturbios fue la ruptura con los organismos socialdemócratas, así como la «ausencia» de reivindicaciones. Acostumbrados en los últimos tiempos en Occidente a tener «luchas» organizadas y controladas por sindicatos u organizaciones paritarias, «reivindicaciones sensatas» que puede digerir el capital, la revuelta del suburbio golpeó como un mazo en las alienadas cabezas ciudadanas que sólo veían un movimiento totalmente autodestructivo, sin perspectivas, de violencia ciega y desorganizada. «¿Quién está organizando todo esto?!» «¿Qué piden?!» Que no haya una organización ni una reivindicación visible es suficiente para que los idiotas útiles para el capital hablen de la irra-

cionalidad del movimiento. Pero nada es más racional que rechazar la delegación de la lucha en esas organizaciones del enemigo que son los sindicatos y los partidos políticos, asumiendo directamente la organización y dirección de ésta.

Efectivamente, como abordaremos más abajo, los proletarios trataron de organizar, con enormes problemas y debilidades, sus propias estructuras, secretadas por la lucha, y trataron de crear puentes para la centralización del movimiento. Y esa ausencia desde el principio de partidos, sindicatos y demás organizaciones socialdemócratas es un aspecto importantísimo, de ruptura, un salto de calidad que le otorgó al movimiento cierta autonomía de clase y le permitió salir del cerco democrático. Todos estos organismos del enemigo se encontraron incapacitados para mojar en el movimiento y en su mayor parte se incorporaron abiertamente al bando represor o se sumaron al discurso victimista sobre el habitante del suburbio.

En cuanto a la reivindicación, ciertamente no existía ninguna desde la óptica capitalista. Los paladines del capital hubieran estado más tranquilos si en el fondo de todo este torbellino se encontraran las antiguas proclamas por la «igualdad de oportunidades», características de otros motines. Pero no había nada de eso. Ahora bien, sólo se puede negar la exis-

tencia de reivindicación si hablamos en términos del poder. Las reivindicaciones que provienen directamente del sujeto revolucionario, que no negocia, que no especula, sino que lucha por imponerlas, son inadmisibles. No tienen cabida en este mundo. Para el Estado burgués sólo es reivindicación aquello que puede ser transformado en reforma, aquello que logra codificarse en términos burgueses, aquello que se integra democráticamente, todo lo demás es irracional, utópico. De ahí que todos los defensores de este mundo escupan sobre un movimiento «ausente» de reivindicación. Y es que los rebeldes de los suburbios han sido tajantes en sus reivindicaciones, expresadas implícitamente en el humo de los edificios: abolición de la policía, de los centros de trabajo, de las guarderías, de los colegios e institutos, de los centros de ocio, de las mercancías, de las estructuras del Estado... abolición de todo lo que les rodea y representa este mundo. Destrucción de lo que los destruye. Las cenizas y escombros de cada una de estas instituciones del capital no pueden ser más claras.

La extensión de la revuelta fue formidable y rápidamente se instaló en unos trescientos municipios de Francia esbozando además cierta extensión más allá de las fronteras, tocando suburbios de Bélgica y Alemania. Sin duda la unidad de intereses, la enor-

me homogenización de condiciones bajo las que vive el proletariado en los suburbios, facilita la identificación. El humo que se desplazaba de un suburbio a otro era la llamada a salir a la calle en los suburbios vecinos.

En toda esta serie de características que conforman la naturaleza proletaria de la revuelta, no podemos olvidarnos de ese sano rechazo a los medios de comunicación burgueses. Los proletarios se negaron a conceder entrevistas, a aparecer en la televisión, a salir en los periódicos. La identificación que hicieron de estos medios como instrumentos al servicio del capital fue clara. Y los periodistas estaban al tanto pues se preocuparon bien de no arriesgar el pellejo acercándose demasiado a los rebeldes.

Frecuentemente se ha escuchado o leído que la revuelta fue realizada exclusivamente por hombres. Se habló del papel totalmente ausente de las mujeres en todo el movimiento, vinculándolo al machismo del suburbio. Curioso que de la infinidad de revueltas proletarias en las que los hombres asumieron el papel principal en otros lugares y tiempos no les hemos oído decir ni pío. Curioso también que hablen del machismo en el suburbio cuando el capitalismo mundial, en tanto que heredero de sociedades de clases anteriores, entre ellas la sociedad patriarcal, lejos de eliminar sus características, las ha integrado y

adaptado en su dominación de clase. El machismo en el suburbio no difiere un ápice del de las metrópolis. Y si bien es cierto que en la revuelta los más visibles fueron los hombres, especialmente los jóvenes que llevaron el peso de los disturbios, no se puede subestimar el papel que numerosas jóvenes y mujeres tuvieron. De hecho la revuelta arrastró, como no puede ser de otra manera, gran parte de los prejuicios e ideologías que fomenta la tranquilidad capitalista. Algunas combatientes rebatieron esta cuestión y explicaron el importante papel que asumieron tanto a nivel operacional como de dirección.¹⁹

Pero sin duda alguna lo menos conocido de la revuelta de noviembre fueron las estructuras organizativas que generó. La idea superficial de que la revuelta obedecía a impulsos, al espontaneismo de los protagonistas que salían sin más a la calle a prender fuego aquí o allí, que masas ciegas y al parecer sin ningún tipo de comunicación se lanzaban a las calles como ovejas, es totalmente falsa. No sólo

¹⁹ Ver al respecto la entrevista «Las chicas de la revuelta» incluido en la tercera parte de este libro. Por otra parte queremos remarcar que en las recientes revueltas de los suburbios de Londres de 2011 la participación de las mujeres fue de la misma importancia como demostró el gran número de proletarias detenidas.

es falso para este caso concreto, en general todo episodio de lucha posee siempre ciertas estructuras organizativas por mínimas que sean, ciertas instancias, ciertas preparaciones, combatientes que organizan, discuten y planifican tal o cual acción, lo que contradice ya de por sí esa concepción.

Esas masas sin cerebro que se me mueven de aquí para allá por impulsos, imitación y espasmos, están sólo en las interpretaciones ideológicas del espontaneísmo. Si bien es cierto que la lucha de clases y sus expresiones surgen espontáneamente de las propias contradicciones que crean las relaciones sociales capitalistas, no es menos cierto que en esa lucha es necesaria la organización, la preparación, la acción de minorías que voluntaria y conscientemente asumen un papel central y de acicate en la lucha.

El gran problema de las estructuras organizativas que nuestra clase genera en la gran mayoría de las luchas es que muchas de ellas pasan desapercibidas, algunas porque su función es necesariamente clandestina, otras simplemente porque toda su actividad, sus tareas y funciones, quedan *de puertas para adentro* y no se dan a conocer, desapareciendo trágicamente la gran mayoría de ellas tras finalizar los acontecimientos que las hicieron emerger. Desgraciadamente con esto se desvanece una rica experiencia organizativa, de discusiones, de rupturas, de

experiencias que no han sido recogidas ni escritas en ninguna parte. Los testimonios de protagonistas son muchas veces el único legado que nos queda.

En el caso que nos ocupa, donde el proletariado se expresó principalmente en actos y apenas utilizó otros medios, toda esta cuestión se encuentra multiplicada. Lo que nosotros conocemos de las estructuras organizativas generadas en los suburbios emana de los pocos testimonios y experiencias narradas directamente por compañeros y proletarios que participaron en la lucha, así como por la propia dinámica del movimiento.

En esta cuestión es importante enlazar el momento en que la revuelta va abandonando el enfrentamiento directo, estático y masivo con la policía, que predominó el primer y segundo día, con la creación de estructuras que comenzaron a pensar estratégica y tácticamente, discutiendo las perspectivas y las formas de enfrentarse al enemigo: criticando y rechazando los enfrentamientos centralizados en el espacio con la policía que facilita la represión, creando pequeños grupos «invisibles», ágiles y contundentes que golpeaban los objetivos y se esfumaban, discutiendo los objetivos, las formas bajo las que atacarlos, la dimensión de la revuelta, creando instancias de decisión para asumir funciones específicas, desplegando medios para descubrir infiltrados y

confidentes, luchando contra la dispersión y por la centralización del movimiento,²⁰ creando auténticas fábricas de molotovs y explosivos caseros (algunas localizadas y tomadas por la policía)... En definitiva, el movimiento se estructuraba creando los órganos necesarios para la lucha.²¹

Y con todas estas características que hemos enumerado hay «revolucionarios» que se atreven a rechazar el carácter clasista, revolucionario, de la revuelta. Sólo se puede negar esta naturaleza proletaria de los motines falsificando la esencia de lo que es una lucha proletaria y ocultando los diferentes aspectos que el movimiento desplegó. La lucha proletaria no es tal porque detrás de ella haya obreros industriales o asalariados, porque los que luchan se encuentren dentro de tal categoría económica, o por-

²⁰ Es importante subrayar este aspecto. El proletariado se ve impulsado por sus propios intereses a la unificación programática y la descentralización operativa, a unificar la dirección revolucionaria y contrariamente, y al mismo tiempo, a actuar en todas partes contra el mismo enemigo. Justo al revés de lo que propagan e impulsan ciertas ideologías que nos hablan de concentración de la acción –todos a un sitio– y descentralización de la dirección –cada uno con sus ideas por muy contrapuestas que sean.

²¹ De nuevo recomendamos la lectura de «Las chicas de la revuelta» donde de pasada nos explica algo de estas estructuras.

que los protagonistas se autodenominen o reconozcan como proletarios, sino porque en su práctica, los que luchan están mostrando su antagonismo a las relaciones sociales del capitalismo. Están luchando por suprimir las condiciones existentes, atacando a sus representantes, están tratando de imponer las necesidades humanas a las de la economía. Y todo esto independientemente de las banderas o consignas que estos proletarios levanten en un momento dado.

La sociología se encarga de etiquetarnos como parados, lúmpenes, estudiantes, obreros precarios, obreros privilegiados, jóvenes, incluidos, excluidos, jubilados, indios, clase media, trabajadores de tal sector, de tal país, campesinos, inmigrantes... Y consiguen que nos lo creamos y que separemos nuestros problemas. Pero cada vez que nos rebelamos juntos, para enfrentarnos contra la tiranía capitalista, cada vez que nos colocamos frente a frente contra el Estado, reaparece nuestra esencia. En las revueltas del 2005 se consiguió mantener todas esas divisiones en las grandes ciudades, pero en los suburbios explotaron cuando los proletarios se reconocieron entre sí por medio de la lucha.

Se reconocieron no sólo en la miseria de sus vidas, mejor dicho, en la ausencia de vida humana, sino en su antagonismo con las relaciones capitalis-

tas, en la lucha contra el mismo enemigo, en la llama que se dejaba ver de un suburbio a otro.

En los suburbios franceses la comunidad de lucha resurgió de sus cenizas y la complicidad y el compañerismo echaron abajo los mecanismos de aislamiento. Negros, blancos y mestizos, parados y trabajadores, jóvenes y no tan jóvenes, «inmigrados» y «autóctonos», hombres y mujeres... la gran mayoría de los habitantes de los suburbios participaron en mayor o menor medida, de una u otra forma, como parte de un solo organismo, como lo que son: el proletariado.

VII. El trágico aislamiento de los suburbios

Está claro que si la tiranía del valor perdura ello es debido a que la burguesía logra llevar a su olivo a una gran parte del proletariado, que se lanza a la defensa de su esclavitud y las infraestructuras que nos explotan, dividen y aborregan. En Francia pudimos comprobar una vez más cómo se materializa esta cuestión en plena lucha: «¡¿Cómo vamos a ir a trabajar si queman las guarderías en las que dejamos a nuestros hijos o bloquean las carreteras!?» «¡¿Cómo voy a ganarme el pan si impiden que conduzcamos los autobuses o trenes carbonizándolos?! ¡¿Cómo compramos si obligan a cerrar los comercios?!...» Este era el pensamiento dominante en las ciudades ante la perspectiva de generalización del conflicto.

Cada cual empeñado en la defensa de sus miserables condiciones de supervivencia, de sus miserables posesiones. Es el individuo aislado, el ciudadano con «su vida», con sus asuntos, sus problemas, «sus» mercancías, incapaz de identificarse con los rebeldes, incapaz de ver en la revuelta el camino de su propia liberación, incapaz de hecho de ver que sus intereses y necesidades están en esa lucha. Cada uno cree que su vida es totalmente diferente a la del otro, cree que su trabajo no es tan malo, que su salario es mejor, que su vida no es tan mala. El aluvión

de formas jurídicas y de estratificaciones, unido a la diversificación en el grado de explotación, fomenta la ilusión de la inexistencia de dos clases sociales antagónicas, la creencia de que existen interminables categorías y «condiciones individuales». Pero una leve ojeada por debajo de la carcasa capitalista nos pone de narices con esas condiciones de vida «tan diferentes» que tienen esos explotados: ser un eslabón de la cadena de creación del valor.

En realidad los proletarios no somos para el capital más que meros portadores de fuerza de trabajo que ingresan en el proceso de producción con la única finalidad de crear plusvalor. Cada especialización existente, cada diferencia particular, pierde todo significado cuando apreciamos la realidad desprendida de sus apariencias. Desde este punto de vista el albañil, el profesor, el obrero industrial, el pescador, el agricultor, el ganadero, el oficinista, el parado, el vagabundo... en definitiva, todo aquel que dependa de su propia fuerza de trabajo para sobrevivir, es mera personificación de trabajo humano abstracto que se concreta en actividades laborales específicas. Todos dedican su vida a trabajar —si consiguen trabajo— para darle vida al capital y enriquecer a los burgueses. La estratificación de salarios, la duración de la jornada e intensidad, las formas jurídicas de la actividad, es decir los diversos niveles de explotación

que cada sector o proletario padece, así como las formas, son consecuencia tanto de particularidades de la rama de producción concreta en la que se encuentra, como de los niveles de extracción de plusvalor que en ella se dan, así como una maniobra consciente de la burguesía para crear la competencia entre proletarios. Se consigue de esta forma camuflar la unidad de intereses de los proletarios y su función de ser meros engranajes de la maquinaria capitalista dentro del proceso de explotación. Se consigue la negación capitalista del proletariado.²²

Con esta y otras estafas el capital ha arrancado de cuajo toda identidad de clase, separándonos en sectores, o peor aún en individuos que creen cada uno tener sus intereses particulares. El cordón ideológico que rodea a cada una de las categorías implantadas es atroz. La comunidad de lucha contra el capitalismo que es la esencia proletaria está, especialmente en Europa, descuartizada. Parece ya muy

²² La dialéctica se presenta en toda su fuerza en este tipo de cuestiones. El capitalismo está obligado a negar ideológicamente al proletariado precisamente para afirmarlo y mantenerlo como clase explotada. Es la «negación» capitalista del proletariado. Por el contrario el comunismo, en tanto que movimiento de supresión del orden existente, afirma al proletariado, lo constituye en clase revolucionaria para poder negarlo como clase junto con todas las demás en el proceso revolucionario. Es la negación comunista del proletariado.

lejana, incluso mitológica, esa época en la que cualquier mínimo movimiento de un sector del proletariado ponía en guardia y tensión al resto. Se tratara de una pequeña huelga, una protesta, una respuesta a alguna medida o ataque de la burguesía... en cuestión de horas los proletarios conspiraban en las calles, discutían entre ellos cómo unirse a la lucha, extendían la noticia a sus hermanos de otras ciudades, salían a las calles... El sentimiento de pertenecer a una clase social con los mismos intereses, con el mismo proyecto, era muy fuerte.

La derrota histórica del proletariado y el reinado de la contrarrevolución destruyó todo este nexo comunitario deshilando el tejido social que nuestra clase había hilvanado. Con ello no sólo se destruye al proletariado y sus organizaciones de lucha, dejando tras de sí al individuo atomizado, también se entierra su historia y su programa.

Pero esta atomización no puede mantenerse, ni con ella la comunidad del dinero, comunidad de muerte y no de vida, sin complementarse con comunidades ficticias que lleven a ese individuo a creerse miembro de una colectividad que sacie esa necesidad de sentirse miembro de un ser colectivo, de sentirse un ser humano. La podredumbre social genera una serie de comunidades ficticias que vienen a ocupar bajo un plano espectacular los vínculos huma-

nos. La nación, la religión, el equipo de fútbol, la vestimenta, las tribus urbanas... Sería ilimitada la serie de supuestas comunidades que se levantan sobre el cadáver de la vida comunitaria. Cientos de millones de individuos creen forjar lazos humanos bajo el único nexo e interés común que el de contemplar la trayectoria de un equipo de fútbol, de un piloto de coches, el de apuntarse a una sociedad cultural, el de ser seguidor de un estilo o grupo de música, asumir una estética determinada, creer en la existencia de cierto dios... Masas y masas se agrupan en base a banalidades que permiten sostener ideológicamente la existencia de relaciones y vínculos humanos en una sociedad deshumanizada. Toda la vida y sus relaciones se transforman en una representación. Es el espectáculo, tal y como lo definió la Internacional Situacionista.

Todos estos mecanismos y fuerzas ideológicas que nos separan mostraron su eficacia una vez más ante la lucha. Pese a que en los suburbios se destruyeron muchos de estos mecanismos de separación y la revuelta se extendió rápidamente, en las urbes casi nadie se sintió identificado con la revuelta. Las escasas tentativas que pretendieron extender la revuelta al núcleo de las ciudades fracasaron. Atados de pies y manos al mundo mercantil, enganchados todavía a las podridas zanahorias que el capital les

cede y negados ideológicamente como clase, ciudadanos, los proletarios de la ciudad ansiaban el fin de la violencia y muchos de ellos aplaudieron la decisión de Sarkozy de mano dura.

No obstante este tinglado cada vez tendrá más dificultades para mantenerse pues requiere de la economía una mínima base material para sostenerse. Desgraciadamente para la burguesía las necesidades económicas imponen hoy un rápido empeoramiento de las condiciones del proletariado. Están obligados a quitarnos las míseras zanahorias que estas últimas décadas permitieron mantener la calma y las divisiones.

Hoy en todo el mundo se multiplican los latigazos del capital, se nota en mayor o menor medida en la espalda de todos nosotros, homogenizando nuestras condiciones de supervivencia: bajada de salarios nominal o/y real, despidos, aumento de la miseria en todos los sentidos, intensificación de la represión... La percepción de vivir bajo las mismas condiciones, de identificarse en las diversas luchas y la tendencia a unificarse en una sola, se irán abriendo paso poco a poco. En algunos países de Latinoamérica las luchas han ido adelantando ya ese salto cualitativo al que nos acercamos. En Argentina y Argelia en el 2000-2001 el proletariado confluyó en las calles

como fuerza unificada, en Bolivia en el 2003 también, en Oaxaca en 2005...²³

Esto no quiere decir que nos hagamos ilusiones, o que consideremos cercana la revolución, ni nada por el estilo. De hecho, esos mismos países nos enseñan que esto «sólo» supone superar uno de los grandes problemas que hoy tenemos: la división y el aislamiento. Y además de forma limitada. Limitada tanto temporalmente como espacialmente al no superar el marco del país. Además la mayoría de las veces la derrota o el reflujo hace aflorar de nuevo todas las divisiones. Lo que sí afirmamos, es que estamos en la puerta de entrada de otro periodo de la lucha de clases. En ella tendrán prioridad otros problemas, otras debilidades y otros obstáculos que padecemos, otras artimañas y métodos con las que el capital nos ataca y trata de liquidarnos.

²³Años después de escribir esta parte no podemos más que confirmar esta tendencia. Las fuertes luchas que a finales del 2008 tocaron a numerosos países del mundo bajo el nombre mediático de «revueltas del hambre» ante la subida de los alimentos y el petróleo, y sobre todo la revuelta en Grecia, las del norte de África, y el agudizamiento de las tensiones de clase a lo largo del mundo nos lo confirman.

VIII. Límites del movimiento

Junto al terrible aislamiento que padeció la lucha en los suburbios franceses existieron toda una serie concepciones y prácticas nefastas, que pesaron demasiado y favorecieron el reflujo de la revuelta. Asumir la crítica de las grandes debilidades que manifestamos en nuestras luchas es parte inseparable del proceso de reemergencia y consolidación de nuestra clase. En realidad todas las debilidades y carencias que existieron están ligadas y se engendran entre sí, y son, con más o menos peso, expresadas en otras explosiones proletarias de estos últimos años.

Ante todo existe un desconocimiento total de pertenecer a una clase mundial que se contrapone al capitalismo, que lucha históricamente por la revolución social, por la abolición de esta sociedad y por la afirmación del comunismo. Este límite sigue siendo hoy en todo el mundo una de las mayores trabas que tiene nuestra lucha.

El proletariado es forzado a luchar para defender su pellejo pero las banderas que levanta, la mayoría de las consignas que lanza... son ajenas a sus verdaderos intereses. Así en los suburbios pese a que la lucha contiene la afirmación proletaria contrapo-

niéndose a todo el sistema mercantil, pese a que la crítica a esta sociedad asume durante la revuelta unos niveles elevados, que pone en el punto de mira una gran cantidad de elementos burgueses, no se asume la lucha explícitamente como lo que es: una lucha revolucionaria por destruir el capitalismo, una lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, entre el comunismo y el capitalismo.²⁴ Esto acarrea una gran cantidad de carencias que permiten la proliferación de una serie de concepciones que acaban dominando y acorralando la revuelta.

En primer lugar se consigue que todos nuestros enemigos secreten toda clase de veneno por la boca contra la revuelta, sin que los proletarios en lucha respondan a las mayoría de esas mentiras. Se propaga así toda clase de mitos sobre el proletariado que vive en los suburbios que sirve para reprimir la revuelta.

En segundo lugar, esta inconsciencia de pertenecer a una clase mundial facilita el aislamiento en los suburbios. Si como decíamos más arriba, la mayor

²⁴ Y precisamente es esta debilidad la que utilizan algunos seudorrevolucionarios para denigrar la lucha y hablar de una total falta de conciencia (y conocemos bien la patética y reaccionaria receta con la que algunos tratan de solucionar «el problema de conciencia»: aportándola desde el exterior). Como hemos subrayado en los pasajes anteriores esto es totalmente falso.

integración democrática y encuadramiento de los proletarios en las urbes fue una pieza clave para este aislamiento, no podemos dejar de anotar que los proletarios en los suburbios tampoco reconocen a sus hermanos en las metrópolis que sufren sus mismas penurias en mayor o menor medida. Para ellos son los habitantes del suburbio golpeados por la miseria, los que encarnan el rechazo al capitalismo. En las ciudades ven a políticos, empresarios, policías, pijos... todos en cierta manera *incluidos* en este mundo y por tanto copartícipes. Identifican a todo habitante de la ciudad con el ciudadano democrático. Ni siquiera reconocieron a los poquísimos proletarios que desde esas angustiosas ciudades se lanzaron de alguna manera a solidarizarse con ellos. Así se cerró el círculo que hizo totalmente imposible tejer una red entre los pocos solidarios de la ciudad y el suburbio. La revuelta era una cuestión del suburbio, de los *excluidos*, y aquel que no viviera allí era rechazado.²⁵

²⁵ Utilizamos esta terminología, excluidos e incluidos, tratando de expresar esa nefasta concepción que tienen algunos sectores del suburbio sobre los que viven fuera de él, sin tener en cuenta que la división de clases es la misma que en el suburbio. Algo similar, pero extendido a toda la sociedad, reproduce y difunde Bonnano desde hace años y con lo que discrepamos totalmente. En realidad su teoría de la desaparición del proletariado y la aparición de estos dos sujetos se basa en que utiliza la concep-

Por otro lado el desconocimiento total del anarquismo, del comunismo, del programa de la revolución, de la estrategia revolucionaria, produce una ausencia terrible de perspectivas. Se quemó y se atacó incansablemente una enorme lista de objetivos del enemigo, algunos que muchas revueltas proletarias importantes del pasado ni se les ocurrieron siquiera cuestionar, se aterró a la burguesía, se organizó y estructuró todo esto, pero llegado a este punto el movimiento se paraliza. No es capaz de ir más allá. Muestra una fuerza sublime para aguantar durante semanas la lucha y el acoso policial, pero es totalmente incapaz de trazar una clara dirección revolucionaria, no puede darle continuidad a la lucha.

Es como si se aceptara que no se puede cambiar este mundo, que lo único posible es quemarlo, atacarlo, pero sin ninguna posibilidad de plantear una transformación social. La negación no asume su as-

ción socialdemócrata de las clases, asimilando proletariado al obrero industrial y de ahí que pueda teorizarse su desaparición. Las consecuencias de esta concepción del fin del proletariado y los cambios en las condiciones sobre las que se construye la ideología insurreccionalista, así como su crítica la hemos sintetizado en el libro *Crítica de la ideología insurreccionalista*. De todas formas queremos dejar claro aquí que las importantes diferencias programáticas que tenemos con Bonnano, y con muchos proletarios que se reivindicán «insurreccionalistas», no impide que veamos en muchos de ellos a compañeros de lucha.

pecto positivo. El movimiento se decía a sí mismo: «Vale, hemos quemado casi todo, ¿y ahora qué?... Pues sigamos quemando». Pero, claro, el movimiento acaba tarde o temprano agotando sus energías ante la falta de perspectivas.

Está claro que en todo esto juega un papel esencial la victoria histórica de la contrarrevolución. Esta victoria ha permitido toda la falsificación y deformación de nuestra historia, de nuestra lucha, de nuestro programa, de nuestro movimiento. Ha permitido que la palabra comunismo se identifique con esos gigantes campos de concentración y de explotación capitalista que fueron la antigua URSS, u otros países capitalistas como China o Cuba; que los partidos llamados comunistas, o más en general que el calificativo comunista sea para denominar a una variante del capital que además son la vanguardia a la hora de sofocar y desviar toda revuelta; en definitiva, que el comunismo sea asociado al leninismo o estalinismo o conocido en la actualidad como el capitalismo con banderitas rojas, hoces y martillos por todos lados y un discurso obrerista.

Lo mismo pasa con el anarquismo. Se desconoce que el anarquismo y el comunismo son dos expresiones del mismo movimiento, de la misma clase. Que en el pasado numerosos compañeros usaban indistintamente los términos, o se llamaban anarco-

comunistas. El comunismo y el anarquismo siempre fueron formas de llamar a un movimiento que lucha por la abolición de la sociedad de clases, del capital, del Estado, del trabajo y siempre asumieron esa lucha fuera y contra el Estado. El uso tergiversado del término anarquismo no tiene nada que envidiar al del comunismo. Pese a que como con el comunismo existen minorías revolucionarias que levantan el verdadero contenido del anarquismo en su práctica, existe toda una serie de engendros que sin ningún escrúpulo se hacen llamar anarquistas y que desde sus «espacios liberados», su miseria autogestionada y su verborrea antiautoritaria fomentan toda una comunidad ficticia de oposición contra el capital que está en total antagonismo con la verdadera lucha revolucionaria.

Todo esto lleva a desconocer el comunismo, el anarquismo, como movimiento histórico de supresión del capitalismo, lleva a despreciar toda la historia de la lucha de clases y toda su rica experiencia, lleva a estar desprovistos del armamento histórico, a desestructurar toda organización y dirección revolucionaria, a que los combatientes partan del presente inmediato sin ningún tipo de experiencia que les prevenga de las artimañas del enemigo y les oriente, lo que les hace caer en un activismo e inmediatez nefastos. Les lleva al extremo de aceptar el capitalis-

mo como único horizonte concibiendo sólo la posibilidad de echar sobre él todo el odio, toda la furia, toda la cólera que día a día se condensa en cada uno de nosotros.

En los suburbios nuestros hermanos demostraron tener bien claro qué y a quién hay que atacar, sin embargo todas estas debilidades que contiene nuestra clase impidieron ir más allá, impidieron la cristalización de una dirección revolucionaria que además de atacar al enemigo impulsara la lucha por superar esta mierda de sociedad.

Es lógico entonces esa falta de propaganda política, de volantes que tan importante es que acompañen la lucha. Reivindicaciones, comunicados, consignas, directrices, balances... que de una u otra forma fortalezcan la centralización del movimiento, la complicidad e identificación por parte de los proletarios de las urbes.

La casi inexistencia de minorías revolucionarias estructuradas que asuman e impulsen esta parte imprescindible de la lucha potencia este límite. Las minorías más activas de la lucha carecieron totalmente de una perspectiva insurreccional, todo se proyectó al inmediatismo, al qué hacer ahora, olvidando su unidad con el qué hacer después. Sólo conocemos un volante que difundió el movimiento «desde den-

tro», realizado sin duda por sectores militantes, y que demuestra lo importante que esto hubiera sido.²⁶

Aunque no olvidamos, como decíamos arriba, que la propia constitución del proletariado en los suburbios se ha cimentado sin esto, se ha apoyado en otras formas de expresarse que son de difícil acceso a muchos proletarios, esto no puede impedir señalar la existencia de esta debilidad programática en plena lucha.

Es curioso también el predominio que hubo, salvo honrosas excepciones, de no expropiar mercancías. Es cierto que se expropiaron algunos centros comerciales o restaurantes, pero la recuperación de los productos que nos roba el capital fue poco importante en relación con la dimensión de la revuelta. Casi no se contabilizaron robos masivos. Siempre nuestra clase aprovecha esos momentos en los que tiene fuerza en la calle para apoderarse de productos para saciar sus necesidades (alimentos, ropa, o cualquier merchandise que quiera), especialmente en zonas donde se encuentran más castigados como en los suburbios, o para cubrir una necesidad de la lucha (ordenadores e impresoras para difundir proclamas, ropa o herramientas para el combate...). Es su

²⁶ Ver el apéndice III «Volante anónimo desde las calles del suburbio».

forma de imponer sus necesidades a la lógica mercantil del intercambio, su forma de saciar necesidades imponiéndose a las leyes del mercado. Esto es sin duda un límite a remarcar, si bien también posee otra cara con un contenido diferente. Muestra el asco y repudio que provoca en el proletariado las mercancías que crea el capital. Prefiere quemarlas a robarlas. Plantea una crítica a toda la producción capitalista, a todas las mercancías que inundan el mercado. Manifiesta la absoluta superioridad humana frente a la mercancía.²⁷

²⁷ En la revuelta en Grecia del 2010 hubo una sana polémica en las expropiaciones generalizadas que se dieron entre los que defendían la expropiación para luego quemar las mercancías y los que defendían usarlas para saciar necesidades. Evidentemente son dos aspectos que la revuelta proletaria tendrá que asumir como propios y que cuestionan de raíz el mundo mercantil.

IX. El fin de la revuelta: palo y zanahoria

Todos los límites expuestos que llevaron a una falta total de perspectiva, así como todo el arsenal terrorista que el Estado francés pudo desplegar sobre los suburbios ante la expectación del resto del proletariado, hizo resentirse finalmente a la lucha que a pesar de mostrar una fuerte resistencia no tuvo más remedio que ir retrocediendo y retirándose de la batalla tras casi un mes de revuelta.

La burguesía tuvo que tirar de una ley que en su día utilizó para reprimir al proletariado de sus antiguas colonias. Dicha ley permite prolongar durante meses el estado de excepción permitiendo a la represión todo tipo de medidas y movimientos durante ese periodo para destruir toda resistencia. La burguesía reconocía así que esas leyes siempre fueron leyes contra el proletariado, por el mantenimiento del orden capitalista, independientemente de que la amenaza provenga del proletariado en una colonia o en propio suelo francés.

Entre las medidas principales promovidas y ejecutadas oficialmente por el gobierno francés dentro de la implantación del estado de emergencia destacan: registros sin autorización judicial, toques de queda con sanciones carcelarias a quien las incum-

pla, cierre de locales, dispersión de todo tipo de reunión, medidas de confinamiento, zonas especiales de acceso restringido, doce mil perros represivos con orden de machacar, juicios rápidos con sentencias, leyes contra el vandalismo... Todo provocando las miles de interpelaciones que acabaron en miles de detenciones preventivas (más de cien eran niños, algunos de diez y once años), cientos de encarcelados, suspensiones de ayudas, expulsiones del país de numerosos proletarios, decenas de juicios rápidos... Y no hablemos ya de los palos, las torturas, el acoso y todo tipo de medidas extraoficiales tomadas por los cuerpos represivos.

Claro que para acabar con una revuelta no todo deben ser palos. También hay que prometer unas cuantas zanahorias que evidentemente no se concederán en su mayor parte. Se anunciaron toda una serie de medidas para favorecer el empleo, nuevos pisos con ayudas sociales, becas, más subvenciones a asociaciones, se promocionaron entrevistas individuales para buscar modos de integración...

A la entrada de la cuarta semana la revuelta dará sus últimos flogozos ante el fuerte despliegue represivo y la serie de medidas de contención basadas en esas nuevas zanahorias. Sin embargo, los proletarios asumieron el fin de la revuelta no como una derrota, sino como una parada necesaria en el proceso

de enfrentamiento contra el orden dominante. Por lo tanto, lejos de descomponer todo lo constituido en la revuelta, lo que sucede la mayoría de las veces provocando un terrible retroceso en el proceso de lucha, mantuvieron algunos aspectos fundamentales como los contactos o ciertas estructuras que se crearon, logrando en gran medida evitar que aflorasen de nuevo las antiguas divisiones que la revuelta había barrido. El desarrollo de la vida en los suburbios franceses desde entonces no ha vuelto a ser el mismo.

X. La agudización de las contradicciones en los suburbios

Durante la revuelta de los suburbios franceses se sembró el temor en la burguesía internacional, y concretamente europea, ante la posibilidad de que se extendiera por toda Europa una rebelión de similares características, sin interlocutor y sin respeto a ninguna institución del capitalismo: democracia, izquierda, religión, escuela, mercancía...

La alerta se extendió a los países vecinos, en alguno de los cuales diversas acciones proletarias estaban expresando la identificación con los sucesos en Francia. La prensa y las autoridades pronto se apresuraron en minimizar estas acciones. Bélgica y Alemania fueron los países donde esta extensión tuvo cierto calado en alguno de sus suburbios. La policía pidió planes de contingencia, preparativos de represión ante lo que se les podía venir encima. Los principales jefes represores de los Estados europeos están más que convencidos, desde entonces, de que deben preparar el terreno para una oleada represiva de gran virulencia para tratar de sofocar los efectos indeseados del periodo que se avecina.

Durante seis meses de estado de emergencia y toque de queda en los suburbios franceses, el supuesto aplastamiento de lo que lacayos del capital como

Sarkozy llama la cultura de la gamberrocracia no se produjo. No se acabó con el cáncer por muchas amputaciones que se hicieron, porque el capital no puede eliminar las causas que lo producen, es decir, las relaciones emanadas de su propia existencia.

El intento de poner en contra de los jóvenes incendiarios a sus padres o a la gente mayor del suburbio, en general, ni tuvo ni tiene mucho éxito, más allá de unas cuantas manifestaciones de poca influencia contra la violencia. Sin embargo, la fallida tentativa de infiltración de elementos auxiliares de los antidisturbios, la extrema derecha (FN), y las provocaciones constantes de Sarkozy acabaron siendo una auténtica bomba de oxígeno para la ideología izquierdista del mal menor en los suburbios. En las elecciones del 2007 pudo apreciarse esta realidad al movilizar el voto contra Sarkozy a sectores de los suburbios que poco antes se posicionaban contra este espectáculo democrático. Los izquierdistas consiguieron en ciertas zonas volver a meter la trampa izquierda-derecha.

Ahora bien, pasados ya más de cinco años de los disturbios de noviembre de 2005, lo único que los represores han constatado es que van a necesitar más medios materiales y humanos para someter a los proletarios. Los actos de lucha cambian de contexto, se convierten en parte y expresiones cotidia-

nas de una guerra permanente contra la no vida del capital. Una guerra que ya se empieza a percibir en todas partes.

Pese a que la prensa no habla de revueltas masivas en los suburbios a partir de 2005, los disturbios en las manifestaciones ciudadanistas contra el contrato de primer empleo (CPE), las del metro de París antes de las elecciones de 2007, los numerosos sabotajes durante la campaña electoral, las revueltas luego de las elecciones en el centro de las ciudades, e incluso los fuertes disturbios y las consignas y pancartas de los manifestantes llamando a la insurrección durante las huelgas de fines de 2010 contra el retraso de la edad de jubilación a los 67, no parecen ser otra cosa que exponentes claros de persistencia y extensión de la contestación social más allá del suburbio y no de erradicación.

En las manifestaciones estudiantiles contra el contrato de primer empleo los sectores organizados de los suburbios jugaron un papel esencial. Los policías de paisano apaleados y los periodistas apedreados no dejaron de afirmar que los jóvenes de las *banlieues* no eran estudiantes, que eran maleantes, violentos, vándalos y anticívicos. Y no seremos nosotros los que vayamos a defenderlos como estudiantes y negar la mayoría de estos calificativos, que

de hecho reivindicamos,²⁸ pero el caso es que la legislación de la República francesa obliga a todo ciudadano a ser adoctrinado por los funcionarios de la Escuela Republicana, es decir, todos esos jóvenes eran oficialmente tan estudiantes como los otros, pero al Estado le interesaba intoxicar, ocultar, separar y vejar la lucha proletaria para liquidarla en las protestas.

Durante todo 2006 y 2007 las contradicciones de clase, lejos de atenuarse se consolidan. No sólo a niveles puntuales, como hemos citado en las elecciones de 2007 que a pesar de que ciertos sectores de las *banlieues* fueron movilizados en favor del izquierdismo, se generalizaron sabotajes e incendios contra ese circo que son las elecciones, o como en las respuestas al contrato del primer empleo (CPE), medida para incrementar el nivel de explotación, que tuvieron en los suburbios sus expresiones más combativas, sino a niveles permanentes que demuestran de forma excepcional cierto desarrollo organizativo del proletariado. Acciones de sabotaje sistemático a las ordenanzas municipales «de convivencia», al transporte mercantil, acciones contra los ayuntamientos, concejales y alcaldes, seguimiento a

²⁸ Todo esto nos recuerda vivamente un papel repartido en España hace muchos años que se titulaba «No queremos ser estudiantes, somos maleantes».

los represores, escraches en sus domicilios o correctivos contra algunos de los más significados matones.

A finales del 2008 la situación volvió a tensarse. Dos jóvenes, esta vez del barrio de Villiers-le-Bel, departamento de Vald'Oise del extrarradio de París, fueron perseguidos por una patrulla de policía por violar el toque de queda no declarado para todos los adolescentes y jóvenes de los suburbios en Francia. Los policías interceptaron con su vehículo la motocicleta en la que escapaban chocando contra ella. El resultado fue la muerte de los dos jóvenes, sumándose a la larga lista de *sospechosos* asesinados por la policía francesa.

Nada más extenderse la noticia un millar jóvenes proletarios de Villiers-le-Bel tomaron la calle y bloquearon lo primero de todo el cuartel de bomberos. Acto seguido, la comisaría de Villiers-le-Bel fue atacada con una lluvia de cócteles molotov. Saqueada e incendiada, su guarnición policial se dio a la fuga. La comisaría vecina de Arnouville también fue atacada. El comisario de Sarcelles, que intentó parlamentar, fue apaleado y terminó ingresado en el hospital. Algunos policías sufrieron heridas de bala en otro incidente.

Otros grupos quemaron una gasolinera, un concesionario de coches, atacaron la estación de tren de Arnouville-Villiers-le-Bel, así como algunos centros comerciales. Las fuerzas antidisturbios se vieron frenadas por numerosas barricadas de automóviles en llamas. La policía respondió a las habituales botellas, cócteles molotov y piedras, con botes de humo en masa, pelotas de goma, balas de goma o caucho...

Al tercer día de enfrentamiento la revuelta se extiende a media docena de barrios del norte de París. Según los policías se produjeron entre sus filas más de 77 heridos en todos los disturbios de los suburbios del norte de París, incluyendo muchos de bala y particularmente cinco heridos de extrema gravedad.

En total en todos los suburbios afectados en esta nueva noche de combates se volvieron a quemar escuelas, bibliotecas, edificios estatales, supermercados, comisarías, vehículos policiales...

Los miembros de la policía y del gobierno se mostraron rabiosos en los medios de comunicación policiales porque los *bárbaros* no escatiman en medios para atacar a la policía antimotines CRS, *los carniceros de los suburbios*, utilizando armas de fuego con balas de un calibre cada vez mayor. Algunas de ellas atravesaron chalecos antibalas de los es-

birros. La policía anunciaba que cada vez es más peligroso ir a reprimir los suburbios y pedía más tropas sin reparar en gastos. Durante cinco días se hará bailar a los esbirros demostrando que desde la revuelta del 2005 el asociacionismo proletariado lejos de desaparecer se ha consolidado. No obstante este asociacionismo sigue estando en las antípodas de lo que la lucha va demandando.

Entrado el 2009 las revueltas en barrios se suceden de forma intermitente. Como en mayo de 2010 que registran disturbios y una oleada de barricadas en algunos suburbios del norte de París en respuesta a una operación represiva.

Este escenario describe el clima de confrontación de clases en los suburbios franceses. Desde la revuelta del 2005, las contradicciones de clase se expresan abiertamente. El enfrentamiento entre los proletarios de los suburbios y las fuerzas del orden no hacen sino expresar la contraposición entre quienes luchan contra este mundo y quienes lo defienden. Los proletarios no dudan en responder al terrorismo estatal y organizarse para trasladar el terror a los defensores del orden burgués. Las medidas de protección fuera de servicio entre los policías e incluso los miembros del secreto CRS se han generalizado, lo que muestra una evidente preocupación ante la seguridad de sus cuerpos represivos. Y no es

para menos pues entre los proletarios del suburbio circulan datos y ficheros de miembros del aparato policial, de sus soplones e infiltrados. Se les atemoriza, sus domicilios han recibido «advertencias», sus coches particulares han sido un blanco frecuente, incluso algunos de ellos han recibido algún que otro correctivo... A los CRS, que no hace mucho campaban a sus anchas buscando a quién identificar, sacudir y detener, ahora les tiemblan las piernas al salir del coche si no van acompañados de una buena dotación. Se suceden los casos en los que son sorprendidos y tienen que huir. A pesar de minimizar los casos, la prensa ya se ha visto obligada a publicar algunos episodios.²⁹

Todo esto supone un paso en el cambio en la correlación de fuerzas dentro de estas zonas. Supone que el terror empiece a tocar también el otro lado, que las contradicciones de clase en los suburbios franceses se agudicen y se trasformen cada vez más en una guerra de clases más abierta y organizada. Como una escalada militar, las fuerzas represivas in-

²⁹ Pongamos el caso de septiembre de 2006 donde dos miembros del CRS salieron de su coche camuflado, armados hasta los dientes, a identificar, apalear, detener o matar a un pequeño grupo de jóvenes. Terminaron siendo linchados y ajusticiados. La maquinaria de cocina de culpables señaló por pruebas de ADN a más una veintena de personas.

tensifican sus efectivos y cuentan con más medios como los nuevos aviones de vigilancia no tripulados que sobrevuelan el suburbio.

Todo un aviso claro para la burguesía internacional que ve cómo se acaba el ciclo de aislar, ocultar o hacer morir las contradicciones y las tensiones sociales del capitalismo con el terror policial o las mercancías alienantes. Los Estados democráticos no pueden absorber las tensiones generadas por el desecho de contingentes enteros de fuerza de trabajo, arrancados de sus medios de supervivencia. La ideología democrática del bienestar se está despedazando haciendo reaparecer al proletariado en la escena histórica.

TERCERA PARTE
CONCLUSIÓN Y PERSPECTIVAS

«Es la lucha entre la vieja sociedad burguesa y la nueva sociedad sin clases que pugna por salir de sus entrañas, la lucha entre las clases que representan ambas sociedades: la burguesía y el proletariado. Entre dos poderes sólo la fuerza puede decidir. Ninguna solución aparente de ese conflicto puede ser una solución real. Se trata de una revolución social cuyo alcance no se extingue con una derrota.»

Trabajadores por la autonomía
proletaria y la revolución social

XI. Situación internacional

En el contexto actual en el que las contradicciones capitalistas se acrecientan, revientan y se extienden por todas partes, los grandes problemas que este sistema genera, así como la guerra que incesantemente desarrolla, se acentúan. El capital se acerca al fin de otro ciclo de acumulación, dilatado al máximo por la espectacular acción del capital ficticio. En realidad el capital ficticio –que es al mismo tiempo capital real– lejos de ser una herramienta para superar los periodos de crisis de forma definitiva, como muchos apologetas predicaban hasta hace bien poco, es una especie de chute que prolonga la vida de este moribundo sistema, pero que a su vez impulsa unos niveles de sobreacumulación de capital que no hacen otra cosa que potenciar todas las contradicciones y preparar un auténtico terremoto cuando la desvalorización se generalice.

Ciertamente esta desvalorización va afectando a todas las mercancías lo que provoca la caída en picado de la tasa de ganancia. La burguesía internacional trata de frenar esta hecatombe intensificando los latigazos contra el proletariado, aumentando la explotación en todas partes. Intensidad criminal del trabajo, extenuante extensión de la jornada, bajada

de salarios, liquidación de coberturas sociales, despidos masivos...

Por supuesto los burgueses tratan siempre de ocultar estas medidas dentro de lo posible. Así por ejemplo, en lugar de tener que anunciar en tal país una bajada general de los salarios, con la indudable salida en tromba del proletariado a la calle para rechazarla, como ocurrió por ejemplo en Lituania a finales de 2008, la burguesía mantiene la retribución salarial, e incluso la aumenta. Pero este aumento afecta exclusivamente al salario nominal, que difiere del salario real que se representa en una cantidad específica de mercancías particulares.³⁰ Podemos ver la acción terrorista que supone que en algunos países el salario nominal suba, por ejemplo un 5%, y los alimentos y viviendas (que junto a la ropa son de hecho los productos universales básicos bajo los que se representa el salario) aumenten un 20, 50, 100 o 200% (y estas cifras no nos las inventamos sino que

³⁰ En realidad, esta forma transmutada del valor de la fuerza de trabajo que es el salario, encubre ya de por sí el tiempo de trabajo que los proletarios trabajan gratis para el patrón, oculta el verdadero valor de la fuerza de trabajo y pone en su lugar algo ideológico: el precio del trabajo. Se borra así, ideológicamente, en el salario, el tiempo en el que el trabajador reproduce su fuerza de trabajo y en el que produce plusvalor. Desaparece toda huella de plustrabajo y todo el tiempo de trabajo aparece como trabajo pagado.

se dan en mayor o menor medida a lo largo del mundo).³¹

Pero claro, esta y otras formas de enmascarar la degradación de las condiciones de vida de la mayor parte de la humanidad tienen unos límites bien delimitados y estrechos que a nadie se le escapan. Hoy en todo el mundo, en mayor o menor medida, masas de fuerza de trabajo se encuentran con enormes dificultades para reproducirse. La homogenización de las penosas condiciones de vida del proletariado a nivel mundial avanza como un torbellino. Legiones de hombres y mujeres son desechados a la basura como trabajo excedente, otros a duras penas pueden echarse un bocado a la boca tras jornadas infernales, incluso hasta los que hace bien poco creían vivir *en el mejor de los mundos posibles* o creían pertenecer a una ficticia clase media, están viendo cómo se les van recortado los sueldos y servicios miserables que hasta hace bien poco recibían. Este escenario provoca que las viejas promesas de prosperidad intercla-

³¹ Incluso si en algún sector productivo concreto, que eventualmente ha obtenido beneficios por la desvalorización de otras mercancías, el salario real se mantiene o aumenta ligeramente, no hay que olvidar que en este contexto este incremento es siempre inferior al del plusvalor. Es decir, el salario relativo desciende incrementándose el grado de explotación de esos obreros pues se reduce la parte del producto que les pertenece en relación con la parte de la que se apodera la burguesía.

sistas de la socialdemocracia y del progresismo desarrollista, como formas de inducir la adhesión de los proletarios al régimen capitalista, toquen sus últimas melodías siendo desplazadas por el terror y el miedo que comienzan a ocuparlo todo.

La resignación mediante el miedo. Miedo a perder el trabajo, a ser detenido, fichado, torturado, marginado, encarcelado, asesinado, miedo a lo desconocido, al otro, a lo diferente, a no parecer lo suficientemente adicto al régimen y ser marginado... Eso es lo que trata de promover la burguesía en el seno de todos nosotros, esta es la forma vital de perpetuar el régimen capitalista: mostrarse como un sistema invencible, insustituible y omnisciente que aplasta toda disidencia. Pero cuando el tirano ya no puede ofrecer nada más que miseria, terror y muerte a sus súbditos, el ambiente se enrarece y los ojos de los oprimidos se dirigen hacia él. En esta situación el proletariado no duda en empuñar las armas. La multiplicación de las revueltas y el aumento de su intensidad es inevitable.

En un buen número de países el proletariado ha llegado al límite y desafía a su burguesía. Podemos echar un vistazo a distintos países de Latinoamérica, a otros de Oriente o África. Muchos de los conflictos, revueltas y algaradas que en estos países se desarrollan en los últimos años, nos revelan la

tendencia a la reconstrucción del proletariado en tanto que fuerza revolucionaria y los intentos del capital por socavar esta tendencia. Por ejemplo, en Latinoamérica, los gobiernos izquierdistas y populistas con sus medidas de gestión capitalistas, tratan de controlar lo incontrolable pero la llama de la revolución proletaria crepita y amenaza con convertirse en un incendio continental que amenaza a la burguesía. En los países «árabes» donde a pesar de todos los esfuerzos realizados por aislar y catalogar como misteriosa y monstruosa la acción proletaria, las noticias de su lucha, análoga a la realizada en otras zonas del mundo, trasciende fronteras «culturales». O sobre todo en África, donde el control casi total de la información y la manipulación absoluta por parte del poder burgués, está siendo corrompido por brechas cada vez más frecuentes producto de las potentes revueltas que ponen en jaque al gobierno de turno y se extienden por numerosos países del continente.

Incluso en los países occidentales, donde el proletariado se encontraba más encuadrado y «ausente», algo comienza a moverse. La supuesta muerte del proletariado en la gloriosa democracia occidental no parece haber sido tan definitiva y tajante como nos querían hacer creer. Los consumidores y ciudadanos bajo los que se destruye al

proletariado precisan de ciertas condiciones mínimas para mantenerse, así como para reproducir la ideología primer mundista. El avance en la degradación de la vida de amplias capas de los proletarios los deja totalmente fuera de la posibilidad de integrarse en esta forma de alienación y los espolea a luchar por defender sus intereses. Reaparece el «salvaje» que dormía en su interior. Y el régimen mundial no tiene más remedio que echar mano de forma recurrente, del terror y la represión, dejando en evidencia lo que significan las libertades democráticas.

Esto no sólo ha quedado probado por los disturbios y la agitación social que han recorrido en los últimos años diversos países, ante todo se ha comprobado su significado histórico en Grecia. Allí amplias capas de proletarios que semanas atrás saltaban al ritmo del ciudadano, resignados a la miseria de la sociedad de la escasez, han sorprendido a todo el mundo por su determinación y beligerancia para asumir su posición de clase desechando el rol del ciudadano, desbordando las divisiones en las que nos quieren encorsetar y enfrentándose a las estructuras del capital a lo largo y ancho del Estado griego. Sin duda alguna esta revuelta, que tuvo su cenit en diciembre del 2008, marca por dónde debe comenzar la lucha de clases en su proceso de reapari-

ción. Las protestas, huelgas continuas y disturbios en diversos Estados de Europa, pese a no haber roto aún con la parcialización, el democratismo y el sindicalismo, expresan ya el fin en esta región del mundo de la cultura del sillón y la televisión. El proletariado va saliendo a la calle a defender sus condiciones de vida. Y qué decir de las revueltas en los países del norte de África y Oriente Medio (2010, 2011...), tildadas como democráticas por los lacayos del poder y que no hacen sino demostrar que el gigante proletario va despertando.

XII. La estrategia burguesa

Con la crisis económica mordiendo cada átomo de valor, estancando las rotaciones del capital, saturando los mercados de productos invendibles y con la correlación de fuerzas que, aunque sigue siendo favorable a la burguesía, comienza a crear oscilaciones, la burguesía se agarra a las medidas de salvación de siempre: guerra imperialista, canalización de la lucha y aislamiento.

La guerra imperialista siempre ha sido el punto final y de inicio más eficaz de los ciclos de valorización del capital e inseparablemente un elemento de destrucción de la amenaza proletaria. Si bien es un factor permanente y endémico de esta sociedad, su generalización responde a los ciclos del valor y al nivel de desarrollo del proletariado. Hoy el aparato militar asume nuevamente el papel salvador de todo el tinglado. A este sector se transfieren grandes flujos de capital para generalizar la guerra imperialista.

Ahora bien, dejemos una cosa clara. La guerra imperialista es una guerra contra los explotados, los descartados, los *subproductos* de la sociedad burguesa, es decir, contra todo el proletariado. Para nosotros todo ese parloteo que limita la guerra que desarrolla el capital a la rapiña por mercados o me-

ros intereses particulares de tal o cual facción burguesa supone una grotesca deformación de la realidad que toma la apariencia por la esencia.

Desde luego pese a que en muchas ocasiones la guerra es directamente preventiva, terrorista y depuradora contra los rebeldes que se resisten a aceptar la miseria capitalista, acallando, negando, sometiendo y exterminando toda disidencia, es cierto que en la mayoría de las ocasiones el motivo impulsor y explícito de la guerra no es someter al proletariado, sino las propias necesidades de valorización, la propia competencia entre capitales para competir por ganar esferas de mercantilización. Otras veces el motivo es simplemente la destrucción de fuerzas productivas del adversario, lo que ayuda además a emprender un nuevo ciclo de valorización. Amparándose en estas dos últimas cuestiones muchos niegan la realidad de la guerra imperialista de ser una guerra contra el proletariado y la reducen a disputas entre burgueses, colaborando en el ocultamiento de la masacre proletaria.

Los «expertos» en contradicciones interburguesas olvidan demasiado rápido que una de las fuerzas productivas principales que es destruida es precisamente el proletariado, que en esa competencia de mercados la burguesía encuadra u obliga a los proletarios a ser la carne de cañón reventando en su fes-

tín, que la masacre es ante todo una masacre de proletarios. Que no existe una negación mayor del proletariado a nivel físico e ideológico que ese terrible momento que es la guerra capitalista. Pero dejemos a esos «expertos» de las contradicciones interburguesas explicar las razones superficiales de tal o cual conflicto, a los tertulianos profesionales discutir qué causa fue más «decisiva» para iniciar la guerra, para nosotros lo fundamental está en otro lado, está en la contradicción de clases, pues más allá del motivo impulsor, más allá de los diversos factores que espolean a la guerra, lo que a nosotros nos interesa y afecta es precisamente lo que ocurre en tierra firme, es esa contradicción principal que se genera y que sufre brutalmente nuestra clase, ese exterminio terrorista de seres humanos así como las formas que éstos tratan de desplegar para la defensa de su vida.

Irak, Afganistán, Líbano, norte de África, Oriente Medio, Haití, Madagascar... son muestras actuales más que suficientes de esta realidad que busca destruir al proletariado y a su lucha. Frente a ello el proletariado no tiene otra respuesta que el derrotismo revolucionario, generalizar en cada campo de batalla el giro de los fusiles hacia su propia burguesía, a sus oficiales.

Junto a la guerra imperialista, la canalización socialdemócrata de la lucha proletaria es otra herra-

mienta de salvación para el capital. La característica fundamental de la socialdemocracia es la de ser una fuerza de liquidación de la ruptura revolucionaria. Allí donde el proletariado lucha por imponer sus necesidades humanas contra el capital, la socialdemocracia se presenta como factor de conciliación de esa lucha haciéndola asimilable por el mundo mercantil. De esta forma el ataque al Estado trata de ser transformado en demandas de un recambio en ese aparato, la expropiación masiva de mercancías en demandas o presiones al gobierno de turno por ayudas, la lucha por la imposición de nuestras necesidades en una «lucha» por derechos democráticos, la reacción ante el empeoramiento de nuestras condiciones de vida en indignación ciudadana... Y donde la socialdemocracia logra imponer sus banderas y someter a ellas toda la acción proletaria, la lucha y las organizaciones del proletariado acaban siendo liquidadas y asimiladas en los órganos del Estado como meras exigencias de reforma. La batalla fundamental será extirpar esta fuerza del enemigo denunciando todo lo que no contiene los intereses del proletariado, todo lo que no sea asumir la acción directa por nuestros intereses, rechazando todo lo que busca mendigar, pedir reformas...

Junto a la guerra imperialista y la canalización reformista, el aislamiento y la división, evidente-

mente ligados a aquéllos, es otra forma esencial de combate contra el proletariado. Mediante todo tipo categorías sociológicas e ideológicas se trata de evitar la unificación y reconstrucción revolucionaria del proletariado, lo que juega un papel indispensable en la negación del sujeto de la revolución. Se busca que las luchas proletarias pierdan su perspectiva de clase y se pulvericen en luchas de campesinos, de indígenas, de mineros, de profesores, de estudiantes, de parados, de funcionarios... Cuando nuestra clase logra rebasar estas categorías las fronteras nacionales juegan el siguiente cerco: lucha de griegos, de argelinos, de egipcios...

Romper con toda esa separación que hace la burguesía para derrotarnos paquete por paquete, sector por sector, país por país, romper con toda tentativa de encuadramiento reformista, extender el derrotismo revolucionario, he ahí los factores esenciales para voltear la correlación de fuerzas, cuestión que va íntimamente ligada al estado de desarrollo del proletariado.

XIII. Pese a todo...

Este *mundo feliz* que ansiaba parapetarse hasta el fin de los tiempos, que creía haber detenido el reloj y ser el colofón del desarrollo histórico, se resquebraja por todos lados desde hace ya bastantes años. La rebelión contra la explotación del trabajo asalariado y los salarios de miseria, el derrotismo revolucionario como respuesta a la masacre imperialista, la lucha contra la represión y todas las mierdas de este basurero, hacen retornar al centro de la *escena social* la lucha de clases. El balance y reflexión de las experiencias, represalias, engaños, errores... vuelven a estar a la orden del día cada vez en más lugares, generando recuerdos y un archivo de vivencias y conclusiones que se van acumulando en una memoria social que se fusiona con la memoria histórica de la lucha de clases.

Todo este escenario internacional que atravesamos sienta las condiciones necesarias para la reconstrucción mundial del proletariado como ser histórico, como clase revolucionaria. Como no puede ser de otra manera esta reconstrucción no es algo uniforme, sino irregular, con idas y venidas. Se cae por enésima vez en los mismos errores que hace doscientos años, los de siempre siguen engañando y embaucando, la ideología del mal menor, así como

un cúmulo de concepciones socialdemócratas, siguen teniendo enorme fuerza, las ilusiones de reforma que son abatidas en determinado lugar por el fogonazo social se reincorporan y apresan al movimiento de nuevo, la elección entre alguna de las alternativas burguesas acaba siempre imponiéndose, la liquidación en el aislamiento de las revueltas se suceden, las organizaciones proletarias permanentes apenas existen, la identificación recíproca de luchas que confluyen por lo mismo se da en contadas ocasiones, ni hablar ya de dirección revolucionaria, de centralización internacional, del reconocimiento explícito del proletariado, de su programa, de la reivindicación del comunismo, de la revolución social como medio para acabar con la sociedad de clases.

En realidad es enorme la lista de debilidades que la lucha proletaria contiene en el periodo actual. Pero es así una vez más como el proletariado se va contruyendo de nuevo en clase, con enormes obstáculos y con la necesidad de reapropiarse de su propia historia. Sólo esa lucha histórica puede ir purgando sus propios límites. Y en este proceso las minorías comunistas que nuestra clase forja son un factor esencial pues ellas expresan y concentran toda su experiencia histórica como práctica revolucionaria que nutre cada batalla y la lleva a sus últimas consecuencias. Es con el desarrollo y centralización

de las minorías comunistas como el proletariado se constituye en un solo cuerpo a nivel mundial. Desgraciadamente nunca hubo tanto ataque a las condiciones de vida como ahora y tan pocas minorías revolucionarias materializadas por el proletariado. Hoy que cobra una importancia capital, y nunca nos cansaremos de decirlo, que las minorías proletarias de aquí o allá avancemos en este proceso indispensable de coordinación y centralización internacional, que rompamos las divisiones país por país, o peor aún, ciudad por ciudad, tenemos que reconocer que nunca fue tan minúscula la fuerza de las minorías revolucionarias, que nunca el proletariado tuvo tanta desorientación, que nunca hubo una contraposición tan grande entre la necesidad de revolución y la incapacidad de asumir esta necesidad. Se encuentra aquí una cuestión de primer orden en el proceso de reconstrucción del proletariado.

El balance colectivo de nuestras experiencias de lucha, como el que aquí tratamos de realizar, es un factor imprescindible para combatir esta coyuntura luchando contra nuestras debilidades, permitiéndonos reapropiarnos de nuestra práctica como clase, materializando directrices en base a todo ese balance de fuerzas y debilidades. La discusión y reapropiación entre revolucionarios de esas fuerzas y debilidades que desplegamos en cada batalla, no sólo las

actuales, sino de toda la historia de nuestra lucha, especialmente de los momentos históricos donde la lucha de clases alcanzó sus puntos más elevados, es una tarea fundamental para poder superar las grandes debilidades que portamos.

Es significativo que cuando la socialdemocracia es capaz de tener fuerza entre los proletarios en lucha, automáticamente esa pelea o revuelta proletaria toma un carácter de lucha por la democracia y las libertades. Pero cuando la burguesía y sus consignas no logran abrirse paso entre las hordas proletarias de incontrollados, ni ningún burgués puede mezclarse hipócritamente entre los proletarios, los medios de intoxicación de masas recurren exactamente a los mismos insultos contra los revoltosos que utilizaron con los rebeldes de los suburbios franceses. Así pasó recientemente con los incendiarios, saqueadores y saboteadores del verano de 2011 inglés, o los incendiarios de bancos y propiedades de empresas francesas e hispánicas en Marruecos. El término vándalo, gamberro o violento son repetidos por los periodistas de todo signo cuando los manifestantes osan expresar sus demandas fuera de los mecanismos democráticos, despreciando cualquier mediación. Buscan ante todo aislar las expresiones más decididas del proletariado, y fortificar las posiciones democráticas y pacifistas. Y es en la lucha contra la

democracia y su mistificación donde como siempre se plasmará una batalla fundamental, pues sin duda la burguesía renovará sus mecanismos democráticos para tratar de encuadrar en ella al proletariado.³²

Algo similar ocurre con las revueltas en Oriente Medio y el norte de África. Distintas facciones burguesas quieren ponerse a la cabeza para encauzarlas. Pero en Egipto no se mantiene estable ninguna alternativa burguesa porque el proletariado expresa brutalmente sus verdaderos intereses en contra de toda gestión capitalista. En Túnez los burgueses se horrorizan por la violencia indiscriminada hacia toda burguesía y cierran filas contra ella. Todos pretenden calmar los ánimos con «revoluciones políticas», reformas políticas para evitar revoluciones sociales, para evitar la revolución social en singular. Se cam-

³² Los acontecimientos sucedidos tras escribir este escrito no hacen sino confirmar esta cuestión. Las protestas que desde el verano del 2011 se iniciaron en España bajo la denominación de indignados o 15m son todo un ejemplo. En estas protestas se plasmó precisamente la tentativa del proletariado por estructurar organizaciones para pelear y la del reformismo por integrar esa tentativa en la democracia modernizando sus mecanismos. Hoy podemos afirmar que esa tentativa proletaria está prácticamente destruida y lo que queda con ese nombre es en su mayor parte una auténtica camisa de fuerza para inmovilizar la lucha. Ver nuestros textos «Las protestas del '15m' y las minorías revolucionarias» y el volante «No somos, ni estamos indignados».

bia la jeta del poder, se sustituye un partido por otro, tal gobierno por otro... La socialdemocracia se infiltra en la lucha proletaria para gangrenar la fuerza de la revolución, para someter todo lo que representa una ruptura. Lo hace mediante consignas, mediante variantes ideológicas, mediante organismos reformistas y otras herramientas que acaban convirtiéndose en fuerza material contra la ruptura proletaria.

Salvando las distancias cualitativas evidentes que hubo entre la revuelta en las *banlieues* francesas y las del norte de África, la fuerza de la lucha en la primera fue precisamente que por su contenido dificultó toda tentativa de encuadramiento, no aceptó ninguna interlocución con el enemigo de clase. Los proletarios de los suburbios hicieron suya al pie de la letra la máxima de rechazar todo tipo de mediación. Desde allí dieron ejemplo de lo que no puede ser asimilado y canalizado por los recambios burgueses. No permitieron que ninguna demanda pudiera ser utilizada como zanahoria, destruyeron las mercancías e instituciones que esclavizan al proletariado e incluso atacaron a las distintas facciones burguesas que se intentaron colocar como portavoz de los proletarios.

Ahora bien, llegados a este punto tenemos que superar las limitaciones de las *banlieues* que hemos tratado de exponer. Reapropiación de nuestra memo-

ria histórica, reconocimiento como clase, como movimiento, consolidación y extensión de la dirección revolucionaria, de organizaciones de combate, ruptura del aislamiento, del inmediatismo. Sin destruir los límites que nos aprisionan, nuestras luchas estarán siempre condenadas a la derrota.

Mediante este material tratamos precisamente de realizar una aportación contra todos estos límites. Reivindicar las fuerzas de nuestras luchas y criticar las debilidades e ideologías que contienen, es una tarea fundamental dentro del proceso de afirmación del proletariado en fuerza revolucionaria. Claro que esto sólo tiene sentido dentro del conjunto de tareas para la organización y centralización de nuestro movimiento, para la afirmación y la consolidación de la única alternativa posible: la destrucción despótica de la dictadura del valor que aplasta en su engranaje a la humanidad desde hace siglos.

APÉNDICES

Incluimos a continuación una serie de apéndices que hemos considerado interesantes recoger en el presente libro. Se trata de una serie de textos y testimonios realizados por nuestra clase, algunos desde dentro del suburbio, en los que se ponen de relieve diversos aspectos e informaciones importantes de la revuelta. También hemos incluido al final una pequeña cronología de la revuelta.

1. Las chicas de la revuelta³³

P- Según la opinión habitual, las mujeres en los suburbios viven en unas condiciones privadas de toda visibilidad y ajenas totalmente a cualquier participación en la vida pública, sobre todo en las tomas de decisión. Dicho esto, al hablar contigo y vuestro grupo, las cosas parecen diferentes. Pero entonces, ¿qué papel tuvieron las mujeres en los acontecimientos del otoño pasado en Francia?

R- Por lo general el papel fue importante. Pero antes de hablar de esto debemos hablar de lo que fue el movimiento de lucha de este otoño. Detenerse en la actividad de las mujeres y separarla de todo lo que pasó es una forma de minar la unidad que, difícilmente y hasta cierto punto, conseguimos tejer durante la lucha entre las diferentes expresiones del suburbio.

Se habló mucho de nosotras, las mujeres del suburbio, aunque lo ridículo es que ninguno de los que escribieron sobre nosotras se digno a traer su pequeño y precioso culo hasta aquí. Por consiguiente

³³ Reproducimos a continuación varios fragmentos que consideramos muy interesantes y con gran información provenientes de una entrevista realiza por Emilio Quadrelli a varias jóvenes de los suburbios que participaron en la revuelta.

pienso que lo primero que debemos tratar es de los objetivos centrales de la revuelta y no caer en un terreno que no es el nuestro. Sobre esto –me refiero a los objetivos atacados– en los distintos órganos de información no encontramos nada. Lo que se mostró, y yo añadiré que voluntariamente y para gran alivio de todos, fue el aspecto irracional de la revuelta. Pero en realidad las cosas transcurrieron de forma muy diferente. Se habló tanto de los coches quemados que pareció ser el único objetivo, cuando en realidad los objetivos principales fueron otros: la policía y las comisarías. Se dijo algo de esto último cuando comenzó a hablarse sobre la delincuencia organizada, algo, por cierto, inexistente. Claro que hablar de los ataques a comisarías era muy práctico para sostener esta tesis. Pero no sólo se atacó a la policía. Las oficinas de las agencias de trabajo «temporal» y las estructuras y propiedades de trabajo ilegal, e incluso en algunos casos algunos de sus dignos representantes, fueron atacados tanto como las comisarías. Y fueron las mujeres las que mayoritariamente realizaron estas acciones. En la prensa o en la televisión no encontramos ni rastro de esto. Teniendo en cuenta que todo el mundo parece tan interesado por las condiciones de las mujeres en los suburbios, es importante destacar esas acciones, pues tienen mucho que ver con ellas.

P- ¿Por qué?

R- Todo el mundo sabe lo que son las agencias de trabajo temporal. Son las que regulan el acceso al mercado laboral, en tiempo y condiciones favorables a las empresas. También son organismos de chantaje, control social, político y sindical. Si eres de los que organiza conflictos en tu lugar de trabajo o si eres una chica que no se deja pisotear, te echan. Y debes tener claro que será muy difícil que consigas un nuevo contrato. Terminarás entre los indeseables y no trabajarás más. Estas agencias son una de las principales armas puesta a punto por el capitalismo para volver inofensivos a los trabajadores, incluidos sus elementos más débiles y más sometidos al chantaje, es decir, las mujeres. De ahí que exista un vínculo muy estrecho entre la reestructuración del trabajo capitalista y nuestra condición de mujeres trabajadoras. Es por ello que los lugares de explotación estuvieron entre los objetivos principales del movimiento, y fueron precisamente las mujeres quienes concentraron mayoritariamente la atención en estos aspectos. Si se quiere hablar de diferencias de género durante la lucha, hay que decir que los hombres miraban con más interés a las comisarías, y las mujeres todo lo relacionado con la producción. Por otra parte, esto es bastante fácil de comprender

puesto que los hombres sufren más la represión policial y nosotras la de los jefes y patronos.

P- Así pues, ¿es en la producción donde identificasteis la contradicción principal? ¿Puedes contar alguna cosa de cómo actuasteis y cómo elegisteis los objetivos a golpear?

R- Al margen de las agencias, hubo otras estructuras productivas, que utilizan exclusivamente trabajo ilegal y semiforzado, que también ardieron. La mayoría de estas ejercen la explotación mediante la parcelación del trabajo, principalmente el femenino. Un trabajo a destajo que se desarrolla en las casas. Otro caso nada raro es transformar almacenes y sótanos en fábricas donde las mujeres trabajan prácticamente como en un campo de concentración, en condiciones exentas de toda seguridad, sin ventilación, con jornadas superiores a diez horas, bajo vigilancia de jefes violentos, agresivos y arrogantes. Ciertos grupos de mujeres, y esto puedo garantizarlo porque contribuí en la organización de algunos, ajustaron cuentas con sus patronos y encargados mientras la batalla tenía lugar en las calles. Cuando no fue posible atacar los almacenes, nos replegamos sobre sus coches y viviendas. Incluso algún que otro «capo» nos buscó las cosquillas. Hubo huesos rotos y puedo garantizarte que no fueron los nuestros.

Todo esto debería dar una visión un poco diferente de la revuelta, y sobre todo del papel para nada sometido, sino simplemente invisible, que jugaron las mujeres. Pero creo que esta no es la cuestión que debe ponerse de relieve. Al contrario, creo que es más importante hablar del silencio que reinó sobre todo esto por parte de los partidos y movimientos de izquierda. El hecho de que la revuelta haya puesto la crítica de la organización capitalista del trabajo en el centro, o entre los objetivos más importantes, y que esto haya pasado completamente desapercibido, lo dice todo.

P- [...] En cualquier caso, incluso en la «cuestión militar», las mujeres parecen haber jugado un papel importante, algo increíble si atendemos a los discursos que por lo general se realizan sobre las mujeres de los suburbios. Sobre esta cuestión, Z., una joven francesa negra del suburbio de Argenteuil, que trabajó con profundidad en esta zona, nos expuso una reconstrucción exhaustiva.

P- ¿Tuviste un papel importante en la organización y la gestión de ciertos aspectos «militares» durante la revuelta?, ¿puedes describirnos, al menos en algún aspecto, los problemas que tuviste que afrontar?

R- Es necesario explicar ciertas cosas porque sino terminamos por tener una idea terriblemente falsificada. Nosotros, y creo que fue algo frecuente, tuvimos que organizar la guerrilla combatiendo en dos frentes: uno externo y otro interno. El frente interno fue en ciertos aspectos más importante que el otro. Los policías no sólo necesitan información para actuar con cierta precisión. En la mayoría de los casos, necesitan también encontrar el terreno preparado. Tener, por ejemplo, personas que hagan circular informaciones falsas en tu grupo puede ser fundamental para ellos porque te impulsa a moverte exactamente en la dirección que quieren. De igual forma, recibir información sobre el lugar que pretendes atacar o de las rutas que tienes para esperar al objetivo, atacarlo y salir pitando, para ellos son informaciones esenciales.

También es importante para ellos obtener información sobre los niveles de organización que hemos alcanzado. Para terminar, dado que deben movilizarse sobre un terreno prácticamente ilimitado como el nuestro, es decisivo descubrir e identificar cuáles son y dónde se encuentran nuestros refugios y apoyos logísticos. Un trabajo que sólo puede hacerse si se dispone de una buena red de espías e informadores dentro de nuestros territorios. Después, aunque este problema surgió a posteriori, debimos hacer

frente a tentativas fascistas que querían construir grupos de contraguerrilla en el suburbio. Fue más una iniciativa oficiosa que oficial la forma en la que esto se hizo. Se originó de forma autónoma en ciertos medios de extrema derecha de la policía y que el poder oficial fingió desconocer. Si funcionaba, bien, si no, no tenían nada que ver. Las clásicas operaciones sucias que son buenas si dan resultado y si no nadie estaba al tanto de nada. Pero esto, como te decía, llegó posteriormente y probablemente fue el problema menos grave. El verdadero problema consistió en neutralizar la red de espías e informadores, [...] y esto no fue, ni mucho menos, una mera cuestión técnica, por así decirlo.

P- ¿Implicó esto la puesta a punto de una estructura organizativa capaz de sacar a la luz a los espías e infiltrados? Un trabajo nada fácil que conlleva, para quien asume la responsabilidad, toda clase de habilidades y sobre todo una estima y un reconocimiento social nada desdeñables.

R- Sí, creo que la forma en que me planteas la cuestión es buena. Para enfrentarse contra una red de este tipo, se necesita sobre todo preparar una estructura capaz de plantear una serie de prácticas. Pero quizás sea mejor exponer algunos ejemplos que afrontar la cuestión de una forma tan abstracta. El primer punto fue socializar la serie infinita de in-

formación que poseíamos de manera fragmentada. Ese fue el primer paso y no fue simplemente técnico. Para llegar a este, se tuvo que romper con una lógica de secta que arrastramos tanto las bandas como ciertos grupos. Hubo una tendencia por parte de numerosos grupos a colocarse continuamente como grupo autónomo, separado de los demás que, a lo sumo, podía juntarse con otros pero sin perder su propia identidad. Esto es realmente una gilipollez porque de este modo no se hace más que el juego al enemigo cuyo interés es mantenernos divididos. Evidentemente, unirse no es una cuestión que se puede hacer añadiendo simplemente las distintas realidades como si nada, es necesario definir un proyecto colectivo en el cual las distintas experiencias puedan reconocerse. Junto a este problema de ámbito general, apareció otro no menos importante. De hecho, la reticencia a unirse y juntar fuerzas no dependía solamente de proyectos diferentes, sino de la resistencia que los pequeños líderes o jefes ejercían al ver su micropoder reducirse.

El proceso de construcción de una estructura revolucionaria, si de verdad aspira a serlo, no puede evitar cuestionarse lo que contiene también en su seno, evidenciando el grado de influencia que la lógica de la dominación y del poder ejerce también entre quienes están dispuestos a luchar contra los

dominantes. A partir de un problema aparentemente técnico, tuvimos que afrontar enredos cada vez más complejos, que pusieron a muchos ante sus propias contradicciones, obligándolos a elegir. Este proceso fue útil porque permitió la clarificación interna del movimiento y le hizo dar un salto hacia adelante.

P- En todo esto, ¿conllevó problemas que fueras mujer?

R- Efectivamente. Debe verse este problema bajo dos aspectos. El primero apunta a que los enfrentamientos en las calles por lo general son efectuados por los hombres y los jóvenes, mientras que las mujeres permanecen con frecuencia al margen. Esto lleva a una gran parte a pensar que cada cuestión que tiene que ver con la utilización de la violencia es monopolio de los tíos. Sin embargo, sería falso ver aquí una oposición entre hombres y mujeres. El verdadero problema está en otra parte y tiene que ver directamente con el terreno político. El problema no es la fuerza o la violencia como tales, sino la organización y la gestión política de la fuerza. Esta cambia completamente el contexto bajo el que se sitúan el ejercicio de la fuerza y su organización.

Lo que debíamos hacer comprender es que la gestión de la lucha que estábamos desarrollando no podía adoptar la misma dinámica que los conflictos

habituales en las calles. Se trataba, y en parte se logró, de transformar y desarrollar una situación para dirigirla hacia un modelo operativo muy diferente del habitual. En ese momento, el conflicto entre hombres y mujeres se pudo superar porque el problema real pasaba a ser otro: la capacidad para dar una dirección al proceso. La confrontación no se produjo en torno a la pertenencia a un género u otro, se produjo en torno a las cualidades políticas, militares y operativas de cada uno. Si muchos nos reconocieron, a mí y a otras chicas, en este papel de dirección, fue porque se basaron en la estima social que habíamos adquirido en los acontecimientos. Esto es lo que ocurrió de forma general. También hubo momentos de tensión pero de otra naturaleza. Algunos jefes de bandas se posicionaron contra nosotras y tuvimos que enfrentarnos sin medias tintas, porque ellos no querían perder su posición de *pequeños señores de la guerra*. Entonces, en todos estos casos, fue necesario humillarlos ante sus grupos mostrando claramente que eran incapaces de desempeñar un papel mejor que ellos.

P- Entonces, ¿se reconoció finalmente en algunos casos a las mujeres un papel no sólo legítimo sino decisonal, de dirigente?

R- Sí, pero porque siempre situamos la cuestión en el terreno de la praxis política. En lugar de decir,

somos mujeres y por lo tanto tomaremos el control de tal o cual cosa, lo que hicimos es demostrar nuestra capacidad de organizar y gestionar una línea política con repercusiones militares y fue en este terreno sobre el que peleamos. No nos embarcamos en discusiones infinitas que no habrían llevado a ninguna parte sino que pusimos en el centro la cuestión de la praxis social.

No puedes tirar de su pedestal al *jefecillo* hablándole en abstracto de derechos. Lo tiras al suelo y lo pisoteas colocándolo frente a sus responsabilidades y a su evidente incapacidad de hacer frente a una situación que ha perdido completamente la dimensión de pequeño conflicto urbano. Cuando el problema pasa a ser enfrentarse contra el Estado y no con cualquier banda rival, el juego adquiere aspectos que estos *jefecillos* ni siquiera consiguen comprender. En un momento así, tú eres quien controla la situación.

P- Hablemos de nuevo de los espías y de cómo afrontasteis este problema.

R- El verdadero problema eran los espías desconocidos y que no levantaban sospechas. Los que estaban entre nosotros y no formaban parte de los que se pasean con la escarapela francesa. Como sabes, una parte de la economía del suburbio se base en pe-

queños tráficos. Es entorno a ellos que los BAC reclutan a la mayoría de los infiltrados, porque ahí se encuentra a quien se puede chantajear más fácilmente. Por lo tanto fue necesario realizar una serie de investigaciones en nuestro seno, algo para nada fácil porque diversas personas aprovecharon la situación para resolver cuestiones personales, viejos rencores u otras cosas todavía más estúpidas, e intentaron desacreditar a otros haciéndolos pasar por espías.

Un trabajo nada fácil y que, en algunos casos, nos hizo cometer ciertos errores acusando a personas que posteriormente se descubrieron completamente transparentes.

Pero eso también te da la idea de cómo, en el momento en que se desciende al terreno de la confrontación real, de la praxis, y no te limitas a la charlatanería que tanto gusta practicar a la izquierda parisense en las tertulias, las situaciones contra las que realmente tienes que medirte no son simples y, en definitiva, únicamente aprendes a hacer la guerra haciéndola.

Por último, tenemos que hablar de la tentativa de golpear al movimiento desde el interior con grupos paramilitares. La operación no tuvo mucho éxito porque las tentativas que emergieron las reventamos desde su aparición. Sin embargo, es preciso comen-

tar que en el suburbio hay una fuerte propaganda racista, principalmente antiárabe. Como todo el mundo sabe el racismo antiárabe es algo muy extendido en Francia, y esto trajo a grupos de derecha vinculados a Le Pen a un primer plano. Estos grupos tienen una determinada fuerza en el suburbio, y además pueden contar con un apoyo y una importante cobertura por parte de los BAC. La relación entre los BAC y los grupos nazis es muy estrecha y, en algunos aspectos, son una sola y misma cosa. Sólo que unos son legales y los otros aún no.

Los grupos paramilitares se utilizaron de dos formas. En primer lugar, la forma legal que todos pudieron ver gracias a la televisión y a los periódicos. Todos corrían a entrevistar y filmar a falsos ciudadanos gracias a unos acuerdos precisos tomados por la policía con los órganos de prensa e información. En este caso, los lepenistas se mostraban como buenos ciudadanos explicando que representaban a la mayoría de la población del suburbio reclamando la vuelta de la legalidad, el orden y la represión contra la revuelta. Tal y como lo descubrimos en el largo interrogatorio de uno de los organizadores de esta puesta en escena, el tono de las grabaciones y las entrevistas estaban impregnados de moderación y de lo que habitualmente se llama el sentido común del ciudadano medio. Todos eran discursos contra la

violencia y que intentaban mostrar a la población alejada de los incendiarios. El objetivo era muy claro: presentar a la guerrilla como obra de grupos absolutamente minoritarios que no tenían ninguna legitimidad dentro del suburbio.

Una vez aireada esta versión a los cuatro vientos, se volvía muy fácil pasar a una fuerte represión. Esto se llevó a la práctica, lo que da una idea de la importante unidad alcanzada por los distintos poderes para oponerse a nosotros. Una verdadera propaganda de guerra contra nosotros por parte de los medios de comunicación y órganos de información. Periódicos y televisiones no paraban de repetir las entrevistas de habitantes de los suburbios que se pronunciaban hartos de lo que acontecía. En su cabeza, esto debía de ser el principio de una operación de mayor envergadura, que posteriormente debía hacer entrar en juego a grupos paramilitares camuflados como ciudadanos que se movilizarían para restablecer el orden. Primero la propaganda que debía preparar el terreno del consenso, después estos grupos entrarían en acción. Pero al menos dos razones impidieron que el proyecto funcionara. La primera fue la adecuada intervención de las fuerzas militantes que anularon, mediante una serie de acciones específicas, todas o gran parte de las bases que los paramilitares trataban de instalar en los su-

burbios, recogiendo un bonito botín entre otras cosas. Un montón de cosas, muchos instrumentos que debían servir a la contrarrevolución pasaron a la logística de la guerrilla. ¡Probablemente los BAC estén un poco nerviosos!

La segunda razón que impidió funcionar esa maniobra, claramente más importante en todos los aspectos, fue el rechazo absoluto que la mayoría de los habitantes tuvieron frente a estas iniciativas. Si los grupos guerrilleros y las células golpearon duramente sus estructuras logísticas y militares, se puede decir sin ningún tipo de triunfalismo que las masas las paralizaron a nivel político, porque cuando intentaron realizar cualquier tipo de iniciativa pública, resultó que eran tan pocos bajo los ojos amenazantes de tantos que tuvieron que renunciar a ellas. Por otro lado, y esto es muy importante, algunos de los que hacían entrevistas para denunciar la revuelta fueron castigados de forma espontánea por grupos de personas que se habían organizado precisamente para poner fin a los llamados ciudadanos responsables que soltaban sus vómitos contra la lucha.

2. Volante anónimo desde las calles del suburbio³⁴

Quemar simplemente el decorado de lo que no queremos ver nunca más, el de la miseria que oprime, el de la ciudad de hormigón que encierra, que asfixia.

Quemar los medios de transporte que humillan todos los días la imposibilidad de salir de ese gris.

Quemar las escuelas de «la república» que son los primeros lugares de exclusión, de selección, de clasificación, de aprendizaje a la obediencia incondicional.

Quemar los ayuntamientos que gestionan la miseria, y las comisarías, sinónimos de humillación, prepotencia y palizas.

Quemar el Estado que gestiona esas prisiones a cielo abierto.

Quemar los locales de los partidos políticos, quemar a los políticos despreciativos. Quemar a la élite.

Quemar los depósitos de mercancías, las concesionarias automotrices, los bancos, los videoclubs, los supermercados, los centros comerciales, los canales de televisión.

³⁴ Este texto recorrió las calles de diversos suburbios durante la revuelta del 2005.

Quemar y no robar, sólo para transformar en humo esta mercancía por la cual debemos reventar trabajando y que debemos «normalmente» codiciar, consumir, acumular.

Quemar porque parecería que es la única forma de hacerse oír, de no ser invisible.

Quemar con el espíritu evidente de hacer cambiar las cosas.

3. ¡En una revuelta, se está con los rebeldes o con el poder!³⁵

En una sociedad que no propone otra cosa que la sumisión a un profesor, un patrón, un policía, un revisor, un carcelero, un juez, al Estado... siempre se tiene razón al rebelarse.

Se tiene razón al rebelarse contra los asesinatos cometidos por la policía: Bouna Traore y Zyed Benna (15 y 17 años) muertos en un transformador el 27-10-05 en Clichy-sous-Bois, cuando escapaban de unos policías que decidieron no socorrerlos. Ambos se suman a la larga y macabra lista de centenares de jóvenes asesinados por las fuerzas del orden.

Se tiene razón al rebelarse contra el racismo, sea o no institucional, contra los controles de identidad, contra el acoso de la policía y de la justicia, las redadas y deportaciones de los sin papeles, los desalojos de okupas, todo con el pretexto de la «seguridad».

³⁵ El siguiente texto fue realizado por un grupo de militantes que realizaron durante bastante tiempo reuniones abiertas todos los jueves a las 19:00, en *la Bourse du travail de Montreuil, 24 rue de Paris, métro Croix de Chavaux, ligne 9* para organizar toda una serie de tareas en torno a la lucha en los suburbios con el objetivo de romper el aislamiento.

No olvidamos a Éric Blaise, condenado a cuatro meses, dos de ellos efectivos, por disparar con una pistola de bolas a unas latas de cerveza. Fue encontrado muerto la mañana del 13-11-05 en Fleury-Mérogis. La dirección habló de suicidio: «En una crisis de delirium se golpeó la cabeza contra la pared de su celda». La autopsia afirmó que fue un edema cerebral. La familia lucha por conocer la verdad. Tenía 28 años...

No olvidamos la venganza policial y judicial contra los amotinados, o los acusados como tales, las 5.000 detenciones preventivas, las 850 condenas a penas de prisión efectivas de las cuales 120 afectaron a menores.

No olvidamos a Reda (21 años) al que una granada le arrancó la mano en Toulouse el 7 de noviembre de 2005. Su madre declaraba: «Cogió la granada para alejarla pues cayó en las proximidades de un grupo de niños. Todos sus dedos se esparcieron por allí. Fueron unos jóvenes los que lo trasladaron para asistirlo pues ni el Samu, ni los bomberos se desplazaron. Los CRS reían» (Radio Canal Sud 12.11.05).

Ni a Jérémy (20 años), condenado a 4 años en Arrás por su participación en el incendio que destruyó dos almacenes, ni a Hussein (23 años) condenado a 1 año en Bobigny, acusado por proporcionar un bi-

dón de gasolina a unos compañeros, ni a los centenares de condenados a penas de entre 3 a 9 meses por incendiar contenedores de basura, ni a los dos de Toulouse condenados a 3 meses por mostrarles el culo a los CRS.

Se tiene razón al rebelarse contra un poder y unos políticos que al mismo tiempo que suspenden a los jóvenes el RMI³⁶ y organizan la precariedad con el contrato de primer empleo (CPE), nueva versión del CIP, los acusan de traficar y de rebelarse contra los patronos que deslocalizan sus empresas quejándose de que la juventud no quiere el trabajo sobreexplotado (¿alguien lo quiere?).

Porque la guerra contra los pobres y el movimiento social se extiende, porque el Estado pretende prevenir y dividir todo movimiento de resistencia lanzando a los individuos unos contra otros, porque los gobiernos sucesivos acumulan nuevas leyes represivas: antiterroristas, de «prevención de la delincuencia», contra la inmigración. Porque van a poner muchos más maderos todavía por todas partes (escuela, trenes...) y porque construyen nuevas prisiones para los jóvenes.

Porque queremos salir de la ratonera de un sistema que hace la vida cada vez más inviable y destru-

³⁶ Ayuda estatal para inserción de personas sin ingreso. (*N. del t.*)

ye, una por una, todas las garantías que el movimiento obrero había ganado con sus luchas.

Manifestamos nuestra solidaridad con los jóvenes perseguidos a raíz de los motines, y cuyos juicios prosiguen.

Próxima cita: 13 de febrero de 2006 a la 13:00 en el tribunal de Bobigny (M^o Bobigny-Picasso) para el juicio contra tres hermanos acusados de rebelarse contra agentes.

Nos reunimos cada semana, sin organizaciones ni partidos, para intercambiar información, preparar acciones, y romper el aislamiento que nos desmoviliza.

4. Noviembre de 2005: partiendo de los hechos...³⁷

La revuelta de noviembre (pues como veremos no se trata de motines) comenzó el 27 de octubre de 2005 en Clichy-sous-Bois, tras la muerte de dos jóvenes que estaban siendo perseguidos por policías. Lo que al principio parecía ser sólo un motín localizado, fenómeno corriente después de este tipo de drama, cambió de naturaleza cuando la revuelta se extendió progresivamente al conjunto del territorio. El estado de urgencia se declaró el 8 de noviembre. La policía estimó que la vuelta a la «normalidad» se produjo el 17 de noviembre, basándose fundamentalmente en el hecho de que la noche anterior se habían quemado sólo 98 coches a lo largo del territorio francés, pues la media habitual en un día «sin motines» es de 90 por noche.

Cada grupo o grupúsculo político se sentía en el deber de realizar un análisis de este suceso, y lo más sorprendente no es que casi todos centren sus consideraciones en torno a lloriqueos sobre los coches particulares de los verdaderos proletarios, incendiados por un lumpemproletariado inconsciente, desesperado y otras estupideces. No, lo más sorprendente

³⁷ Texto extraído de la revista *Meeting*, «*Revue internationale pour la communisation*», nº3, noviembre de 2006.

es constatar que esto no tiene nada que ver con los hechos.

Durante toda la revuelta, los medios de comunicación y los políticos hicieron del número de vehículos quemados el patrón de medida de la amplitud del movimiento. Alegaron, explícita o implícitamente, un estereotipo del protagonista de estas prácticas incendiarias, y cada uno se imaginó al «joven delincuente con gorra», al asocial hiperviolento que aterroriza a su barrio, al forajido en guerra contra todos y todo. La construcción imaginaria de este arquetipo deshumanizado, el «joven de los suburbios», valioso para el sensacionalismo mediático, fue utilizada por muchos para afirmar que los jóvenes alumnos³⁸ que provocaron destrozos en las manifestaciones contra el CPE (contrato de primer empleo) eran los mismos que los protagonistas de la revuelta de noviembre. Puede que en algunos casos sea verdad... poco importa. Lo importante es construir artificialmente una

³⁸ La voluntad de confundir es tal que se niega a estos preadolescentes de edad comprendida entre 12 y 15 años el hecho de que sean estudiantes. Los medios de comunicación, el Ministerio de Interior, los sindicalistas y los izquierdistas los llaman «falsos estudiantes», como si la escolaridad no fuera obligatoria hasta los 16 años. Afirman de este modo que estos jóvenes escapan a todo tipo de racionalidad, mientras que obviamente son los medios de comunicación, los izquierdistas y los sindicalistas quienes están fuera del mundo real.

categoría ad hoc para encasillar en ella a todo aquello que no puede ser comprendido. Se asiste a la creación de un monstruo, de un bárbaro irracional.

Pero la realidad tiene poco que ver con estas alucinaciones.

Las detenciones pusieron de manifiesto que los grupos de incendiarios no estaban compuestos ni por bandas de ciudad ni por bandas «étnicas», sino más bien por grupos de compañeros de escuela, de fútbol, etc... Esto no es un detalle, no se trataba de defender un territorio o una identidad cualquiera. Los pequeños grupos de incendiarios los forman entre tres y quince personas, que no tienen en común más que el hecho de sufrir su condición de proletarios, son indiferentemente negros o blancos, no forman parte ni de la categoría de los «delincuentes profesionales» (estos se preocupan bien de no atraer la mirada de la policía sobre ellos) ni de sus incondicionales, son simplemente de la zona gris, de la condición media de los jóvenes del suburbio.

Esquemáticamente, se puede decir que hubo tres tipos de «prácticas» interconectadas en noviembre que nos llevan a tres tipos de agitadores.

La más mediatizada, y con mucho, fue el incendio de coches particulares. Se pudo constatar que eran chicos sumamente jóvenes, a menudo menores

de quince años, quienes realizaban estas acciones. Al concentrarse exclusivamente sobre este tipo de acciones, los medios de comunicación y el Ministerio de Interior pretendieron ocultar las otras realidades de la rebelión, más interesantes en muchos aspectos. Sin embargo, un poco de sentido común permitiría constatar que si se retira del número anunciado de vehículos quemados la media «normal» de 90 coches diarios, si se resta también la parte de vehículos que no son en absoluto «coches de los vecinos», es decir, los vehículos del Estado (y sí, los de servicios públicos, qué horror!), los de EDF,³⁹ los de GDF,⁴⁰ el Servicio de Correos, los autobuses y los autocares incendiados en parkings quemados enteros –sin olvidarnos de las decenas, incluso centenas, de automóviles de empresas de alquiler y concesionarios que habitualmente ardían– si se considera que a veces es el coche del alcalde, del diputado, del facha, o de un burgués del centro... entonces, el supuesto fenómeno de la guerra desesperada de todos contra todos no puede permanecer en el centro del análisis.

El segundo tipo de práctica, los «motines» propiamente dichos, es decir, los momentos intensos de

³⁹ Empresa nacional de electricidad francesa (*N. del t.*)

⁴⁰ Compañía nacional francesa de Gas (*N. del t.*)

enfrentamientos organizados con los policías, fueron escasos aunque duros y largos. Se repitieron enfrentamientos así durante varios días sin interrupción, con emboscadas tendidas a los policías y, en sucesivas ocasiones, disparos de armas de fuego contra ellos. Estos motines son producto de bandas de barrio homogéneas, de jóvenes muchachos de todas las edades unidos por la pertenencia a un territorio.

Entre las ciudades donde estos motines estallaron, se puede citar entre otras: Clichy y Montfermeil (de ahí partió todo), Mirail y Reynerie (Toulouse), Grande Borne (Grigny), Aulnay-sous-Bois, Paillade (Montpellier), Rosny-sous-Bois, Pointe-à-Pitre... Lo que caracterizó a estos motines es que, contrariamente a lo habitual (y sí, en Francia conocemos este oxímoron de motín habitual), el pretexto que los desencadenó no se debió a una injusticia particular hecha a uno de los miembros de la *comunidad* (la ciudad), sino a la solidaridad, a la identificación con una condición común, es decir, a la resistencia a una situación de injusticia general establecida contra todos.

El tercer tipo de práctica se vinculó con la «guerrilla urbana». Grupos móviles y poco numerosos de jóvenes de entre 18 y 25 años que elegían objetivos precisos y se organizaban para quemarlos. La elección de los objetivos era muy clara: el Estado y las

empresas. Todo tipo de edificios públicos fueron contemplados: comisarías, puestos de policía, edificios municipales (ayuntamientos, gimnasios, MJC⁴¹), oficinas de correos y EDF, escuelas... así como vehículos de servicio público. Numerosas empresas locales también fueron contempladas: concesionarios de automóviles, almacenes, grandes superficies y centros comerciales... Se realizaron venganzas específicas contra coches, domicilios y oficinas políticas de los alcaldes y diputados.

Este último fenómeno, la formación de cientos de grupos para enfrentarse al Estado, fue central en la revuelta de noviembre. Decenas de millares de jóvenes proletarios se organizaron para atacar de forma difusa. Surgieron de la nada y se extendieron como una capa de aceite. Sin consignas pero golpeando constantemente con precisión, sin estructuras de enlace pero perfectamente sincronizados, comunicándose entre ellos mediante sus acciones.

Por último, un fenómeno más difícil de delimitar y que no puede silenciarse. La participación en la revuelta desbordó en ocasiones la categoría de los primeros implicados, a saber, los «jóvenes muchachos

⁴¹ *Maison des jeunes et de la culture*. Se trata de instituciones públicas de «asistentes culturales» para los jóvenes de los suburbios.

del suburbio». Hay que aclarar antes de nada que estos «jóvenes» no habrían podido actuar en la forma en que lo hicieron si no hubieran tenido el apoyo, incluso pasivo, de una buena parte de la población del terreno donde actuaban. Madres, hermanas, padres, vecinos, numerosos son los que tomaron partido por los chicos de su barrio y demostraron su particular hostilidad hacia la policía. La presencia de los mismos, así como de numerosos «militantes radicales» en las comparencias inmediatas, transformaron con bastante frecuencia los vestíbulos de los tribunales de justicia de los suburbios en terrenos de conflicto y confrontación. Con motivo de los pleitos o tras ellos, los tribunales también fueron objetivo de acciones directas (cócteles molotov sobre la fachada del TGI de Bobigny, coches de policía chamuscados en el recinto del TGI de Burdeos...).

Otros proletarios mucho más jóvenes se apropiaron también de la práctica pirómana para aportar su contribución al debate en curso, incendiando sus empresas. Anotemos al respecto que la interpretación lanzada con frecuencia por la prensa, según la cual las empresas han sido incendiadas por los jóvenes como protesta por no contratar bastante a la gente de la zona (¿estaremos asistiendo al nacimiento de un nuevo género de sindicalismo?) no se basa en ningún hecho contrastado. Al contrario, algunas de

las personas condenadas por quemar empresas eran o habían estado trabajando en ellas.

Estos cuatro fenómenos están obviamente vinculados los unos a los otros. Sin embargo parece que los primeros días de la revuelta fue habitual, a medida que se propagó en círculos concéntricos alrededor de Clichy (en primer lugar a Seine-Saint-Denis, posteriormente a la zona parisiense, luego al Norte y después a toda Francia e incluso un poco a Bélgica y Alemania) comenzar por el incendio de coches para estructurar después acciones más específicas y organizadas. Las formas «más espontáneas» dejaron paso a formas mucho más «aguerridas»...

La elección de los objetivos, así como el origen de los que fueron interpelados, nos revela que la revuelta de noviembre no tomó en ningún momento tintes de guerra étnica. Los niños inmigrantes están en proporción exacta a su importancia en la población de proletarios que se rebeló, ni más ni menos. Del mismo modo, la delincuencia no ha estado en absoluto sobrerrepresentada. Los que se rebelaron son la imagen de la población de los barrios que viven.

Los acontecimientos de noviembre no pueden percibirse sino como una radicalización y una masificación de un movimiento de rebelión de los jóve-

nes proletarios urbanos, que sacuden los suburbios franceses desde hace casi treinta años. Durante estas tres semanas se han quemado un cuarto de los vehículos que se queman cada año de media, y los objetivos atacados sólo representan un 30% de las acciones realizadas anualmente. La revuelta de noviembre es un episodio de una revuelta permanente, la lucha de clases. Es sólo sobre la base de los hechos citados anteriormente que estos pueden ser analizados y criticados.

5. Cronología de la revuelta de 2005 ⁴²

Jueves 27 de octubre del 2005. Clichy-Sous-Bois, el sol está dando sus últimas ráfagas. Una docena de jóvenes se preparan para irse a casa tras terminar de jugar un partido de fútbol. Para acortar el viaje deciden ir por una serie de atajos por los cuales tienen que atravesar unas obras. Alguien, seguramente uno de los muchos soplones a sueldo de la policía, se da cuenta y no tarda en ir corriendo a llamar para dar la alarma: «un grupo de niños han entrado en una obra», nada más. Lo suficiente para que una patrulla de policías acuda inmediatamente al lugar. Antes de salir del coche piden refuerzos y en cuestión de minutos hay otros tres coches patrulla para que once agentes comiencen la búsqueda. Cuando los jóvenes perciben la presencia policial saben bien lo que está en juego. No han hecho nada, es cierto, pero saben

⁴² Esta pequeña cronología, totalmente incompleta, representa una parte de las expresiones de los disturbios que hemos recogido de diversas fuentes. Entre ellas cabe destacar: *Cette Semaine*, la cronología realizada por Gavroche incluida en el folleto «La revuelta de los banlieusards» y en el libretto editado por Klinamen del texto de Miguel Amorós «La cólera del suburbio», testimonios diversos y prensa burguesa. Hemos decidido no incluir los coches quemados –salvo alguno que otro, propiedad de enemigos– algo con lo que ya bombardeó y exageró bastante la prensa del régimen.

de sobra que no necesitan hacerlo para en el mejor de los casos ser humillados de múltiples formas en una identificación policial, y en el peor de los casos acabar en comisaría donde cualquier cosa puede suceder.

Para seis de ellos la persecución es corta y son atrapados y detenidos. Sin embargo, la caza sigue para atrapar a los tres que se han escapado: Muttin Altun, Zyed Benna y Bouna Traoré. La fuga les lleva a una pequeña subestación eléctrica. Ya es bastante de noche y piensan que escondidos un buen tiempo la policía se cansará y se marchará. Los tres jóvenes no se dan cuenta que el lugar que puede ocultarlos de los ojos de la policía oculta un gran transformador eléctrico. Se sucede la tragedia. Bouna y Zyed mueren en el acto ante la descarga eléctrica, Muttin queda gravemente herido y pide auxilio.

Viernes 28. La noticia de la muerte de los jóvenes comienza a extenderse y tienen lugar los primeros incidentes. Se dan disparos contra coches de los CRS y en el barrio parisino de Chene-Pointu unos 400 jóvenes salen a las calles de madrugada y se enfrentan a los esbirros.

Sábado 29. Miles de jóvenes asisten a los funerales de Bouna y Zyed. Los representantes religiosos y de diversas asociaciones llaman a la calma y a la

«dignidad». Poco después Clichy-Sous-Bois es un campo de batalla. A la par la represión se apodera del barrio para tratar de controlar las protestas. Sin embargo, por la tarde los enfrentamientos se extienden ya a Montfermeil y Le Forestière

Domingo 30. Siguen los disturbios. En Montfermeil arde el garaje de la policía municipal.

Lunes 31. Se ataca el puesto central de las fuerzas de seguridad de Clichy-sous-Bois. Este día ya son varios los suburbios de la periferia de París que se suman a las protestas. La policía, en voz de uno de sus portavoces, describe ya la situación como *guerra civil* y pide la intervención militar.

Martes 1. Prosigue la propagación de los disturbios. En Sevran se incendian aulas de un colegio de primaria. En Aulnois-sous-Bois se ataca la alcaldía y la estación de bomberos. En los departamentos de Seine-et-Marne, Yvelines y Val-d'Oise, pequeños grupos en constante movimiento atacan a lo largo del día diversos edificios públicos y a la policía.

Miércoles 2. En algunos lugares los antidisturbios son atacados con disparos. Un puesto de policía es destrozado, se atacan y queman un coche del equipo de la televisión nacional, un concesionario Renault, un gran supermercado de muebles, dos escuelas de primaria, un gimnasio, un banco, un local

de una ONG, otro de firma militar, una oficina de correos, un instituto, una estación de bomberos y una comisaría. En la madrugada la explosión de un artefacto explosivo causa importantes daños en una oficina de impuestos en Blaye (norte de Burdeos). En esta séptima noche de disturbios, hubo 41 detenciones. Los detenidos hasta esa fecha son 135, de los que 98 están bajo custodia policial.

Jueves 3. La revuelta se extiende a suburbios más allá de París. Un depósito de alfombras de 15.000 m² es incendiado en una zona industrial. Un palacio de justicia es cocteleado. Además son pasto de las llamas: una escuela, un centro cultural, una estación de autobuses, quemándose 27 de ellos, una oficina de correos y un edificio de la seguridad social. El vehículo de un intendente perteneciente al Partido «Comunista» es calcinado mientras está discutiendo con un grupo de jóvenes. Una tienda de deporte y un supermercado son saqueados. Un puesto de policía municipal es atacado.

Viernes 4. Lille y Toulouse también se suman a la revuelta. En el estacionamiento de un centro comercial, varios vehículos pertenecientes a funcionarios de un tribunal son incendiados. Se roba y destruye el material informático de otro tribunal de la región. Varias escuelas y un espacio cultural son incendiadas y se lanza un cóctel contra la comisaría de un

barrio de París y una sinagoga. En Trappes el fuego provocado en un garaje calcina 27 autobuses.

Sábado 5. La revuelta sigue extendiéndose a toda Francia y ya son 211 los municipios que participan en las algaradas. Se pierde la cuenta de los incendios y sabotajes. El periódico *el País* comenta: «El fuego destruyó un número indeterminado de comisarías, escuelas, institutos, gimnasios, bibliotecas, agencias bancarias, supermercados, peluquerías y autobuses». A destacar de nuevo la destrucción y/o el incendio de varios estacionamientos de autobuses, de una comisaría, de una agencia nacional de empleo, un concesionario de coches, varias escuelas, un centro juvenil, un centro de correos y un centro comercial. Este día, por vez primera, tienen lugar pequeños sabotajes en el centro de París. El sábado finaliza con 200 detenciones.

Los disturbios saltan la frontera y en algunos barrios de Bélgica con 50 detenidos, Alemania, Grecia e Italia acontecen disturbios o acciones.

Domingo 6. Continúan los ataques. Un gimnasio es incendiado, estrellan un coche en un McDonald's, se incendia un supermercado, una biblioteca municipal (estatal), un centro sociocultural, un estudio de producción de televisión gigantesco, dos escuelas, varias iglesias y una comisaría. Se ataca a un equipo

de noticias RBT y se apalea a una periodista de la KBS. En Grigny los amotinados usan armas de grueso calibre contra la represión. Se producen 312 detenciones.

Lunes 7. Un gimnasio, dos escuelas, un instituto, y una biblioteca estatal, fueron carbonizados. Un supermercado, un concesionario Renault y uno de Toyota fueron incendiados. Varios ataques a diversas comisarías. Este día muere un anciano de 61 años tras una trifulca cuando se enfrentó a varios jóvenes que habían quemado un container en el suburbio de Stains. Al parecer la pelea le produjo un infarto pues sufría problemas coronarios.

La represión comienza a intensificarse. El sindicato policial pide la intervención del ejército. Se multiplican las detenciones (395) y se aumenta el número de represores. Por otro lado todo tipo de organizaciones islámicas denuncian la violencia y hacen un llamado al fin de los disturbios. La Unión de Organizaciones Francesas Islámicas publica una *fatwa* condenando la violencia.

Martes 8. La burguesía comienza a temer seriamente que la explosión de violencia acabe en insurrección generalizada. Ante esta perspectiva se declara el estado de emergencia en Francia, recurriendo a una ley de la época de la guerra de Argelia,

ley que no se aplicó ni si quiera en *Mayo del 68* y que permite carta blanca a la represión. Sobre el terreno la represión contará con unos 20.000 agentes, juicios rápidos con condenas de años de prisión y deportaciones, torturas, eliminación de ayudas sociales a detenidos, asistentes, religiosos, asociaciones, medios «paramilitares»...

A pesar de las medidas represivas la revuelta prosigue. En el norte, dos grandes supermercados son incendiados. En el sur se frustra un saqueo a un gran centro comercial. La oficina de un periódico local es atacada y dos periodistas son agredidos. Se ataca una estación de trenes con molotovs impidiendo el transporte público en Lyon. En España la burguesía se inquieta ante pequeños signos de propagación de la revuelta que no irán a más. Se avisa a los medios españoles que no publiquen «acciones vandálicas» para evitar «alarmar a la población».

Miércoles 9. Una escuela es destrozada en una pequeña ciudad del este y un transformador de alta tensión es incendiado en otra del sur. Sarkozy ordena expulsiones masivas que afectan a los detenidos independientemente de poseer permiso de residencia. El toque de queda se extiende a 38 distritos (París, Marsella, Lyon...) y se detienen a 120 personas.

Jueves 10. Se quema un comedor escolar, dos escuelas, un instituto, varios edificios públicos y un puesto policial. Más poblaciones con toque de queda y 169 detenciones.

Viernes 11. Un restaurante es saqueado, un transformador de alta tensión incendiado, se hace un gran corte de electricidad, se quema una mezquita. 201 detenciones.

Sábado 12. En París se prohíbe en todo el día las concentraciones públicas y reuniones. Entre tanto el fuego sigue calentando por todos lados: almacenes, tiendas, guarderías, comisarías, juzgados, escuelas, institutos, centros religiosos... Un transformador de EDF es neutralizado. 206 detenidos.

Grecia, Bélgica, Alemania y Holanda registran en mayor o menor medida pequeños disturbios y actos.

Domingo 13. Se incendian 3 escuelas, un gimnasio, locales de ONG, supermercados. En Lyon los disturbios llegan al centro. Sin embargo, poco a poco, distrito a distrito el reflujó de los disturbios empieza a ser evidente. 164 detenciones

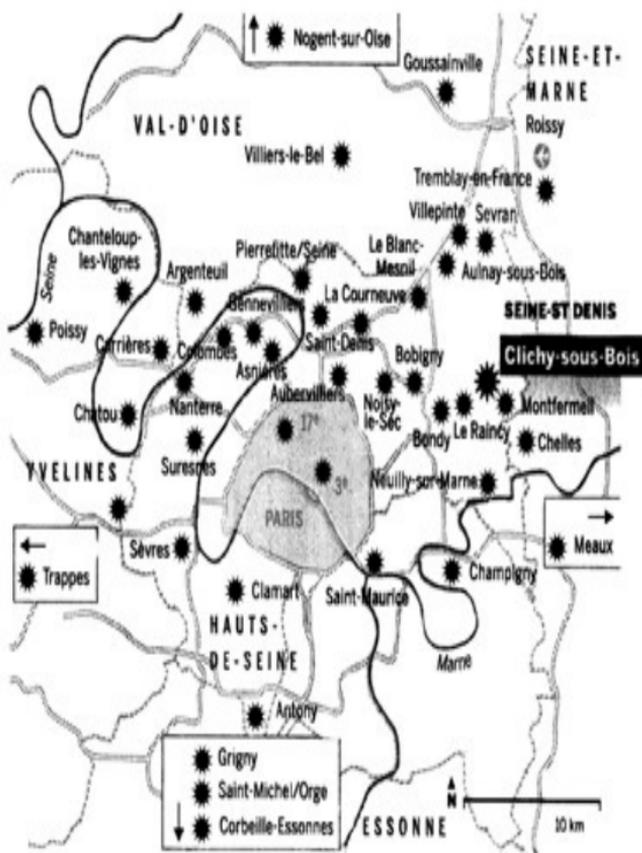
Lunes 14. Se incendian: dos locales de asociaciones estatales, una guardería, un instituto, una oficina de turismo, un estacionamiento de autobuses y un transformador. Además lanzan botellas de ácido

contra una intendencia, así como molotov contra una delegación de Hacienda. Se prorroga por 3 meses el estado de emergencia. 200 detenidos más.

Martes 15. Se endurecen leyes contra inmigrantes. En la isla de la colonia francesa Guadalupe hay tiroteos contra un cordón policial. 42 detenidos.

Miércoles 16. Los disturbios van decayendo cuando se cumple ya 20 días desde su inicio y progresivamente irán desvaneciéndose.

Suburbios de París en lucha (noviembre de 2005)



Suburbios de Francia en lucha
(noviembre de 2005)



